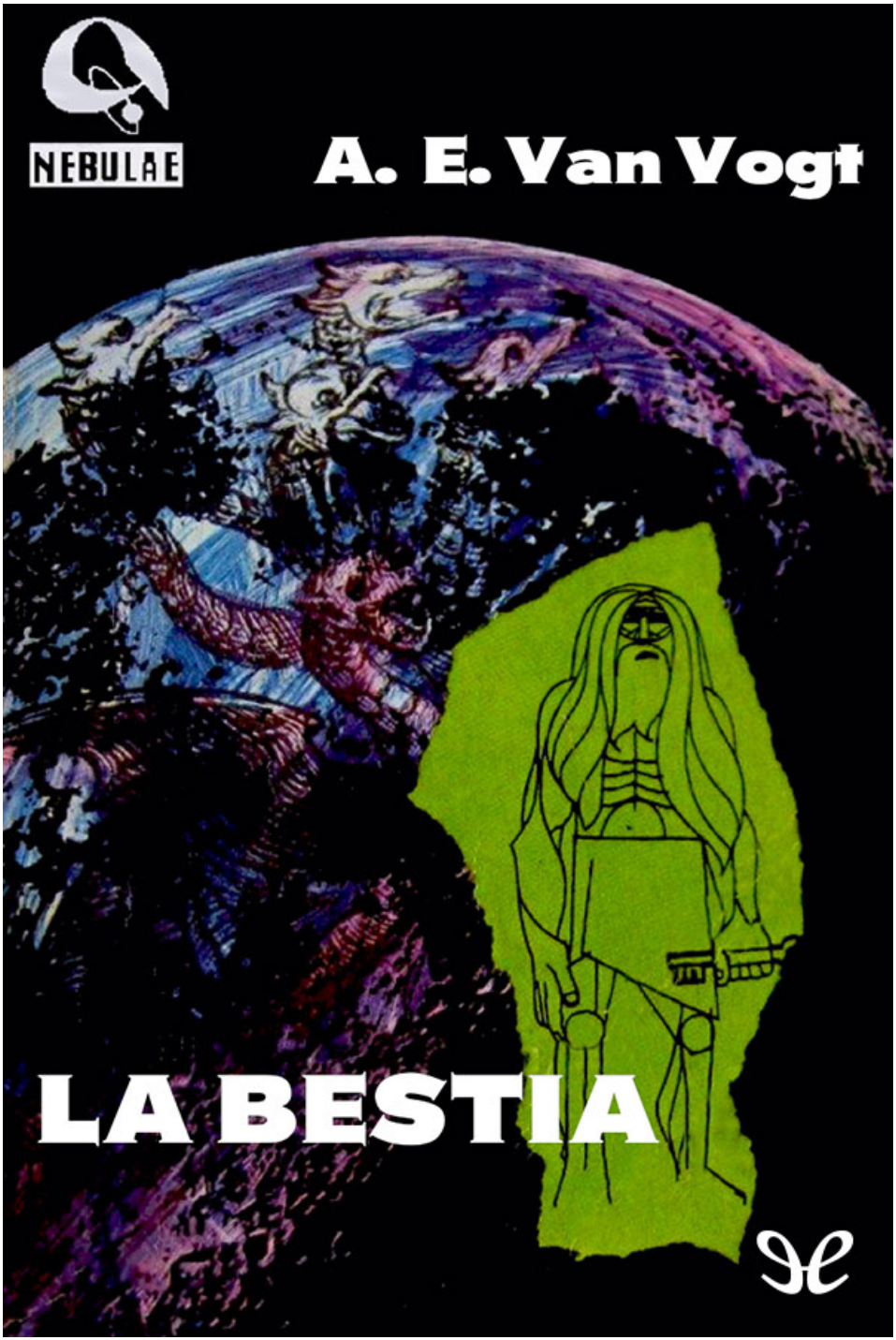
NEBULAE
A. E. Van Vogt
LA BESTIA

Jim Pendrake era un hombre completamente fuera de lo normal, dotado de unas facultades que le facilitaban el cumplimiento de las misiones más peligrosas. Envuelto en una trama de acontecimientos misteriosos, una deconocida potencia lo traslada nada menos que a nuestro satélite natural, la Luna, donde encuentra una extraña ciudad subterránea regida por un purísimo hombre de Neanderthal, cuyos súbditos son hombres de todas las épocas. ¿Cómo llegaron allí? Todos ellos fueron arrebatados por la Máquina del Tiempo, aparato de origen desconocido que une el mundo terrestre con el mundo lunar.

En esta fascinante novela, el talento narrador del gran autor A. E. van Vogt alcanza cumbres insospechadas.

A. E. van Vogt

La bestia

ePub r1.0
x3l3n1o 16.06.14

Título original: *The beast*
A. E. van Vogt, 1967
Traducción: Antonio Ribera

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r1.1

1

El gris-azulado motor yacía casi enterrado en una verde ladera. Objeto inanimado de metal y privado de fuerzas casi tan potentes como la propia vida, se encontraba allí en aquel verano de 1972. La lluvia lavaba su forma inerte. El sol de julio y después de agosto fulguraba en él. De noche, las estrellas se reflejaban evanescentes en el metal, sin importarles su destino. La nave que impulsó había estado amorrando a la atmósfera terrestre, cuando el meteorito atravesó el bloque que lo sustentaba, y al instante y con irresistible fuerza, el motor hizo trizas lo que quedaba del bastidor y se zambulló abajo y a través del boquete abierto por el meteorito, que semejaba una boca bostezante.

Durante todas las semanas transcurridas desde entonces, había permanecido en la ladera, al parecer sin vida, pero en realidad viviente a su modo. Tenía su inductor cubierto de barro tan encostrado que habría sido necesaria una percepción especial para notar lo rápidamente que estaba girando. Ni siquiera los chicos que se sentaron un día en el flanco del motor se percataron de las convulsiones del barro. Si alguno de ellos lo hubiese hurgado metiendo la mano en el infierno de energía que era el inductor, músculos, huesos y sangre habrían brotado como un chorro de gas estallando.

Pero los muchachos se fueron, y el motor se encontraba aún allí la tarde en que los buscadores atravesaron el pie de la colina. El descubrimiento estaba ante sus propias narices, por decirlo así. Eran dos hombres, quizás un tanto cansados en la hora tardía, aun cuando entrenados observadores escudriñando ansiosamente la ladera. Pero una nube velaba la brillantez del sol, y pasaron de largo, sin ver nada.

Fue más de una semana después, de nuevo a la caída de la tarde, cuando un caballo que trepaba la colina se esparrancó en el sobresaliente bulto del motor. El jinete procedió a desmontar de manera asombrosa. Asió con una mano el arzón delantero, y se alzó en la silla. Pasó sobre ella con facilidad su pierna izquierda, se balanceó a media altura y luego se dejó caer al suelo. El despliegue de fuerza para tal operación parecía tanto menor por el automatismo de la acción. Seguidamente la atención del hombre se concentró en el objeto en tierra.

Su enjuto rostro se contrajo al examinar el motor. Lanzó una mirada en derredor y sus ojos se entornaron. Luego sonrió sardónicamente por el pensamiento que atravesó su mente, y finalmente se encogió de hombros. Era muy escasa la probabilidad de que alguien le viese allí. Crescentville estaba a más de una milla, y no había señal de vida en torno al caserón blanco que se alzaba entre árboles a unos tres cuartos de milla al nordeste.

Estaba pues solo con su caballo y aquel artefacto. Y al cabo de un momento, su voz resonó con fría ironía en el aire crepuscular.

—Bien, Dandy, aquí tenemos trabajo. Este despojo tendría que proporcionarte pienso. Después de oscurecido lo llevaremos al chatarrero. Así ella no lo descubrirá y habremos salvado algún resto de nuestro orgullo.

Se detuvo. Involuntariamente se volvió para quedar con la mirada fija en la finca semejante a un jardín que se extendía en casi una milla entre él y el poblado.

Una valla blanca, neblinosa y como un halo en el crepúsculo, formaba un amplio círculo en torno a un verdeante terreno de árboles y pasto. La valla se difuminaba en las hondonadas y en la maleza, hasta desaparecer finalmente del todo en el norte, más allá del imponente caserón blanco.

El hombre murmuró impaciente:

—¡Qué tonto he sido andurreando por Crescentville esperándola! —Se volvió para mirar al artefacto en tierra—. Vamos a ver lo que pesa esto… ¿Qué será?

Trepó a la cima de la colina y volvió a bajar trayendo una gruesa estaca de un metro y medio aproximadamente de longitud, con la que comenzó a zafar el motor del suelo. Era una tarea ardua

con sólo un brazo, y así, cuando reparó en el boquete del centro taponado por el barro, metió el madero en él, para tener mejor apalancamiento.

Su exclamación de sorpresa y dolor resonó roncamente en el aire del atardecer.

Pues el madero se sacudió. Como un disparo retorcido por el cañón rayado de un arma de fuego, como una navaja de muelle, se sacudió violentamente en su mano, lacerando como un corte, y quemando como el fuego. Gimiendo y llevándose la estropeada mano al cuerpo, dio un traspiés.

El sonido murió en sus labios luego al posar la mirada en el vibrante y remolineante objeto que había sido una rama seca de árbol. Quedó como fascinado, y después trepó, temblando, al lomo del caballo negro. Y protegiendo su ensangrentada mano, y parpadeando de dolor, apresuró al caballo ladera abajo y hacia la carretera que conducía al poblado.

Un tiro y arnés, cuerda y aparejo, alquilados a un granjero, una mano rígida con los vendajes y entumecida y dolorida aún, un recorrido a través de la oscuridad con un objeto cencerreante en la narria… durante tres horas Pendrake se sintió como una criatura en una pesadilla.

Mas allí estaba ahora el artefacto, en el suelo de su establo, a salvo de ser descubierto, excepto por el sonido que seguía despidiendo de la madera en su inductor. Cuán raro parecía ahora cómo su mente había funcionado… La decisión de transportar el motor secretamente a su propia casita de campo había sido como escoger la vida en vez de la muerte, como levantar raudamente un billete de cien dólares caído en una calle desierta, tan automática como hallarse más allá de necesidad de lógica. Ahora parecía una cosa tan natural como vivir.

El amarillo resplandor de la linterna llenaba el interior de lo que antes fuera garaje particular y taller. En una esquina se hallaba Dandy, con su piel reluciente y sus ojos brillando cuando volvía la cabeza para mirar aquel objeto que compartía su cuadra. El no desagradable olor del caballo era denso ahora con la puerta cerrada. El motor estaba de costado cerca de la puerta. Y la principal dificultad era que la estaca que tenía empotrada no se mantenía

recta. Golpeteaba el aire como una caricatura de hélice, produciendo un sonido en la atmósfera con la violencia y velocidad de su rotación.

Pendrake estimó su velocidad en unas cuatro mil revoluciones por minuto. Se acercó para intentar comprender la naturaleza de una máquina que podía asir un trozo de madera y hacerlo remolinear tan violentamente. Mas no sacó nada en limpio. El fruncimiento de su entrecejo se acentuó al mirar a la estaca borrosa por la velocidad. Él no podría asirla en absoluto. Y aunque indudablemente en el mundo habrían muchas

herramientas que sí podrían apresar un objeto remolineante y tirar de él, no se encontraban disponibles en aquel establo iluminado por la luz de una linterna.

«Debe tener alguna palanca o botón, algo que desconecte la energía…», pensó.

Pero la superficie exterior gris-azulada, de forma de buñuelo era suave y lisa como el cristal. Hasta los bordes qué proyectaban cuatro extremidades, en las cuales se hallaban los agujeros para los pernos de encaje, parecían una prolongación del casco, como si hubiesen sido moldeados del mismo bloque de metal, como si pertenecieran a un diseño original único y exento de cualquier acoplamiento. Pendrake dio una vuelta en torno a la máquina, desconcertado. Le parecía que el problema sobrepasaba la solución de un hombre que como equipo de trabajo disponía únicamente de una mano vendada y maltrecha.

No reparó en nada de particular. El motor yacía sólida y pesadamente sobre el suelo. Ni trepidaba ni brincaba. No hacía el menor esfuerzo para mostrar una reacción opuesta al insensato remolinear que se erizaba en su centro. Ignoraba la ley de que la acción

y la reacción son iguales y opuestas.

Con súbita percatación de las posibilidades, Pendrake se inclinó y enderezó el casco de metal. Al instante atravesaron su mano cuchillos de dolor, y las lágrimas afluyeron a sus ojos. Pero por fin el motor se hallaba asentado sobre una de sus cuatro series de bordes, y la torcida estaca giraba ahora, no ya verticalmente, sino casi horizontalmente al suelo.

El doloroso latido de la mano de Pendrake cejó, y secándose las lágrimas de sus ojos procedió a dar el siguiente paso en el plan que se le había ocurrido. ¡Clavos! Los metió en los pasadores del banco y los inclinó sobre el metal. Lo hacía así simplemente para asegurarse de que el motor no hiciera volcar el casco caso de que lo sacudiera demasiado.

Requirió luego una caja de manzanas, la cual, colocada a lo largo de costado, llegaba a pocos milímetros del centro exacto del ancho boquete, desde el lado opuesto de donde proyectaba la estaca. Dos libros mantenían firme un trozo de tubo de veinte milímetros por treinta y tres centímetros de longitud. A duras penas podía sostener en su lesionada mano el pequeño acotillo, pero asestó un fuerte golpe. El trozo de tubo reculo por el martillazo, aporreó el madero que estaba en el interior del boquete y lo expulsó fuera.

Se produjo un estrépito semejante a un estallido, que hizo retemblar el garaje, y al cabo de un momento Pendrake se dio cuenta de una larga grieta en el techo, producida por el madero después de haber chocado con el suelo. El percutiente cerebro de Pendrake gravitó a un ritmo acompasado al silencio que se estaba imponiendo. Respiró profundamente. Había aún cosas por descubrir, un mundo entero de una nueva máquina por explorar. Mas una cosa parecía evidente:

Había dominado a la máquina.

A medianoche se hallaba aún despierto. Tirando la revista que estaba leyendo, fue a la cocina sumida en la oscuridad para fisgar en el garaje todavía más oscuro. Pero la noche estaba en calma. Ningún merodeador perturbaba la paz del poblado. Ocasionalmente el motor de un coche roncaba a lo lejos.

Comenzó a percatarse del peligro psicológico cuando por doceava vez se encontró oprimiendo su cara contra el frío cristal de la ventana de la cocina. Lanzando una maldición volvió a la salita. ¿Qué estaba intentando hacer? No podía esperar conservar aquella máquina. Debía tratarse de algún nuevo invento, un radical desarrollo de postguerra, que yació en aquella ladera de la colina debido a un accidente del que jamas se enteró un estúpido asno que nunca leía periódicos o escuchaba la radio.

En alguna parte de la casa, recordó, había un ejemplar del *Times* de Nueva York, que no hace mucho compró. Lo encontró en el estante donde amontonaba todos. Era del 7 de junio de 1971, y ahora agosto. La diferencia no era grande.

Pero no era 1971. Sino 1972.

Lanzando una exclamación, Pendrake se puso en pie de un salto y luego volvió a sumirse lentamente en su butaca. Un cuadro irónico se presentó entonces a su mente un calidoscopio de la existencia de un hombre tan intacto a la fricción del tiempo, que catorce meses se habían deslizado como otros tantos días. Perezoso, miserable canalla, pensó Pendrake, empleando su brazo perdido y una mujer implacable como una excusa para tenderse a la bartola en la vida. Mas ya pasó todo. Todo. Había de comenzar de nuevo…

Se fijó en el periódico que tenía en la mano. Y la ira se le aplacó cuando en una excitación que se iba acumulando lanzó una ojeada a los titulares:

EL PRESIDENTE HACE UNA LLAMADA A LA NACIÓN PARA UN NUEVO ESFUERZO INDUSTRIAL
UN TRILLÓN DE INGRESOS NACIONALES SÓLO PARA EMPEZAR, DICE JEFFERSON DAYLES
6.350.000 REMOLQUES A CHORRO VENDIDOS EN LOS PRIMEROS CINCO MESES DE 1971

En este momento se le ocurrió a Pendrake, que la situación era que él se había arrastrado a aquella casita campestre suya, casi al margen del mundo, pero que la vida había proseguido dinámicamente. Y en alguna parte, y no hacía mucho, un inmenso invento se había engendrado de esa ondulante marea de voluntad y ambición y genio creador. Mañana intentaría una hipoteca de aquella casita de campo. Ello le proveería de algún dinero, y rompería para siempre la esclavitud del lugar. Enviaría a Dandy a Leonor, de la misma manera que ella se lo había enviado hacía tres años, sin una palabra. Los verdes pastos de la finca serían como el paraíso para un animal que había estado hambriento demasiado tiempo por la exigüidad de la pensión de un ex piloto aviador.

Debió haberse dormido con ese pensamiento. Pues se despertó a las tres de la madrugada, sudando de miedo. Salió a la noche y abrió la puerta del garaje-establo antes de darse cuenta de que

había tenido un mal sueño. El motor estaba aún allí, con el trozo de tubo en su inductor. Al haz de luz de su linterna, el tubo destelló en su girar, con pardo fulgor que resultaba difícil concordar con el objeto metálico sucio, roñoso y estrujado que había saqueado de su cobijo.

Al cabo de un momento, y por primera vez, Pendrake se fijó en que el tubo estaba girando mucho más lentamente que lo había hecho el trozo de madera, ni una cuarta parte tan rápidamente, a no más de mil cuatrocientas o mil quinientas revoluciones por minuto. La velocidad de rotación debía estar regulada por la clase de material, basada en el peso atómico, o en la densidad, o en algo.

Inquieto, convencido de que no debía ser visto fuera a aquella hora, Pendrake cerró la puerta y volvió a casa. No se sentía enfadado consigo mismo, o por el súbito frenesí que le había sacado corriendo a la noche Pero las implicaciones eran turbadoras.

Resultaría difícil entregar el motor a su legitimo propietario.

2

Al día siguiente, Pendrake fue primero a la redacción del periódico local. Cuarenta números del *Clarion*, semanario de Crescentville, no arrojaron luz alguna. Leyó las dos primeras páginas de cada edición, sin dejar un solo titular. Mas por parte alguna apareció ninguna información sobre un accidente aéreo, ni tampoco la menor mención sobre algún invento de un nuevo motor. Contento como unas Pascuas salió finalmente a la calurosa mañana de agosto. Resultaba difícil creerlo. Y sin embargo, de ser así, aquel motor le pertenecía.

De la redacción del periódico se trasladó a la sucursal de un Banco nacional. El empleado de Créditos le sonrió tenuemente, cuando le informó sobre su deseo, y le llevó a ver al director, quien le dijo:

—Mr. Pendrake, no necesita usted hacer una hipoteca sobre su casa de campo. Tiene usted una amplia cuenta aquí. —Se presentó como Roderick Clay y prosiguió—. Como usted sabe, cuando se fue a China con la Fuerza Aérea, traspasó usted todas sus pertenencias a su mujer, a excepción de esa casita de campo en la que ahora vive, lo que entiendo fue omitido accidentalmente.

Pendrake asintió, no atreviéndose a hablar. Sabía lo que ahora iba a venir, y las palabras del director lo confirmaron simplemente, al decir:

—Al final de la guerra, pocos meses después de que su esposa y usted se separaron, ella volvió a hacer la cesión a nombre de usted de la propiedad entera, incluyendo bonos, acciones, efectivo, bienes raíces, así como la finca Pendrake, con la cláusula de que no se le notificara a usted la transferencia hasta cuando usted quisiera una información o indicase de algún modo que necesitaba dinero.

Estipuló además, que en el ínterin se le pasara a ella una asignación mínima para su mantenimiento y el sostenimiento de la casa Pendrake… Puedo decir —el hombre era todo suavidad y melaza, satisfecho a más no poder de la manera que llevaba a cabo una entrevista que debió haber planeado en sus momentos de ocio con anticipados escalofríos— que sus asuntos han prosperado con los de la nación. Valores, bonos y efectivo, totalizan en la actualidad aproximadamente un millón doscientos noventa y cuatro mil dólares. ¿Desea que uno de mis empleados le prepare un cheque a la firma? ¿Qué cantidad desea?

Fuera hacía más Calor. Pendrake volvió a su casita de campo, pensando que debió haber sabido que Leonor haría algo así. Aquella mujer intensa, introvertida, implacable… Impávida, fría, remota, sin salir de su concha de reserva el día que había vuelto él, sabiendo no obstante que se había puesto financieramente a merced de él. Tenía que reflexionar sobre lo que aquello podía suponer, planear su aproximación, sus exactas palabras y actos… y en el ínterin tenía la máquina.

Se hallaba en el mismo sitio donde la había dejado. La lanzó una ojeada Y volvió a cerrar la puerta. Camino de la entrada de la cocina dio una palmadita a Dandy, que estaba en el patio de césped de la parte trasera. Ya dentro de la casa, buscó una guía y dio con el nombre de una sociedad de patentes de Washington. Recordó que había ido a China con el hijo de uno de los miembros de aquella compañía. Escribió desmañadamente su carta. Camino de la estafeta de correos para despacharla, se detuvo en el único establecimiento de maquinaria que había en el pueblo, y encargó un artefacto como un engranaje que pudiese girar con cualquier cosa que asiera.

La respuesta a su carta llegó dos días después, antes de estar hecho el «embrague». Decía así:

Estimado Mr. Pendrake:

Atendiendo a su encargo, encomendamos su problema a miembros idóneos de nuestro Departamento de Investigaciones. Fueron examinados todos los registros de patentes de invención habidas durante los tres años pasados. Tuve además una conversación particular con el director del departamento del despacho de patentes. En consecuencia, puedo asegurar

positivamente que no ha sido patentado en terreno alguno desde la guerra ningún invento radical sobre motores, y sí únicamente variantes de propulsión a chorro.

Para su debida información adjuntamos a la presente copias de noventa y siete recientes patentes de motores, seleccionadas entre miles por nuestro personal.

Por correo aparte le enviamos nuestra factura. Gracias por su cheque con el anticipo de doscientos dólares.

Muy atentamente

N. V. Noskins

P. S. Creí estabas muerto. Juro haber visto tu nombre en una lista de bajas, tras mi rescate, y te he echado de menos desde entonces. Te escribiré una extensa carta dentro de una semana o cosa así. Ahora estoy atracando el mundo de las patentes, no físicamente… sólo el gran Jim Pendrake podría hacerlo. Sin embargo, desempeño el papel de Atlas mental, y a buen seguro que me he atraído una serie de miradas atravesadas por haber dado rapidez a tu asunto. Lo cual explica lo elevado de la factura. Adiós de momento.

Ned

Pendrake sintió una extraña sensación al leer y releer la nota al pie de la carta. Le dolió pensar cómo había cortado amarras con todos sus amigos. La frase «el gran Pendrake» le hizo lanzar una ojeada involuntaria a la manga derecha vacía de su jersey.

Sonrió amargamente. Y pasaron varios minutos antes de que volviese a recordar el motor, pensando seguidamente: «Encargaré un chasis de automóvil y un avión sin motor, y una barra hecha de muchos metales…, pues desde luego he de hacer primero algunas pruebas».

Se detuvo, dilatándosele los ojos ante las posibilidades. La vida se estaba abriendo de nuevo. Mas resultaba singularmente difícil convencerse de que aquel motor no tenía aún otro propietario que él mismo.

Dos días después fue a recoger la roldana de engranaje. Al desplegar un encerado para envolverla, Pendrake oyó un ruido y

luego la voz de un joven que decía detrás de él:

—¿Qué es eso?

Estaba oscureciendo, y el camión que había alquilado parecía casi informe en la noche que se tendía. Al lado de Pendrake se elevaba el establecimiento de maquinaria, una estructura lóbrega y sin pintar. Las luces de su interior brillaban débilmente a través de ventanas grasientas. Los empleados, que habían cargado la roldana en el camión, habían vuelto a atravesar la puerta, sonando aún en los oídos de Pendrake sus roncas buenas noches. Ahora estaba solo con su interrogador.

Con deliberado, pero rápido movimiento, tendió la lona encerada sobre la roldana y se volvió para mirar a quien se había dirigido a él. El tipo se hallaba en la sombra; parecía un hombre alto y recio. La luz de la farola más próxima hacía relucir sus prominentes pómulos, pero resultaba difícil precisar los contornos de su cara.

Fue su aspecto resuelto lo que produjo un escalofrío en Pendrake. No era la de aquel hombre una ociosa curiosidad, sino una seria determinación sorprendentemente tomada adrede. Con un esfuerzo, Pendrake se recobró, diciendo secamente:

—¿Qué le importa a usted?

Subió a la cabina del camión. Ronroneó el motor. Pendrake manipuló torpemente el desembrague y el camión rodó.

Podía ver al hombre por el espejo retrovisor, todavía en pie, en las sombras del establecimiento de maquinaria; una figura alta y corpulenta, que echó a andar lentamente en la misma dirección que conducía él. Un segundo después, Pendrake dobló una esquina y enfiló una calle lateral. «Voy a dar un rodeo para ir a casa y luego devolveré en seguida el camión al hombre a quien lo alquilé, y entonces…», pensó.

Algo húmedo resbaló por sus mejillas. Soltando el volante se pasó la mano por la cara. Estaba cubierta de sudor. ¿Estoy loco? —pensó—. No voy a creer que alguien se halla buscando secretamente la máquina…

Sus nervios en punta se apaciguaron lentamente. Lo que finalmente resultaba convincente era la coincidencia de tal buscador junto a un establecimiento de maquinaria de un

pueblecito en el mismo instante en que Jim Pendrake estaba allí. Parecía un antiguo melodrama en el que los villanos estuvieran acechando al insospechado héroe. ¡Ridículo! Sin embargo, el episodio subrayaba un importante aspecto de su posesión del motor. Éste debió haber sido construido en alguna parte. Y en alguna parte debía hallarse su propietario.

No debía olvidar eso nunca.

La oscuridad de la noche había cerrado cuando por fin entró Pendrake en el garaje-establo y encendió la luz que había instalado por la mañana. La lámpara de doscientos watios lanzó un resplandor solar que hacia la pequeña estancia más pequeña aún que iluminada por la luz de la linterna.

El motor se hallaba exactamente en donde lo había clavado la primera noche. Se parecía a un neumático hinchado para una rueda ancha y pequeña, o a un grueso buñuelo gris-azulado. Excepto por los cuatro juegos de pestañas y el tamaño, la semejanza con un buñuelo era casi pasmosa. Sus paredes se curvaban hacia arriba partiendo del boquete en el centro, y el mismo boquete era sólo un poco menor de lo que debiera serlo para guardar una proporción exacta. Pero allí acababa la semejanza con cualquier cosa que hubiera conocido. Aquel boquete era de lo más endiablado que hubiera…

Tenía unos quince centímetros de diámetro. Sus paredes interiores eran tersas, traslúcidas, de aspecto no metálico, y en su centro geométrico flotaba el trozo de tubo de cañería. Aquella pieza colgaba literalmente en el espacio, mantenida en posición por una fuerza que parecía no tener origen alguno.

Pendrake respiró profunda y lentamente, tomó su martillo y lo colocó suavemente sobre el extremo sobresaliente del tubo. El martillo vibró en su mano, pero ceñudamente Pendrake soportó los pinchazos de dolor y apretó. El tubo siguió girando zumbador, insumiso, inafectado. El martillo castañeteó con la vibración. El rostro de Pendrake se contrajo por el dolor y soltó con un respingo la herramienta.

Esperó pacientemente hasta que su mano cesó de punzar y luego asestó un fuerte golpe al extremo sobresaliente del tubo. Éste se metió en el boquete y veinte centímetros de él asomaron por el otro

lado del motor. Resultaba casi como hacer rodar una bola. Con atinada puntería, Pendrake golpeó por el otro extremo el tubo, el cual volvió rápidamente a su anterior posición, quedando sólo veinticinco milímetros de él dentro del boquete y girando como el eje de una turbina de vapor, excepto que no producía ni un rumor de sonido, ni el más débil silbido o siseo.

Con los labios fruncidos, Pendrake se puso en cuclillas. El motor no era perfecto. La facilidad con que el tubo, y antes el trozo de madera, habían sido metidos y sacados significaba que se precisaba un encaje o engranaje. Algo que se mantuviese firme a elevadas velocidades y grandes tensiones. Lentamente se puso en pie, decidido ya, y dispuso el artefacto que había mandado construir en el establecimiento de maquinaria. Le llevó varios minutos el ajustar la roldana-mordaza a la debida altura. Pero tuvo paciencia.

Finalmente manipuló la palanca de control. Fascinado contempló las dos mitades de la roldana pegarse al tubo de veinticinco milímetros, asirlo y comenzar a girar. Sintió difundirse el calor por todo su cuerpo. Era el más dulce placer que en todos aquellos largos años había experimentado. Suavemente, Pendrake tiró de la roldana-mordaza, intentando atraerla hacia sí al suelo. Pero el artefacto no se movió. Frunció el entrecejo ante el hecho. Sintió la sensación de que la máquina era demasiado pesada para presiones delicadas. Se necesitaba músculo allí, y sin tasa. Cobrando ánimo, comenzó a tirar con energía.

Luego se recordó saliendo despedido de espaldas a la puerta, en su esfuerzo por apartarse. Tuvo una imagen mental de los clavos de sujeción saltando cuando el motor se volcaba en su dirección. Y en el siguiente instante el motor se elevó, ascendió ligeramente del suelo, de alguna incomprensible manera. Y girando lentamente, como una hélice, cayó luego pesadamente sobre la roldana-mordaza.

El entarimado del suelo se astilló con estrépito, y el cemento bajo él, que era el piso original del garaje, se resquebrajó con rechinante ruido al abatirse contra él la roldana-mordaza mil cuatrocientas veces por minuto. El metal chilló atormentado y se destrozó en granizada de muerte. La confusión de ruido y polvo y cemento pulverizado y metal se convirtió en breves instantes en

espantoso ambiente para la aturdida mente de Pendrake.

El silencio serpeó sobre la escena, como la noche siguiendo a un día de batalla; un silencio intenso, antinatural. Había sangre en un costado tembloroso de Dandy, que brotaba de un chirlo producido por algún trozo de metal. Pendrake se puso en pie, tranquilizando al tembloroso caballo y comprobando la magnitud de la destrucción. Vio que el motor yacía frente a él al parecer inafectado por su propia violencia. Allá estaba, gris-azulado y reluciente a la luz de la lámpara eléctrica que milagrosamente no había sido alcanzada.

Le llevó media hora el encontrar todos los pedazos de lo que había sido la roldana-mordaza y, reuniéndolos uno por uno, se los llevó dentro de la casa. El primer experimento auténtico con el motor se había efectuado. Y con éxito, decidió.

Sentóse en la oscuridad de la cocina, en vela. Los minutos fueron transcurriendo. Y aún no había movimiento alguno afuera. Pendrake suspiró finalmente. Parecía evidente que nadie se había dado cuenta del cataclismo en su garaje. O si se habían dado cuenta, no eran curiosos. El motor estaba todavía a salvo.

Al aflojarse su tensión se dio cuenta de lo solitario que estaba. Súbitamente, el mismo sosiego del silencio le oprimió. Tuvo la brusca y amarga convicción de que su victoria en curso sobre el motor no iba a servir de diversión alguna a un hombre apartado del mundo por la melancolía de su carácter. «Tengo que ir a verla», pensó vagamente.

No…, ello no serviría. Leonor había adquirido un impulso emotivo en una dirección dada. No valdría de nada el ir a verla. Mas había otra posibilidad.

Pendrake se puso su sombrero y salió a la noche, yendo en derechura a la cabina telefónica que estaba en la esquina de la droguería.

—¿Está Mrs. Pendrake en casa? —preguntó cuando respondieron a su llamada.

—¡Sí, claro! —La voz profunda de la mujer indicaba que por lo menos había una nueva sirvienta en el caserón. No era una voz familiar—. Espere un momento.

Pocos segundos después la magnífica voz de contralto de Leonor, decía:

—Mrs. Pendrake al habla.

—Leonor, aquí Jim.

—¿Ah, sí? —Pendrake sonrió desvaídamente ante el ligero cambio en la voz de ella, el tono defensivo que de pronto mostraba.

—Quiero volver, Leonor—dijo él suavemente.

Un silencio, y luego… ¡click!

De nuevo en la noche, Pendrake miró al cielo estrellado. El firmamento era de oscuro azul. Toda la parte del universo de la tierra occidental estaba instalada en la noche. Crescentville compartía con toda la costa marina del Este las sombras penumbrales del gran planeta madre. «Tal vez fuera una equivocación, pero ahora lo sabe», pensó Pendrake. La mente de ella probablemente había ido adormeciéndose en pensamientos respecto a él. Ahora volvería a despertar, a cobrar vida.

Atravesó a grandes zancadas el camino a su casita. Al llegar a su cercado contuvo un impulso de trepar a un árbol desde el cual era visible el caserón. Se abalanzó al césped del patio trasero y quedóse contemplando el garaje, pensando vacilantemente: «Un motor que gira cualquier cosa encajada en su inductor o que, si resiste; lo destrozaría con la facilidad de una potencia ilimitada… Un motor a través del cual puede ser empujado un eje, pero no tirado de él. Lo cual significa que la hélice de un avión necesita únicamente ser sujeta a una barra de metales graduados…, graduados de acuerdo con el peso atómico y densidad».

Alguien estaba llamando a la puerta delantera de la casa campestre. Pendrake se puso en pie de un salto, alarmado instantáneamente. Pero sólo era un muchacho con un telegrama que decía:

Modelo cabina Puma se librará aeropuerto Dormantown mañana. Stop. Tirantes y controles especiales motor instalados como encargado. Stop. Construcción aleación magnesio y aerogel plástico. Stop.

Compañía Aviación Atlántic.

Estuvo allí al siguiente día para hacerse cargo de la entrega. Había

alquilado un hangar en el extremo del campo y hecho descargar en su interior el avión transportado en un gran remolque. Una vez se fueron los hombres encargados de la entrega, cerró y echó el pestillo a las puertas. Al alba del día siguiente condujo allá el motor y comenzó la laboriosa tarea de instalarlo con el material que había comprado a tal fin. Llevó tiempo a un hombre con un solo brazo, pero él era persistente y remató la labor. Aquella noche durmió en el hangar y se levantó cuando la primera luz del día se filtró por debajo de la puerta. Había llevado elementos para el desayuno, y se hizo el café y comió rápidamente. Luego abrió las puertas del hangar y rodó afuera el avión.

Hizo un simple vuelo de prueba, no elevándose más que a mil seiscientos metros y a una velocidad no superior a las 175 millas por hora. Resultaba desconcertante no producir ningún ruido de motor, por lo que descendió con inquietud, preguntándose si alguien habría notado aquella singularidad. Supuso que aun cuando no hubiese sucedido esta vez, tarde o temprano lo observarían y se comentaría sobre aquel motor silencioso. Y cada día que pasara, cada hora que se aferrase a su secreto, su posición moral se tornaría peor. Aquel motor pertenecía a alguien. Le pertenecía y lo quería. Debía decidirse al instante y de una vez por todas si anunciar o no su posesión de él. Ya era hora de tomar una resolución.

Se halló frunciendo el entrecejo a los cuatro hombres que se dirigían hacia él a lo largo de la línea de sombra. Dos llevaban una gran caja de herramientas, y uno empujaba una vagoneta que contenía otro material. El grupo se detuvo a unos quince metros del avión de Pendrake. Luego se adelantó uno de sus componentes, hurgando su bolsillo, y golpeó con los nudillos la puerta de la cabina.

—¡Deseo preguntarle algo! —voceó.

Pendrake vaciló, maldiciendo en silencio. Le habían asegurado que nadie más había alquilado un hangar en aquel extremo del campo y que los grandes cobertizos próximos estaban vacíos, destinados sólo a ser utilizados en años futuros. Impaciente, activó la palanca y abrió la puerta.

—¿Qué…?—comenzó, pero se detuvo al punto, un tanto perplejo al posar la mirada en el revólver con que una recia mano le

apuntaba. Luego miró una cara que —ahora lo vio con sobresalto— estaba cubierta con una máscara de carne.

—¡Salga de ahí! —conminó el del revólver quien al saltar Pendrake a tierra se echó atrás cautelosamente, mientras se adelantaban los otros con su caja de herramientas y su vagoneta. Metieron seguidamente sus artefactos en el avión y treparon a él. El hombre con el arma se detuvo en el umbral de la portezuela, sacó un paquete del bolsillo interior de su chaqueta y lo arrojó a los pies de Pendrake.

—Eso le resarcirá por el avión —dijo—. Y recuerde esto. Únicamente lograría usted cubrirse de ridículo si prosigue este asunto. Este motor se encuentra en fase experimental. Queremos explorar todas sus posibilidades antes de solicitar una patente y no deseamos tener simples patentes secundarias, mejoras ni cuanto estorbe a nuestro desarrollo del invento. Eso es todo.

El avión comenzó a moverse y se elevó rápidamente, convirtiéndose luego en una mota en el firmamento occidental y sumergiéndose en la azul calina de la distancia. El pensamiento que finalmente asaltó a Pendrake fue que su decisión había sido tomada por él.

Creció su sensación de pérdida a la par que la de su impotencia, no sabiendo qué hacer ahora. Durante un rato contempló despegar y aterrizar a los aviones locales, pero al cabo de unos minutos se encontró aún sin plan ni propósito alguno.

Podía irse a casa. Se imaginó entrando en ella furtivamente como un perro zurrado, y con los largos, larguísimos días aún ante él. O bien —el oscuro pensamiento prendió en su cerebro—podía acudir a la policía. El impulso se ahondó y recordó el paquete que le habían arrojado a los pies. Se detuvo, lo recogió del cemento lo abrió y contó los billetes verdes de su interior. Al acabar, en su rostro se dibujó una desvaída sonrisa. Cien dólares más de lo que había él pagado por el Puma.

Mas era una venta forzosa y por lo tanto no valía. Con brusca decisión, Pendrake puso en marcha el motor de su camión prestado y se dirigió a la comisaría de policía del Estado sita en Dormantown. Sus dudas volvieron a la carrera cuando el sargento de policía anotó gravemente su denuncia.

—¿Dice usted que encontró el motor? —El policía mencionó finalmente este extremo.

—Sí.

—¿Informó sobre su hallazgo a la comisaría de Crescentville?

Pendrake vaciló. Era imposible explicar la manera instintiva en que había encubierto la posesión del motor, sin tenerlo como evidencia de cuán insólito era el hallazgo. Por fin dijo:

—Al principio pensé que era un trozo de chatarra. Cuando descubrí que no lo era me enteré rápidamente de que no había sido informada tal pérdida. Por lo tanto me atuve a la ley de que tales hallazgos pertenecen a quien los encuentra.

—¿Pero ahora lo tienen los verdaderos propietarios?

—Así lo diría —admitió Pendrake—. Pero su empleo de armas, su secreto y la manera en que me obligaron a que les vendiese el avión me convencen de que debería investigarse el asunto.

El policía tomó nota y dijo luego:

—¿Puede usted proporcionarme el número de fabricación del motor?

Pendrake gimió y salió finalmente al día que se abrillantaba, con la sensación de que había disparado un proyectil que no había estallado, a una noche impenetrable.

3

Llegó a Washington en el avión de la mañana procedente de Dormantown y se dirigió seguidamente a la oficina de Hoskins, Baker y Hoskins, procuradores de patentes. Un momento después de que hiciera anunciar su nombre apareció por una puerta un delgado y elegante joven, quien atravesó a grandes zancadas la antesala. Ignorando la perplejidad del empleado de recepción, exclamó con voz penetrante:

—¡El hombre de acero de las Fuerzas Aéreas!… Jim, yo…

Se detuvo. Sus azules ojos se dilataron. Algo de color desapareció de sus mejillas al posar la mirada con aire afligido en la vacía manga de Pendrake, al que silenciosamente empujó a su despacho particular.

—¡El hombre que arrancaba puertas con los pestillos cuando estaba en apuros y lo trituraba todo en sus manos cuando se excitaba…! —murmuró. Se sacudió con esfuerzo el abatimiento y añadió en voz alta—: ¿Cómo está Leonor, Jim?

Pendrake ya sabía que el comienzo iba a ser arduo,

y con tanta brevedad como le fue posible explicó:

—Ya sabes cómo era ella. Tenía ese trabajo en el departamento de investigaciones de la Enciclopedia Hilliard, una existencia al margen del mundo, de la que la saqué yo, y… —Se detuvo, se encogió de hombros finalmente y prosiguió—: Y después descubrió como fuese lo de esas otras mujeres… No sé quién se lo diría. Me enseñó una carta y me preguntó si era verdad.

Hoskins dijo suavemente:

—Estuvimos en China durante tres años. Yo tuve una docena de mujeres en mi estancia allá; un par de ellas eran muy lindas por cierto… Me hubiese casado con alguna de ellas, de no haberlo

estado ya. ¿Qué decía la carta y de quién era?

—No la leí—respondió Pendrake. Suspiró—. No sé por qué caí con Leonor. Debió haberme recordado a mi madre o algo así. Ella tenía un poder que hacía parecer insignificantes las demás mujeres. Pero ahora ya no importa eso.

Y sin preámbulo se lanzó a una detallada explicación sobre el motor. Para cuando llegó al final de su relato, Hoskins estaba paseándose de un lado a otro del despacho.

—Un grupo secreto con un invento mecánico nuevo y maravilloso. Jim, eso me parece muy gordo. Estoy bien relacionado con las Fuerzas Aéreas y conozco al comisario Blakeley. Pero no hay tiempo que perder. ¿Tienes mucho dinero?

Pendrake vaciló.

—Depende de lo que llames mucho.

—Quiero decir que no podemos perder tiempo en expedienteo. ¿Puedes disponer de cinco mil dólares para la cámara de imágenes electrónica? Ya sabes, la que fue inventada justamente al final de la guerra con China. Acaso recuperes el dinero, o acaso no. Lo importante es que vayas a esa ladera de la colina donde encontraste el motor y fotografíes los electrones del suelo. Hemos de tener un retrato de esa máquina para convencer al tipo de cínico que ha vuelto a mostrarse en la ciudad, al individuo que no quiere creer en nada que no ve y escurre el bulto si no se le puede enseñar.

La energía y el interés de Hoskins eran contagiosos. Pendrake se puso en pie de un salto.

—Me voy al instante. ¿Dónde puedo adquirir una esas cámaras?

—Hay en la ciudad una sociedad que las vende al gobierno y a varias instituciones educativas para fines geológicos y arqueológicos. Mira, Jim, me fastidia el darte tanta prisa. Me hubiese gustado que vinieras a casa y conocieras a mi mujer, pero el tiempo es la esencia de estas fotografías. Ese suelo está expuesto la luz, y la imagen podría ser borrosa.

—Hasta la vista—dijo Pendrake, yendo con la misiva a la puerta.

Los clichés salieron estupendamente claros e inconfundibles las imágenes en las fotografías. Pendrake se hallaba sentado en su salita admirando el terso acabado cuando llamó un mensajero de la oficina de teléfonos.

—Hay una conferencia de Nueva York para usted —dijo el recadero—. El interesado espera. ¿Quiere venir a la central?

«Hoskins», pensó Pendrake, aunque no podía imaginarse lo que pudiera estar haciendo Ned en Nueva York. El primer sonido de la voz extraña en el receptor le produjo un escalofrío.

—Mr. Pendrake —dijo la voz—, tenemos razones para creer que se halla usted aún apegado a su esposa. Sería lamentable que le sucediese algo a ella como resultado de la injerencia de usted en algo que no le concierne. Haga caso.

Hubo un click, y su leve y agudo sonido producía aún un eco en la mente de Pendrake minutos después, mientras caminaba abstraído a lo largo de la calle. Sólo una cosa aparecía clara: la investigación había acabado.

Se arrastraron los días. No por vez primera se le ocurrió a Pendrake que había sido aquella máquina lo que le había sacado de su prolongado estupor. Y que se había lanzado a examinarla tan rápidamente porque se había percatado de que sin ella no tendría nada. Era peor que eso. Intentó resumir el antiguo contenido de su existencia. Y no pudo. Las cabalgadas casi al alba sobre Dandy, que antes duraban desde la amanecida hasta el caer de la tarde, acabaron bruscamente a las diez de la mañana, en dos días sucesivos, y no fueron reanudadas. No era que no quisiera cabalgar más. Era simplemente que la vida suponía más que el sueño de un ocioso. El sueño de tres años había pasado. El quinto día llegó un telegrama de Hoskins:

¿Qué sucede? He estado esperando tus noticias.

Ned.

Desazonado, Pendrake hizo pedazos el telegrama. Intentó contestar, pero aún estaba estrujando su cerebro dos días después sobre lo que debía decir exactamente cuando llegó la carta.

«No puedo comprender tu silencio. He interesado al comisario del Aire, Blakeley, y algunos funcionarios técnicos me han llamado ya. En

otra semana apareceré como un tonto. Tú compraste la cámara; lo comprobé. Debes tener las fotos, así que por amor de Dios da noticias…».

Pendrake respondió:

«Estoy abandonando el caso. Siento haberte molestado con él, pero he descubierto algo que transforma completamente mi opinión sobre el asunto y no soy libre de revelar lo que es».

La verdad habría sido que no quería revelarlo, pero el manifestarlo así hubiese sido improcedente. Aquellos oficiales - en activo de las Fuerzas Aéreas —él había sido uno de ellos en su tiempo—no habían podido encajar en sus sistemas el hecho de que la paz era radicalmente diferente de la guerra. La amenaza a Leonor únicamente los impacientaría; su muerte o lesión constituiría una baja insignificante como para ser tomada en consideración. Naturalmente que ellos adoptarían precauciones. Pero al diablo con ellos..,

Al tercer día de haber enviado su carta se detuvo un taxi ante la puerta del cercado de la casa de campo, y descendieron de él Hoskins y un gigante barbudo. Pendrake les dejó entrar, correspondió sosegadamente a la presentación al gran Blakeley y se mostró frío ante las preguntas de su amigo, quien a los diez minutos estaba blanco como un lienzo.

—No puedo comprenderlo —bramó—. Tomaste las fotos, ¿no es así?

Ninguna respuesta.

—¿Cómo salieron?

Silencio.

—Eso que supiste, que transformó tu opinión… ¿Obtuviste más información sobre lo que se halla tras el motor?

Pendrake pensó angustiado que debiera haber mentido sin rodeos en su carta, en vez de hacer una declaración estúpidamente comprometedora. Lo que había dicho estaba destinado, en efecto, a despertar una intensa curiosidad y esta agonía del interrogatorio.

—Déjeme que le hable yo, Hoskins.

Pendrake sintió un notable alivio cuando habló el comisario Blakeley. Sería más fácil contender con un extraño. Vio que Hoskins se encogía de hombros al sentarse con gesto cansado en el sofá y encendía nerviosamente un pitillo.

El hombrón comenzó con frío y pausado tono:

—Creo que nos hallamos aquí ante un caso psicológico. ¿Se acuerda usted, Pendrake, de aquel tipo que en 1956 o en sus proximidades pretendía tener un motor que extraía su energía del aire? Cuando los informadores examinaron su coche, hallaron una batería cuidadosamente oculta. Y luego —prosiguió la fría y taladrante voz—hubo la mujer que, hace dos años, pretendía haber visto un submarino ruso en el lago Ontario. Su historia se hizo cada vez más disparatada a medida que progresaba la investigación de la Armada, hasta que finalmente ella admitió que la había contado a sus amistades para despertar interés por su persona, y que cuando comenzó la publicidad no tuvo valor para decir la verdad. Pero usted está siendo más listo en su caso.

La magnitud del insulto hizo que en el rostro de Pendrake se dibujara una contraída sonrisa. Quedóse así, con la mirada fija en el suelo, escuchando casi ociosamente la humillación verbal a que había sido sometido. Se sentía tan remotamente alejado de la martilleante voz, que su sorpresa fue momentáneamente inmensa cuando dos manazas asieron sus solapas y el hermoso rostro barbudo se acercó belicosamente al suyo, y la acerba voz le espetó:

—Ésa es la verdad, ¿no es así?

Pendrake no había pensado que pudiera sobreexcitarse. No tuvo sensación alguna de cólera cuando, de un impacienté manotazo, deshizo el doble asimiento del hombrón, lo hizo girar en redondo, lo asió a su vez por el cuello de su chaqueta y lo llevó a empellones y vociferando al pasillo y a través de la puerta enrejada a la terraza. Hubo un momento desatinado cuando Blakeley fue lanzado al césped de abajo. Se puso en pie rugiendo. Pero Pendrake se volvía ya. En el umbral de la puerta se encontró con Hoskins, quien llevaba puestos su sobretodo y su sombrero hongo, y que le dijo:

—Voy a recordarte algo… —Entonó las palabras a la manera de la promesa de lealtad a los Estados Unidos. Y no pudo haber sabido

que había ganado, pues bajó la escalinata sin mirar atrás. El taxi en espera se marchó antes de que Pendrake comprendiera cuán absolutamente habían deshecho su propósito aquellas palabras finales.

Aquella noche escribió la carta a Leonor, y la siguió el día siguiente, a la hora que había indicado en ella: las 3,30 de la tarde. Cuando la rolliza sirvienta negra abrió la puerta del caserón blanco, Pendrake tuvo la fugaz impresión de que iba a decirle que Leonor estaba ausente. Por el contrario, fue conducido a través de los conocidos vestíbulos a la espaciosa sala de estar, de quince metros. Las cortinas venecianas estaban corridas contra el sol, por lo que a Pendrake le llevó un momento el descubrir en la penumbra la figura de la joven mujercita que se había levantado para recibirle, y que dijo con voz dulce y familiar, de tono interrogante:

—Tu carta no era muy explicativa. Sin embargo he determinado verte, de todos modos. Pero esto no importa… ¿En qué peligro me encuentro?

Ahora pudo verla él más claramente. Y durante un instante se quedó bebiéndola con los ojos…, su grácil cuerpo, cada rasgo de su rostro y el oscuro cabello que lo coronaba. Se dio cuenta de que ella se ruborizaba ante el intenso escrutinio y comenzó rápidamente su explicación:

—Mi intención —dijo— fue abandonar el asunto. Pero justamente cuando pensé haber zanjado la cuestión echando a Blakeley, Hoskins me recordó mi juramento de las Fuerzas Aéreas que me obligaba para con mi país.

—¡Oh!

—Por tu propia seguridad—prosiguió con más decisión ahora—debes abandonar Crescentville por ahora, perderte en la inmensidad de Nueva York hasta que haya sido indagado hasta el fondo este asunto.

—¡Comprendo! —Su oscura mirada era evasiva. Parecía singularmente envarada, sentada en la butaca que había escogido, como si no se encontrase del todo cómoda. Por fin, dijo—: ¿Cómo eran las voces de los dos hombres que te hablaron, el pistolero y el del teléfono?

—Una era la voz de un joven. La otra, de alguien de mediana

edad.

—No, no me refiero a eso. Quiero decir el tono, el empleo del idioma, el grado de educación.

—¡Oh! —Pendrake la miró con fijeza y respondió lentamente—. No pensé en eso. Diría que mostraban muy buena educación.

—¿Acento inglés?

—No, americano.

—Eso es lo que quería yo decir. Así, pues, ¿nada extranjero?

—Ni lo más mínimo.

Ahora estaban los dos más desenvueltos, notó Pendrake. Y a él le encantaba la manera fría y serena con que ella estaba enfrentando su peligro. Después de todo, ella no estaba entrenada a habérselas con terrores físicos. Antes de que pudiera pensar más, Leonor dijo:

—Ese motor… ¿de qué clase es? ¿Tienes alguna idea?

¡Sí tenía él alguna idea sobre el particular! ¡Él, que se había estrujado el cerebro en oscuras vigilias de una docena de noches!

—Debe haberse desarrollado—dijo Pendrake detenidamente—de un tremendo fondo de investigación. Nada tan perfecto podría brotar a la existencia sin una poderosa base de la labor de otros hombres para construirlo. Sin embargo, aun así, alguien debe haber tenido una inspiración de puro genio. —Cavilosamente añadió—: Debe tratarse de un motor atómico. Esto puede ser otra cosa. No hay otro antecedente comparable. Ella le estaba mirando con fijeza, no pareciendo muy segura de sus siguientes palabras. Por fin dijo con voz grave:

—¿No te importa que te haga estas preguntas?

Él sabía lo que aquello significaba. Ella se había dado cuenta de pronto de que estaba enterneciéndose. «¡Maldita sea con la gente supersensible!», pensó él, respondiendo presta y seriamente:

—Ya has aclarado algunos extremos importantes. Pero a otra cuestión es adonde han de conducir. ¿Puedes sugerir algo más?

Hubo un silencio y luego dijo ella lentamente:

—Me doy cuenta de que no estoy debidamente capacitada para ello. No tengo conocimiento científico alguno, pero sí mi entrenamiento de investigación. No sé si mi siguiente pregunta será tonta o no, pero… ¿cuál es la fecha decisiva para un motor atómico?

Pendrake frunció el entrecejo y dijo:

—Me parece que sé lo que quieres decir. ¿Cuál es la última fecha en que no pudo haber sido desarrollado un motor atómico?

—Algo por el estilo —convino ella. Sus ojos estaban brillantes.

Pendrake reflexionó:

—He leído recientemente sobre el particular. La de 1954 encajaría, pero es más probable la de 1955.

—Parece ser mucho tiempo…, bastante largo.

Pendrake asintió. Sabía lo que ella iba a decir, y era excelente, pero esperó a que lo dijera. Lo hizo al cabo de un momento:

—¿Hay algún medio de que puedas constatar las actividades de toda persona capaz que haya efectuado una investigación superior atómica en este país desde aquella fecha?

Él inclinó la cabeza y respondió:

—Voy a acudir por primera a mi antiguo profesor de física. Es uno de esos viejos perpetuamente jóvenes que están al corriente de todo.

La voz de ella, uniforme y fría, le cortó:

—¿Vas a seguir en persona esta investigación?

Miró ella involuntariamente a su manga derecha y su rostro se tornó escarlata. No cabía duda alguna del recuerdo que había en su mente. Pendrake dijo presuroso, con desvaída sonrisa:

—Temo que no haya nadie más. Tan pronto como haya progresado un poco iré a ver a Blakeley y me excusaré por la manera como lo traté. Hasta entonces, con el brazo derecho o no, dudo que exista alguien más capaz que yo. —Frunció el entrecejo—. Desde luego se presenta el hecho de que un hombre manco es fácilmente localizado.

Mientras Pendrake hablaba, ella volvió a recuperar su autodominio y dijo:

—Iba a sugerirte que adquirieses un brazo artificial y una máscara de carne. Esa gente debió haber llevado máscaras civiles si reconociste el disfraz tan rápidamente. Puedes obtener el perfecto tipo militar. —Se puso en pie y terminó con voz llana—: En cuanto a abandonar Crescentville, escribí ya a mi antigua empresa y me reponen en mi anterior puesto. Por esto es también que te recibí. Dejaré la casa esta noche y mañana ya estarás en libertad de

proseguir tus investigaciones. Buena suerte.

Frente a frente ambos, Pendrake se sintió removido hasta la médula por el brusco final de la entrevista con aquellas palabras. Se separaron como dos personas que habían estado sometidas a enorme tensión.

«Y ésa es la verdad», pensó Pendrake al salir afuera, al rayo del sol.

Permaneció en Crescentville aquella noche. Había que contratar guardianes y, entre otras muchas cosas, devolver a Dandy al establo del caserón blanco. Era ya medianoche cuando Pendrake tomó un baño preparatorio para acostarse.

Tendido de espaldas en la bañera, soltó el vendaje del muñón de su brazo izquierdo, el cual le había molestado y hasta dolido desde hacía unos días. Quitada la venda, se volvió de costado para introducir el muñón en el agua caliente.

Se detuvo.

Y se quedó con la mirada fija.

Luego lanzó una exclamación.

Todo tembloroso, volvió a mirar. No cabía duda alguna. La longitud del muñón había aumentado unos buenos cincuenta milímetros. Y presentaba como un esbozo de dedos y mano, tenue, pero inconfundible.

Parecían como la distorsión de la carne blanda.

Eran ya las tres de la madrugada cuando pudo relajarse lo bastante para dormir. Para entonces, le pareció, había ya razonado la única causa posible del milagro. En todos aquellos días excitantes había tenido a su lado sólo un objeto que fuese diferente de todos los demás: el motor.

Ahora debía de veras encontrarlo. Un singular pensamiento le asaltó sobre la propiedad de aquella máquina. Debido a todo lo que había sucedido, debido a la clandestinidad y a las amenazas, y ahora a esto, era como si hubiese adquirido progresivamente derechos. Y por ende, mientras yacía tendido en la cama, se afirmó en el claro convencimiento de que el gran motor pertenecía a quienquiera que se apoderase de él.

4

Era pasada la medianoche del 8 de octubre, y Pendrake caminaba con la cabeza agachada contra un fuerte viento del Este, a lo largo de una bien iluminada calle del sector Riverdale de la ciudad de Nueva York, a la par que se fijaba al paso en los números de las casas: 418, 420, 432.

Este último número correspondía a la tercera casa de la esquina, y lo pasó hasta la farola. De espaldas al viento, se detuvo bajo el brillante haz de luces, examinando una vez más su preciosa lista…, una comprobación final. Su primera intención había sido dirigir sus pesquisas a cada uno de los setenta y tres americanos del Este de aquella lista, empezando por la A. Pero, pensándolo mejor, se percató de que científicos de firmas como la Westinghouse, la Fundación Rockefeller, laboratorios particulares con medios limitados, y físicos y profesores que llevaban a cabo una investigación individual, eran los candidatos menos probables, los primeros debido a la imposibilidad del secreto, y los otros porque aquel motor debía tener mucho dinero tras él. Lo cual dejaba reducida la lista a veintitrés fundaciones privadas.

Mas hasta eso resultaba una inmensa empresa para un hombre; la posibilidad de ser atrapado se reflejaba en la tensa expresión de su rostro, y atirantaba también sus músculos y contraía aquel brazo en desarrollo. Y ésa era sólo su onceava pesquisa. Las anteriores habían resultado tan infructuosas como peligrosas.

Pendrake se metió la lista en el bolsillo y suspiró. La demora no servía de nada. En su alfabeto había llegado al Instituto Lambton, cuyo distinguido director, el doctor en Ciencias físicas McClintock Grayson, vivía en la tercera casa de la esquina.

Llegó a la puerta delantera de la oscurecida residencia y

experimentó su primer desencanto. De manera vaga había esperado que la puerta no estuviese cerrada con llave. Pero lo estaba, lo cual significaba que todas las puertas que había abierto en su vida, sin darse siquiera cuenta de que estaban cerradas, habrían de ser ahora precedentes, pruebas de que una cerradura Yale puede ser forzada silenciosamente. Ésta parecía diferente, hecha ex-profeso, pero tensó los músculos y asió el pestillo. La cerradura saltó produciendo el tenue piñoneo del metal que ha sido sometido a una presión insoportable.

Pendrake se quedó un momento a la escucha en el vestíbulo sumido en la oscuridad. Pero el único sonido era el martilleante latir de su corazón. Fue adelante con cautela, empleando su linterna eléctrica al fisgar por las puertas. Conjeturó luego que el despacho del doctor debía encontrarse en el segundo piso, y subió las escaleras de cuatro en cuatro.

El vestíbulo del segundo piso era amplio, con cuatro puertas cerradas y dos abiertas. La primera de éstas daba a un dormitorio, y la segunda a una amplia habitación con hileras de estanterías. Pendrake suspiró aliviado al entrar de puntillas en ella. Había un escritorio en una esquina, un pequeño archivador y varias lámparas de pie. Tras rápida inspección cerró la puerta y encendió la lámpara que estaba junto a la butaca próxima al escritorio. Esperó de nuevo, con todos los nervios de punta.

De alguna parte provenía el tenue sonido de una respiración acompasada. Pero eso era todo. Los habitantes de la casa del doctor Grayson estaban descansando apaciblemente de sus labores cotidianas, lo cual —reflexionó Pendrake al sentarse ante el escritorio— era como debía ser. En consecuencia se dispuso a leer.

A las dos de la madrugada había dado con su hombre. La prueba estaba en una nota garrapateada, extraída de una masa de papelotes que llenaban un cajón. Decía así:

> *La pura mecánica de la operación del motor depende de las revoluciones por minuto. A muy pocas revoluciones por minuto —por ejemplo cincuenta o cien— la presión debe situarse casi por entero en la línea vertical al plano axial. Si han sido calculados exactamente los pesos, un motor elevará, pero el movimiento hacia adelante será casi nulo.*

Pendrake, perplejo, hizo una pausa. No podía tratarse de otra cosa más que del motor que se estaba discutiendo. ¿Pero qué significaba ello? Siguió leyendo:

> *Cuando el número de revoluciones por minuto aumenta, la presión cambiará rápidamente hacia la horizontal, hasta que, a unas quinientas revoluciones, el tirón se hallará a lo largo del plano axial… y habrá cesado toda oposición de presión secundaria. Es en esta fase que puede ser el motor empujado a lo largo de un eje, pero no tirado. La inducción es tan intensa que…*

La referencia al eje daba ya el pleno convencimiento. Recordaba demasiado bien su propio violento descubrimiento de que no podía ser tirado el eje del motor.

El brujo atómico de la época era el doctor Grayson. De súbito, Pendrake se sintió débil y se recostó en la butaca, extrañamente aturdido. «Tengo que salir de aquí —pensó—. Ahora que lo sé, no debo ser atrapado en absoluto».

El triunfo se manifestó al cerrar tras sí la puerta delantera de la casa. Fue por la calle con la mente tan repleta de embriagador júbilo, que se tambaleaba como un borracho. Estaba desayunando en un bar a una milla de allí cuando se produjo la reacción: ¡Así, pues, era el famoso *savant* doctor Grayson, el hombre que estaba tras el maravilloso motor! ¿Y ahora qué?

Después de dormir puso una conferencia a Hoskins.

«Es imposible—pensó mientras esperaba la comunicación— que yo lleve a cabo solo este tremendo asunto».

Si algo le ocurriese a él, lo que había descubierto se disolvería en la mayor oscuridad para no ser acaso nunca reconstituido. Después de todo, él estaba aquí porque había tomado a pecho un ilimitado juramento de lealtad a su país, un juramento pertinente hasta que le fuera recordado.

Su ensueño acabó cuando el operador dijo:

—Mr. Hoskins rehúsa aceptar su llamada, señor.

Su problema parecía tan viejo como su existencia. Al instalarse en la biblioteca del hotel aquella tarde, su mente volvió a la soledad de su situación, a la realidad de que todas las decisiones sobre el

motor había de tomarlas él, y a él tocaba también actuar en consecuencia. ¡Qué increíble estúpido era! Debía quitarse de la cabeza todo aquel miserable asunto y volver a Crescentville. La propiedad necesitaría allí cuidados antes del invierno. Pero sabía que no iría. ¿Qué haría en aquel rincón perdido durante los largos días y largas noches de los años venideros?

Quedaba sólo el motor. Todo su interés por la vida, su renacimiento de espíritu, databan del momento en que había encontrado aquel objeto en forma de buñuelo. Sin el motor, o más bien —hizo la clasificación conscientemente—sin la búsqueda del motor, era como un alma perdida errando al albur a través de la eternidad que estaba siendo en la Tierra.

Al cabo de un indefinido período de tiempo se dio cuenta de pronto del peso del libro que tenía en la mano y recordo su propósito de ir a la biblioteca. El libro era la edición de 1968 de la Enciclopedia Hilliard, y revelaba que el doctor McClintock Grayson había nacido en 1911, que tenía una hija y dos hijos, y que había aportado notables contribuciones a la teoría de la fisión, de la ciencia atómica. De Cyrus Lambton, la Enciclopedia decía:

> «… fabricante, filántropo, fundó el Instituto Lambton en 1952. Desde la guerra, Mr. Lambton se ha interesado activamente en un movimiento de retorno-a-la-tierra, hallándose establecida la sede de este proyecto en…»

Pendrake salió finalmente a la cálida tarde de octubre y compró un coche. Sus días se convirtieron en una monótona rutina. Vigilar la salida de Grayson de su casa por la mañana, seguirle hasta que desaparecía en el edificio Lambton y rastrearle en su regreso a casa por la noche. Parecía un juego interminable y sin propósito.

La rutina se quebró finalmente el decimoséptimo día. A la una de la tarde, Grayson emergió animadamente de la estructura de plástico aerogel que era el domicilio social de postguerra del Instituto Lambton.

La misma hora resultaba insólita. Pero al punto se mostró más claramente la diferencia de este día con los otros. El científico, haciendo caso omiso de su coche aparcado junto al edificio, fue a

una parada de taxis que se hallaba a media manzana y se hizo conducir a un edificio de torres gemelas de la Calle Quinta. En ambas torres aparecía atravesado un anuncio de plástico y letras relucientes:

CYRUS LAMBTON, PROYECTO COLONIZADOR DE LA TIERRA

Mientras vigilaba Pendrake, Grayson despidió el taxi y desapareció a través de una puerta giratoria en una de las torres de ancha base. Desconcertado, pero vagamente excitado, Pendrake fue despacio a una ventana que tenía un gran rótulo iluminado, el cual decía:

> *EL PROYECTO CYRUS LAMBTON desea parejas serias y sinceras, deseosas de trabajar de firme para establecerse en un rico terreno y en un clima maravilloso. Son especialmente bienvenidos antiguos granjeros, e hijos e hijas de granjeros. No se admiten solicitudes de quien desee una proximidad a la ciudad o que tenga parientes a quienes haya de visitar. He aquí una auténtica oportunidad bajo un plan privado total.*
>
> *Tres parejas más se desean hoy para el reciente lote que se trasladará en breve bajo la instrucción del doctor McClintock Grayson. Despacho abierto hasta las once de la noche.*
>
> *¡DAOS PRISA!*

El anuncio no parecía tener relación alguna con un motor abandonado en la ladera de una colina. Pero le aportó un pensamiento que no quería despejarse; un pensamiento que era realmente un producto de una prisa que le había estado apremiando durante todos los monótonos días ya pasados. Durante una hora combatió el impulso, pero éste se hizo luego demasiado grande para su fuerza de voluntad y se proyectó en sus músculos, llevándole irresistiblemente a una cabina telefónica. Un minuto después se hallaba marcando el número de la Compañía de la Enciclopedia Hilliard.

Pasó un momento mientras llamaban a Leonor al teléfono. Él tuvo mil pensamientos y por dos veces estuvo a punto de colgar el receptor; seguidamente oyó la voz de ella:

—¿Qué sucede, Jim?

La ansiedad de la voz de Leonor era el sonido más dulce que

jamás oyera. Cobró firmeza al explicar lo que quería:

—Tienes que ponerte un abrigo viejo y un vestido barato de algodón, o algo por el estilo, mientras yo compro alguna ropa de segunda mano. Quiero descubrir lo que hay tras el plan de colonización de la tierra. Tenemos que presentarnos antes del anochecer. Una simple pesquisa no será peligrosa.

Tenía la mente como embotada ante la posibilidad de ver a Leonor de nuevo. Y por ello la desazonante idea de un posible peligro quedóse profundamente sumida en su interior y no afloró a la superficie hasta que vio a Leonor llegando por la calle. Ella hubiese pasado de largo, pero él salió de donde estaba y llamó:

—¡Leonor!

Detúvose ella; y mirándola, reparó él por primera vez que se habían ampliado las formas de la muchacha con la que se había casado hacía seis años. Era aún lo suficientemente grácil como para satisfacer a cualquier hombre, pero ya asomaban los contornos de la madurez.

—Olvidé la máscara y el brazo artificial —dijo ella—. Te hacen parecer casi…

Pendrake compuso una sonrisa. Ella no sabía la mitad de la cosa. Su nuevo brazo llegaba ya a la altura del codo, y mano y dedos eran nudosos y separados. Todo ello encajaba perfectamente en la oquedad del brazo artificial, y daba firmeza y dirección a sus movimientos.

Intentando ser humorístico, pues se hallaba en estado de júbilo, dijo:

—Casi humano, ¿eh?

Al instante se percató de haber dicho lo indebido. El color desapareció de las mejillas de ella, se echó atrás lentamente y en su rostro apareció una desvaída sonrisa al decir:

—No me importa realmente que tengas sólo un brazo. No fue éste nuestro problema, aunque tú pretendiste que sí.

No lo había olvidado. Ahora recordaba que en su angustia emocional por el rechazo de ella la había acusado de haberse vuelto contra él por no ser físicamente completo… Había sido simplemente una maniobra verbal, pero evidentemente la había herido con ella.

Mientras él tenía estos pensamientos, ella se había apartado y se

hallaba con la mirada posada en el edificio y una complaciente sonrisa en los labios.

—Torretas de aerogel —dijo a media voz—de cincuenta metros de altura; una completamente opaca, sin ventanas ni puertas—me pregunto lo que ello significa—, y la otra… Bien, seremos Mr. y Mrs. Lester Cranston, de Winora, Idaho. E íbamos a abandonar Nueva York esta noche, pero vimos su anuncio. Nos gustará todo lo de su plan.

Empezó a cruzar la calle. Pendrake la siguió, e iban a atravesar la puerta principal cuando Pendrake, en un comprensible salto mental, vio que había sido sólo el deseo emocional de ver a Leonor lo que le había impelido a llevarla allí, y dijo tenso:

—Leonor, no vamos a entrar.

Debió haber sabido que sería inútil hablar. Sin prestarle atención, ella siguió adelante, y él la siguió con apresurados pasos hasta donde se encontraba una muchacha ante un vasto escritorio de plástico situado en el centro de la habitación. Pendrake tomó asiento antes de que el reluciente rótulo sobre la mesa prendiera su vista.

MISS GRAYSON

¡Miss Grayson! Pendrake se retorció en su butaca y luego una gran inquietud le dominó. ¡La hija del doctor Grayson! Así que miembros de la familia del científico se hallaban mezclados en aquello… Sería hasta posible que dos o hasta los cuatro hombres que le quitaron el avión fuesen sus hijos. Y quizá también Lambton tenía hijos. No podía recordar lo que la Enciclopedia decía sobre los hijos de Lambton.

En la intensidad de sus pensamientos escuchó con media atención la conversación entre Leonor y la hija de Grayson. Pero cuando Leonor se levantó, recordó que se había tratado sobre un examen psicológico en la habitación posterior. Pendrake contempló a Leonor dirigirse a la puerta que daba a la segunda torre, y se alegró cuando al cabo de unos tres minutos Miss Grayson dijo:

—¿Hace el favor de pasar ahora, Mr. Cranston?

La puerta se abría a un estrecho pasillo, al fina del cual había otra puerta. Al tocar con los dedos el pestillo, una red cayó sobre él

y se estiró.

Simultáneamente se abrió a su derecha una ranura y el doctor Grayson, con una jeringuilla en la mana aplicó la aguja en el brazo izquierdo de Pendrake, sobre el codo, y luego dijo por encima del hombro a alguien que no se veía:

—Éste es el último, Peter. Podemos marcharnos en cuanto oscurezca.

—Un momento, doctor. Será mejor examinar a esta pareja. Hay algo raro en el brazo derecho de ese individuo. Mire esta foto.

La ranura piñoneó al cerrarse.

Pendrake se retorció desesperadamente. Pero le invadía un soñoliento sopor, y la red le sujetaba firmemente a pesar de sus contorsiones.

Y en un abrir y cerrar de ojos se tendió la oscuridad.

5

—En los dos años que está usted aquí, esta firma ha marchado muy bien —dijo Nypers.

Pendrake rió.

—Usted quiere bromear, Nypers. ¿Qué quiere decir eso de los dos años desde que estoy aquí? ¡Vaya, he estado tanto tiempo, que me siento como un viejo de barba blanca!

Nypers asintió inclinando su enjuta y sapiente cabeza.

—Sé de eso, señor. Todo lo demás se hace vago e irreal. Se experimenta una sensación como si ótra personalidad hubiese vivido la vida pasada. —Se volvió para marcharse—. Bien, le dejaré el contrato Winthrop.

Pendrake apartó finalmente su pasmada mirada de los impasibles paneles de la puerta de roble tras la cual se había esfumado el viejo empleado. Movió la cabeza admirado y luego con personal hastio, pero sonrió bonachonamente al sentarse ante el escritorio.

«El viejo Mr. Nypers debe estar pavoneándose esta mañana. En los dos años desde que usted…». Veamos, ¿cuánto tiempo había sido él director de la Compañía Nesbitt? Botones a los dieciséis años —ello fue en 1956—, empleado auxiliar a los diecinueve, luego jefe de sección, y finalmente director gerente. Cuando se declaró la guerra con China en 1965 le dieron un permiso de excedencia. Vuelto a su despacho en 1968, desde entonces había estado firme en su puesto. El tiempo soplaba como un constante viento norte.

Ahora era el 1975. H-m-m-m, dieciséis años con la empresa sin contar la guerra; siete como director general. Lo cual le daba este año exactamente la edad de treinta y cinco años.

Frunció el entrecejo, súbitamente irritado. ¿Qué era lo que podía

haber motivado que Nypers dijese: «En los dos años desde que ha estado usted con nosotros…»? Las palabras formaban un molde en su mente. La acción que finalmente ejecutó fue semiautomática. Oprimió un botón de su escritorio.

Abrióse la puerta y entró en el despacho una huesuda mujer de blanco rostro y unos treinta y cinco años.

—¿Llamó usted, Mr. Pendrake?

Pendrake vaciló. Estaba comenzando a sentirse estúpido y en absoluto pasmado de su trastorno.

—Miss Pearson—dijo—, ¿cuánto tiempo ha estado usted con la Compañía Nesbitt?

La mujer le miró agudamente, y Pendrake recordó demasiado tarde que en aquellos días de agresiva emancipación femenina, un patrono no debía hacer a una empleada preguntas que pudieran interpretarse como no relacionadas con el negocio.

Tras un momento, los ojos de Mrs. Pearson perdieron su duro y hostil fulgor, y Pendrake respiró más aliviado.

—Cinco años —respondió ella brevemente.

—¿Quién la contrató? —preguntó Pendrake, forzándose a hacerlo.

Miss Pearson se encogió de hombros, pero el gesto podía estar relacionado con algo que tenía en la mente. Su voz fue normal al decir:

—Pues el entonces director, Mr. Letstone.

—¡Oh! —exclamó Pendrake.

Casi observó que él había sido director general durante los pasados cinco años. No lo hizo debido a que el pensamiento tras las palabras se deslizaba a la vaguedad. Se aplomó su mente, obstruida pero relativamente inconfusa. La idea que finalmente se le ocurrió fue lógica y despejada. Con tono sosegado ordenó:

—Haga el favor de traerme el libro de nómina del personal para el ejercicio de 1973.

Trajo ella el libro, colocándolo sobre el escritorio, y una vez se hubo marchado, Pendrake lo abrió en SALARIOS del mes de diciembre. Allá estaba: «James Pendrake, director general, 3250».

Noviembre tenía la misma historia. Impaciente pasó a enero anterior. Decía: «Agnus Letstone, director general, 2200».

No había explicación alguna para el sueldo más bajo. De febrero a agosto seguía apareciendo Agnus Letstone, 2200.

¡Dos años! «En los dos años desde que ha estado con nosotros…».

El contrato Winthrop yacía, sin haber sido leído sobre el gran escritorio de roble. Pendrake se levantó y se dirigió al vidriado ventanal que formaba un dibujo curvado en la esquina del despacho. Una amplia avenida se extendía bajo él, un bulevar orillado de árboles y de edificios de muchos pisos. El dinero había afluido a aquella calle… y a aquel despacho. Pensó en cuán a menudo se había creído uno de esos hombres afortunados al extremo de la clase de grandes ingresos, un hombre que había alcanzado la posición cimera en su compañía tras años de afanes y esfuerzos.

Pendrake movió la cabeza lastimeramente. Los años de fatigas no se habían producido. La cuestión era por consiguiente: ¿cómo había logrado aquel excelente empleo con su magnífico sueldo, su clientela exclusiva y su organización que marchaba como sobre ruedas? La vida había sido tan encantadora y amable como un trago de clara y fresca agua, un idilio inconturbado, un diseño de existencia feliz.

¡Y ahora esto!

¿Cómo descubriría un hombre lo que había hecho durante los primeros treinta singulares años de su vida? Había unos pocos hechos simples que podía comprobar antes de emprender cualquier acción. Con brusca decisión volvió a su escritorio, conectó el dictáfono y comenzó:

> *Sección de Archivos, Departamento de la Guerra, Washington, D. C.*
>
> *Muy señores míos: Les agradeceré tengan a bien remitirme a la mayor brevedad posible una copia de mi expediente en la guerra de China. Estuve enrolado en…*

Lo explicó detalladamente, cobrando confianza a medida que proseguía. Su memoria no andaba muy clara en los hechos principales. La vida real en el ejército, las batallas, resultaban vagas y lejanas. Pero ello era comprensible. Había aquel viaje que hizo

con Aurelia al Canadá el año pasado, y el cual era un vago sueño ya, con pinceladas sólo acá y allá de imágenes mentales, o como relampagueos, para comprobar que había sucedido en efecto.

Toda la vida era un proceso implacable de olvido del pasado.

Su segunda carta la dirigió al Registro Estadístico de Nacimientos de su estado natal. «*Nací—dictó—el 1 de junio de 1940 en Crescentville. Les agradeceré me envíen mi certificado de nacimiento a la mayor brevedad posible*».

Tocó el timbre llamando a Miss Pearson y cuando entró le entregó la cinta del dictáfono.

—Compruebe estas direcciones —le instruyó animadamente—. Creo que esto implica algún gasto. Mire cuánto es, adjunte órdenes de pago, y envíe ambas cartas por correo aéreo.

Se sintió satisfecho de sí mismo. No servía de nada el excitarse por aquel asunto. Después de todo, allá estaba él, sólido en su puesto, y con la mente tan consistente como una roca. No había razón alguna para perturbarse, y menos causa aún para permitir a los demás descubrir su trance. Las respuestas a sus cartas llegarían oportunamente. Y entonces habría suficiente tiempo para proseguir el asunto.

Tomó el contrato Winthrop y comenzó a leerlo.

Veinte minutos después le sobrecogió la idea de haber pasado la mayor parte del tiempo esforzándose en recordar lo que había estado haciendo durante septiembre de 1973. Era el mes en el que los americanos alunizaron, tres años después de los soviéticos. Pendrake se representó los titulares de los periódicos tal como los había visto. Y no había duda alguna en ello. Los había visto. Aparecían en su mente, grandes y negros. Podía considerar a septiembre, su primer mes con la compañía Nesbitt, según el registro de nóminas como parte de la continuidad de su existencia presente.

¿Y qué sobre agosto? En agosto había habido la disputa interna que casi escindió la poderosa unión de los clubs femeninos. ¿Y cuáles habían sido los titulares? Pendrake se esforzó en recordar… mas nada apareció. ¿Qué sobre el 1 de septiembre?, pensó. Si agosto y el comienzo de septiembre habían sido la fecha divisoria, debería tener alguna especial impresión de vivencia que la señalase

distintamente. Recordó vagamente haber estado enfermo por aquel tiempo.

Su mente no quería sujetar aquel primer día del mes de septiembre. Probablemente había desayunado. Probablemente había ido al despacho tras recibir los prolongados besos de despedida de Aurelia. Su mente se suspendía a medio vuelo, como un ave que hubiese sido alcanzada por un disparo en su trayectoria. «¡Aurelia!», pensó. Ella debió haber estado allí el 30 de agosto y el 29, y en julio, junio, mayo, abril, y antes y antes.

En toda su mente no había la sugerencia, ni la había habido en sus actos durante el mes vital de septiembre, de que no hubiesen estado casados durante años.

Por lo tanto… ¡Aurelia sabía!

Era una constatación que tenía sus limitaciones emocionales. Las curiosas sacudidas de su memoria a la primera aguda percatación de la idea, fueron prendidas en la red de una lógica más serena, y se calmó. Así pues, Aurelia sabía. Bueno, lo debiera. Ella había estado evidentemente allí durante varios años. Y el cambio que había acontecido, había tenido lugar en su mente, y no en la de ella.

Pendrake lanzó una ojeada al reloj de pared. Las doce y cuarto. Tenía tiempo para ir a casa a comer. Generalmente comía en la ciudad, pero la información que deseaba no podía esperar.

Varias mujeres de buen parecer se hallaban en el vestíbulo cuando se dirigió al ascensor. La impresión de que clavaban en él sus miradas al pasar fue tan fuerte que le arrancó de sus tempestuosos pensamientos. Se volvió y lanzó una ojeada atrás.

Una de las mujeres estaba diciendo algo a un pequeño artilugio que tenía en su muñeca. «Una radio de joyería», pensó Pendrake, interesado.

Ya en el ascensor, olvidó el incidente en el descenso. Había más mujeres en el vestíbulo de abajo, y otras aún en la entrada. Junto al borde de la acera se hallaban media docena de imponentes coches negros, con una mujer a cada volante. Dentro de pocos minutos, la calle enjambrearía con las presurosas afluencias de mediodía. Pero ahora, excepto por aquellas mujeres, estaba casi desierta.

—¿Mr. Pendrake?

Pendrake se volvió. Era una de las muchachas que habían estado

al exterior de la puerta, una mujercita de aspecto vivaz y de rostro extrañamente serio.

Pendrake se la quedó mirando.

—¿Eh? —dijo.

—¿Es usted Mr. James Pendrake?

Pendrake emergió algo más de su semi-ensueño.

—Pues sí, yo… ¿Qué…?

—De acuerdo, muchachas —dijo la joven.

Pasmosamente, aparecieron armas que brillaron metálicamente al sol, y antes de que Pendrake pudiera parpadear le asieron por los brazos y le propulsaron a una de las limosinas. Podía haber resistido. Pero no lo hizo. No sentía sensación alguna de peligro. En su cerebro había tan sólo un enorme asombro paralizante. Estaba ya en el interior del coche, y funcionaba el motor, antes de que se diera cuenta de cuanto había pasado.

—¡Eh, qué significa esto! —comenzó.

—Por favor, no haga preguntas, Mr. Pendrake. —Era la misma muchacha que primero se le había dirigido, ya que se hallaba sentada ahora a su derecha—. No se le hará ningún daño… a menos de que se porte mal.

Y como para ilustrar la amenaza, las dos muchachas que ocupaban los asientos plegables del centro frente a él, manipularon significativamente sus relucientes pistolas.

Al cabo de un minuto seguía sin ser un sueño, y Pendrake dijo:

—¿A dónde me llevan?

—¡No haga preguntas, por favor!

Aquello impacientaba, producía la sensación de ser tratado como un chiquillo. Torvo, furioso, Pendrake se recostó en su asiento y examinó con hostiles ojos a sus raptoras. Eran típicas minifaldistas de la «nueva ola». Las dos que estaban armadas eran de mayor edad, yendo acaso a la cuarentena, pero delgadas, ágiles y flexibles. Sus ojos tenían la brillante mirada de quienes habían tomado el Igualizador, droga que «hace igual al hombre». La joven conductora y la muchacha de la izquierda de Pendrake tenían los mismos brillantes ojos de haber sido sometidas a igual tratamiento.

Todas ellas parecían capaces.

Antes de que Pendrake pudiera pensar más, el coche dobló una

esquina y atravesó un pavimento ligeramente inclinado. Pendrake tuvo tiempo de reconocer que se trataba del rascacielos del Hotel McCandless, y luego se encontraron en el interior del garaje en

dirección a una puerta distante, donde se detuvo el coche. Sin una palabra, Pendrake obedeció a las pistolas que le conminaban a salir, siendo conducido a lo largo de un pasillo desierto hasta un montacargas, el cual se detuvo en el tercer piso. Pendrake fue conducido sesgadamente a través de un iluminado pasillo y luego de una puerta, que se abría a una habitación espaciosa y magníficamente amueblada. En el extremo de la habitación, y sobre un canapé verde, de espaldas a un enorme ventanal, se hallaba un hombre de cabello gris y de magnífico aspecto. A su derecha, y ante un escritorio, sentábase una mujer joven. Pendrake apenas lanzó una ojeada a ésta. Con los ojos dilatados contempló cómo la juvenil jefe de sus guardianas se aproximaba al hombre de cabello gris y decía:

—Tal como lo pidió usted, presidente Dayles, le hemos traído a Mr. James Pendrake.

Era el nombre, tan suavemente pronunciado, que confirmaba la identificación. Incrédulo, él había reconocido el tan fotografiado rostro. No cabía ya la menor duda. Allá estaba Jefferson Dayles, presidente de los Estados Unidos.

6

Disipada su cólera, Pendrake clavó la mirada en el gran hombre. Se dio cuenta de que abandonaban la estancia las mujeres que le habían escoltado. Su partida destacaba la singularidad de aquella forzada entrevista.

Vio que el hombre le estaba estudiando atentamente. Pendrake observó que, excepto por los grises ojos que tenían el fulgor de perlas de color ceniciento, el presidente Dayles aparentaba su edad publicada de cincuenta y nueve años. Las fotografías de los periódicos habían sugerido un rostro juvenil sin arrugas. Pero contemplándole a tan corta distancia, notábase claramente que el esfuerzo y tensión de su segunda campaña cobraba sus impuestos a la fuerza vital del hombre.

Sin embargo, el continente del presidente era inconfundiblemente enérgico, imperativo y distinguido. Al hablar, su voz tenía la resonante y cálida potencia que tanto había contribuido a su gran éxito. Con la más tenue de las sardónicas sonrisas dijo:

—¿Qué opina usted de mis amazonas?

Su carcajada resonó homéricamente en la estancia.

Evidentemente no esperaba una respuesta, pues su diversión cesó bruscamente, y prosiguió sin pausa:

—Una muy curiosa manifestación, esas mujeres. Y creo que típicamente americana. Una vez tomada, no puede ser contrarrestada la droga, y considero como una evidencia del básico deseo de aventura de las muchachas americanas, el que algunas miles de ellas se hayan sometido al tratamiento. Por desgracia, las lleva a un callejón sin salida, dejándolas sin futuro. Las mujeres no igualizadas no las quieren, y los hombres piensan que son «raras»,

por usar un coloquialismo. Su existencia puede bien haber servido al propósito de galvanizar a los clubs femeninos a emprender una campaña presidencial. Pero individualmente, las amazonas descubrieron que pocos empresarios quisieran contratarlas y ningún hombre casarse con ellas.

»Desesperadas, sus dirigentes me abordaron, y antes de que la situación llegase a una fase trágica, dispuse cierta hábil publicidad preliminar y las contraté en masa para lo que generalmente se cree ser fines perfectamente legítimos. Realmente, esas mujeres conocen a su benefactor y se consideran como siendo peculiarmente mis agentes personales… —Jefferson Dayles hizo una pausa y prosiguió suavemente—. Espero, Mr. Pendrake, que esto le explicará hasta cierto punto el singular método empleado para traerle ante mí. Miss Kay Whitewood —señaló con un ademán a la joven sentada ante el escritorio—es su dirigente intelectual.

Pendrake no dejó seguir su mirada a la mano indicadora. Quedóse como una piedra, y mentalmente se sentía casi tan inerte. Había escuchado la breve historia del grupo de amazonas con fascinada sensación de irrealidad. Pues la historia no explicaba nada. No eran los medios empleados para llevarle allí lo que contaba. Era el por qué.

Vio que los magníficos ojos le sonreían divertidamente. Jefferson Dayles dijo sosegadamente:

—Hay una posibilidad de que quiera usted informar de lo sucedido a las autoridades o a los periódicos. Kay, dé a Mr. Pendrake la información periodística que hemos preparado para hacer frente a tal eventualidad.

La joven se levantó de su silla ante el escritorio y fue hacia Pendrake. De pie parecía de más edad. Tenía ojos azules y un lindo y enérgico rostro. Tendió a Pendrake una cuartilla con unas líneas mecanografiadas. Decía así:

Capital, julio 1975.

—Un irritante incidente perturbó el trayecto en coche del presidente Jefferson Dayles, desde Middle City. Lo que parecía un intento de choque con el automóvil del presidente, por parte de un joven que conducía otro eléctrico, resultó desbaratado por la rápida acción de sus guardianes. El

joven fue puesto bajo custodia, siendo posteriormente conducido al hotel presidencial para ser interrogado. En consecuencia, y a petición del presidente Dayles, no fue establecida acusación ninguna, y el hombre fue puesto en libertad.

Tras un momento, Pendrake se permitió una breve risa. Aquella compuesta noticia informativa periodística era desde luego decisiva. No podría entablar un duelo periodístico con Jefferson Dayles… tan poco como podría cabalgar por la Calle Mayor disparando un revólver. Mentalmente se representó el vocinglero titular:

OSCURO HOMBRE DE NEGOCIOS ACUSA A JEFFERSON DAYLES
Campaña de difamación contra el Presidente

Pendrake volvió a reír, más sardónicamente esta vez. Parecía caber poca duda. Cualquiera que fuese el motivo de Jefferson Dayles para haberle raptado… Su mente quedó en suspenso ahí. ¡Cualquiera que fuese su motivo! ¿Cuál podría ser? Perplejo, meneó la cabeza. No podía contenerse ya más. Fijando la mirada en los ojos grises y semi-divertidos del jefe del Estado, preguntábase pasmado: «Todo esto, tanto esfuerzo empleado, tal deshonorable historia deliberadamente preparada… ¿para qué?».

Al mirar fijamente al presidente, le pareció que la entrevista iba a abordar el asunto.

Jefferson Dayles carraspeó y dijo:

—Mr. Pendrake, ¿puede usted mencionar los principales inventos originados desde la II Guerra Mundial?

Se detuvo. Pendrake esperó que prosiguiera. Pero el silencio se prolongó, y el presidente continuó mirándole pacientemente. Pendrake se sobresaltó. Al parecer se trataba de una pregunta auténtica, y no precisamente retórica. Se encogió de hombros y luego, pensando cada palabra, dijo:

—Pues no ha habido mucho que sea fundamental. No estoy muy al tanto de esas cosas, pero diría que el cohete lunar, y unos cuantos perfeccionamientos del tubo de vacío y… —Se paró en seco—. Pero oiga, ¿qué es todo esto? ¿Qué…?

La firme voz se refirió a una de sus frases:

—Dijo usted que no ha habido mucho. Esa declaración, Mr.

Pendrake, es el comentario más trágico imaginable sobre el estado de nuestro mundo. No ha habido mucho. Mencionó usted cohetes. Pero hombre, no nos atreveremos a decir al mundo que el cohete, excepto en cuanto a detalles menores, fue perfeccionado durante la II Guerra Mundial, y que han sido precisos otros treinta años para resolver esos pequeños detalles… —En la intensidad de su argumentación, se había inclinado hacia delante. Ahora se recostó con un suspiro—. Mr. Pendrake, algunos dicen que la causa de ese increíble estancamiento de la mente humana es resultado directo de la especie de mundo que surgió de la II Guerra Mundial. En mi opinión, eso es en parte censurable. Una mala atmósfera moral fatiga a la mente de manera singular y sostenida; es difícil describirlo. Es como si el cerebro saliese a combatir a su ambiente intelectual.

Hizo una pausa y frunció el entrecejo, como si buscara una descripción más precisa. Pendrake tuvo tiempo para pensar asombrado: ¿Por qué estará él exponiendo su argumento íntimo y detallado?

El jefe de Estado alzó la mirada. Parecía no haberse dado cuenta de haber hecho una pausa. Prosiguió:

—Mas ésa es sólo una parte de la razón. Mencionó usted tubos de vacío. —Lo repitió con voz singularmente desvalida—. ¡Tubos de vacío! —Sonrió cansadamente—. Mr. Pendrake, uno de mis títulos es el de Maestro en Cirugía, y ello me hace darme cuenta del tremendo problema de confrontar la tecnología moderna, el problema de la imposibilidad para un hombre de aprender todo cuanto hay que conocer hasta de una ciencia… Mas, volviendo a los tubos o válvulas, no es generalmente conocido que durante varios años han estado cierto número de famosos laboratorios captando señales de radio que se suponen procedentes de Venus. Hace seis meses determiné descubrir por qué no se habían efectuado progresos tendentes a amplificar esas señales. Invité aquí a tres de los hombres más conspicuos en sus especiales campos electrónicos, para que me explicaran la anomalía… Uno de esos hombres diseña válvulas, el otro circuitos; el tercero intenta hacer el artículo acabado aparte de las separadas tareas de los otros dos. La pega es, que las válvulas requieren el estudio de toda una vida. El diseñador

de válvulas no puede tener sino una vaga idea de los circuitos, puesto que este dominio también precisa un estudio de toda la vida. El hombre del circuito tiene que aceptar lo que las válvulas dan de sí, porque teniendo sólo un conocimiento teórico de ellas, no puede especificar, o ni siquiera imaginar, lo que una debe hacer para realizar el propósito que tiene in mente. Entre ellos, esos tres hombres poseen el conocimiento para construir nuevas y sorprendentemente potentes radios. Pero una vez y otra y otra, fracasan. No pueden acoplar su conocimiento. Ellos… —Debió haberse dado cuenta de la expresión de la cara de Pendrake, pues se detuvo, y con leve sonrisa preguntó—. ¿Me está usted siguiendo, Mr. Pendrake?

Pendrake inclinó la cabeza ante la irónica mueca en la sonrisa del presidente. El largo monólogo le había dado tiempo para reunir sus pensamientos. Así dijo:

—La imagen que visualizo es ésta: Un pequeño hombre de negocios ha sido cogido por la fuerza en la calle y llevado ante el presidente de los Estados Unidos. El presidente se lanza inmediatamente a una conferencia sobre válvulas de radio y de televisión. Señor, esto no tienen ningún sentido. ¿Qué es lo que desea de mí?

La respuesta provino lentamente:

—Primero deseaba echarle un vistazo. Y en segundo lugar… —Jefferson Dayles hizo una pausa y añadió luego—. ¿Cuál es su tipo de sangre, Mr. Pendrake?

—Pues yo… —Pendrake se contuvo y quedóse mirando de hito en hito al presidente—¿Mi qué?

—Deseo una muestra de su sangre. —El presidente se volvió a la muchacha—. Kay —dijo— obtenga la muestra, haga el favor. Estoy seguro de que Mr. Pendrake no se opondrá.

Pendrake no se opuso en efecto, permitiendo que le tomasen la mano. La aguja pinchó su pulgar, produciéndole una leve punzada de dolor. Contempló curiosamente cuando la sangre afluyó a la jeringuilla.

—Eso es todo—dijo el presidente—. Adiós, Mr. Pendrake. Fue un placer conocerle. Kay, ¿quiere hacer el favor de llamar a Mabel y decirle que devuelva a Mr. Pendrake a su oficina?

Al parecer, Mabel era el nombre de la jefa de su escolta, pues fue ella quien entró en la estancia, seguida por las pistoleras. Y en un minuto, Pendrake se encontró en el vestíbulo y seguidamente en el ascensor.

Una vez se hubo ido Pendrake, en el rostro del gran hombre se dibujó una sonrisa. Miró a la mujer, pero ésta se hallaba con la vista posada en su escritorio. Lentamente se volvió Jefferson Dayles y fijó su mirada esta vez en una pantalla que se encontraba en la esquina próxima a la ventana tras él, diciendo con voz sosegada.

—Bien, Mr. Nypers, puede usted salir.

Nypers debió haber estado esperando la indicación, pues apareció antes de que el presidente acabara la frase, yendo con paso vivo a la butaca que aquél le indicó. Jefferson Dayles esperó hasta que los dedos del viejo se posaran ociosamente en los botones metálicos ornamentales- de los brazos de la butaca, y dijo luego suavemente:

—Mr. Nypers, ¿jura usted que lo que nos ha dicho es la verdad?

—¡Cada palabra! —manifestó enérgicamente el viejo—. Le he proporcionado a usted la historia de nuestro grupo sin mencionar nombre o lugar alguno. Hemos llegado a un punto muerto en el que podemos necesitar en breve la ayuda del gobierno, pero en tanto que la solicitamos, le prevengo que cualquier intento de investigarnos puede dar por resultado nuestra negativa a proporcionarle nuestro conocimiento. Deseo que quede esto claramente comprendido.

Hubo un silencio, que cortó Kay diciendo secamente:

—No amenace al presidente de los Estados Unidos, Mr. Nypers.

Nypers se encogió de hombros y prosiguió:

—Hace algo más de dos años, Mr. Pendrake estuvo accidentalmente expuesto a un insólito tipo de radiación. Estaba más allá de nuestro control el impedir tal exposición. Él encontró algo que nosotros habíamos perdido, y luego, en vez de dejar las cosas en su sitio nos rastreó, y así supimos que él —como algunos dé nosotros antes—se había tornado todo-potente. Duran- te la fase más rigurosa, cuando progresa el rebrote la persona con células todo-potentes pierde su memoria, por lo que proveímos a Pendrake,

mediante sugestión en el sueño y grabaciones hipnóticas, con la memoria que deseábamos tuviera. Y como todo-potente fue vuelto a su estado juvenil, y su sangre, debidamente transfundida, puede tornar joven a cualquiera de su tipo sanguíneo.

—¿Pero no operan tales transfusiones una pérdida de la memoria en la persona que las recibe? —preguntó presurosamente Kay.

—¡No en absoluto! —afirmó positivamente Nypers.

—¿Y durante cuánto tiempo —preguntó el presidente Dayles, tras una pausa—permanecerá Mr. Pendrake en el todo-potente estado?

—Lo está todo el tiempo —fue la respuesta—, pero es condición latente en tanto que alguna compulsión física motive su activación. Hemos descubierto que ciertas inyecciones provocan tal condición compulsiva, aunque son precisos varios meses para que las células maduren a la todo-potencia.

—¿Y se han aplicado ya esas inyecciones a Mr. Pendrake? —dijo el presidente.

—Sí… por su doctor. Pendrake está bajo la impresión de que son dosis de vitaminas. Inculcamos en él un interés por tales cosas, pero normalmente es un hombre sumamente sano, viril y activo. Tuvieron suerte sus muchachas de que no luchara.

—¡Ellas son tan fuertes como los hombres! —restalló Kay.

—No lo son tanto como Jim Pendrake —repuso Nypers. Pareció dispuesto a proseguir en este tono, pero evidentemente lo pensó mejor, y dijo—. Para finales del verano o comienzos de otoño se aproximará la fase extrema de todo-potencia, y entonces puede hacer usted que le apliquen una transfusión de sangre. —Se dirigía a Jefferson Dayles—. Tenemos una lista de figuras públicas de varios tipos sanguíneos, y cuando la suya fue añadida a ella—este dato no es siempre fácil de obtener—nuestra alegría fue inmensa al descubrir que teníamos una persona con similar tipo de sangre; o sea, de la clasificación AB, o Grupo IV según la nomenclatura de Jansky. Pues ello nos colocaba en situación de venir a usted con una oferta que nos permitiría aceptar su ayuda sin situarnos completamente en su poder.

—¿Quién puede impedirnos apoderarnos de Mr. Pendrake y

tenerlo a buen recaudo hasta el otoño? —dijo acremente Kay.

—La transfusión —repuso con firmeza Nypers— requiere una especial habilidad, y nosotros la tenemos. Ustedes no. Espero que esto lo aclare todo.

Jefferson Dayles no replicó. Su impulso era cerrar los ojos contra la intensa claridad. Mas ésta se hallaba en su cerebro y no fuera de él, y tenía la trémula convicción de que podría fundir su cerebro si no tenía cuidado. Logró por fin volverse a Kay, y vio aliviado que ella alzaba la vista del detector de mentiras colocado en su escritorio, y el cual estaba conectado a los botones ornamentales de la butaca en la que se sentaba Nypers. Y al mirarla, Kay asintió con leve movimiento de su cabeza.

La claridad se tornó bruscamente como una incandescencia, y tuvo que esforzarse en permanecer sentado, pugnando con su cerebro contra el indecible júbilo que estaba remolineando en su interior. Le acometió el deseo de correr al escritorio de Kay y mirar el detector de mentiras y hacer que Nypers repitiese sus palabras. Mas también combatió este impulso. Se dio cuenta de que el viejo estaba hablando de nuevo.

—¿Algunas otras preguntas antes de que me vaya? —preguntó.

—Sí —respondió Kay—. Mr. Nypers, no es usted precisamente un buen ejemplo de la juventud todo-potente. ¿Cómo lo explica?

El viejo la miró con sus brillantes ojos, que eran la parte más viva de su cuerpo.

—Madame, he sido rejuvenecido dos veces, y ahora… francamente, no sé qué hacer, si prestarme a serlo de nuevo. El mundo es tan torvo y cruel, la gente tan necia, que no puedo decidirme a continuar viviendo en esta era primitiva. —Sonrió levemente—. Mi médico me dice que me encuentro en buen estado de edad, por lo que aún puedo cambiar de parecer…

Se volvió, dirigióse a la puerta, donde haciendo una pausa, se encaró con ellos, con ojos inquisidores. Kay dijo:

—¿A qué se parece esa fase todo-potente de Pendrake, cuando se encuentra en ella?

—Ése es su problema y no el de usted—fue la fría respuesta—. Pero —añadió mostrando unos dientes blancos y relucientes—yo no estaría aquí si fuese él peligroso.

Con lo cual, se marchó.

Después de que se fue, Kay dijo con furiosa vehemencia:

—Esa seguridad no significa exactamente nada. Él se lleva una información vital. ¿Cuál puede ser su juego? —Entornó los ojos cavilosa. Varias veces pareció estar a punto de hablar, pero en cada ocasión se mordió los labios para no hacerlo.

Jefferson Dayles contempló el intercambio de emociones en el rostro intensamente vivo, absorbido brevemente por aquella singular mujer que lo sentía todo tan violentamente. Finalmente movió la cabeza y su voz fue firme al decir:

—Kay, eso no importa. ¿No lo ve? Su juego, como lo llama usted, no supone nada. Nadie, ningún individuo, ni ningún grupo, puede alzarse contra el Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. —Respiró profunda y lentamente—. ¿No se da cuenta, Kay, que el mundo es nuestro?

7

Pendrake se hallaba comiendo en un restaurante. No tenía la atención puesta en la comida, sino en los dos acontecimientos de la mañana, cada uno de los cuales pugnaba por prenderla, por captarla, la obtenía, y cedía luego al otro. Gradualmente comenzó a perder hechizo el episodio de Jefferson Dayles, pues no significaba nada. Era como un accidente sucedido a un hombre atravesando una calle, sin conexión alguna con la normal continuidad de su vida, y olvidado rápidamente una vez desaparecidos la conmoción y el dolor.

Lo otro, el problema de lo que habia ocurrido dos años antes, era diferente. Formaba aún parte de su mente y de su cuerpo. Era suyo, y no a ser echado en olvido por la casual suposición de que alguien debiera estar loco. Pendrake lanzó una ojeada a su reloj de pulsera. La una y diez. Apartó su postre y se levantó, determinado a ir al instante a interrogar a Aurelia.

Durante el trayecto a casa, su mente permaneció casi vacía. Fue al girar su coche a través de la maciza puerta de hierro y ver la mansión, que le asaltó una nueva constatación. Aquella casa había estado allí pues también hacía dos años.

Era una finca sumamente cara, con piscina exterior y jardines, que si la memoria no le fallaba, había adquirido por el ventajoso precio de noventa mil dólares. No se le había ocurrido nunca antes preguntarse cómo había ahorrado tanto dinero para comprar tan espléndida casa. Como fuera, parecía que la suma había estado dentro de sus medios.

La residencia se alzaba desde el suelo. El arquitecto debió haber sido un celoso discípulo de Frank Lloyd Wright, pues la línea del firmamento se fusionaba con árboles y terreno. Había recias

chimeneas, alas sobresalientes que se combinaban coherentemente con la estructura central, y un generoso empleo de ventanas.

Aurelia se había ocupado siempre de la cuestión financiera a través de su indistinta o común cuenta bancaria. El acuerdo le dejaba libre para consagrar su tiempo de ocio a su afición por la lectura, a su ocasional partida de golf, sus excursiones de pesca y caza, y a su aeródromo particular con su avión eléctrico. Y naturalmente le dejaba también libre para su trabajo. Pero omitia proporcionarle una idea real de la situación en que se hallaba financieramente.

De nuevo, y más intensamente ahora, reparó en cuán singular era que no se hubiese preocupado o preguntado nunca nada sobre aquel acuerdo. Aparcó el coche y entró en la casa, pensando: «Soy un hombre de negocios acaudalado y perfectamente normal que ha topado con algo que no encaja del todo. Estoy sano y en mis cabales. No tengo nada que ganar ni perder físicamente por cualquier investigación. Mi vida se encuentra ante mí y no detrás. No importaría, se dijo seriamente, si ellos supiesen algo o no. El pasado no cuenta. Puedo vivir el resto de mi vida con apenas una pizca de curiosidad…».

Sombrero en mano, esperó en el gran vestíbulo que el mayordomo se percatara de su presencia por el ruido de la puerta al abrirse.

Mas nadie apareció. El silencio se hallaba tendido sobre la mansión. Apretó botones, pero sin respuesta alguna. Pendrake arrojó el sombrero sobre una silla del vestíbulo, fisgó en la sala de estar y se dirigió luego a la cocina.

—Sybil —comenzó irritado—. Quiero…

Se detuvo. Su voz volvió como un eco desde la vacía cocina. Tampoco allí había la menor señal de la cocinera ni de las dos lindas sirvientas. Pocos minutos después, Pendrake estaba subiendo la escalera principal, cuando llegó a sus oídos un rumor de voces.

Provenía de la sala de arriba. Con la mano en el picaporte, hizo una pausa cuando el silencio fue quebrado por la clara voz de Aurelia diciendo:

—Realmente el argumento no es necesario. A mi edad no tengo el sentimiento de la posesión. No tienen ustedes que persuadirme de

que el pobre Jim es la única persona lógica para la tarea. ¿Qué han hecho ustedes que no me han dicho?

—Volvemos a traer a su mujer. —Para asombro de Pendrake, era la voz de Peter Yerd, uno de los olientes millonarios de la Compañia Nesbitt.

—¡Oh!

—Debería estar en Crescentville en un par de meses o cosa así.

—¿Qué es lo que van a decirle? —La voz de Aurelia era firme.

—No está totalmente decidido, pero si lo entregamos a ella hacia la fecha en que vuelva, y considera ella su situación y se encarga de cuidar de él, no le supondrá trastorno alguno.

—Es verdad—manifestó Aurelia con voz cavilosa—. ¿Qué más han hecho ustedes?

La voz de Nypers le respondió, y momentáneamente aquello le asombró a Pendrake más que cualquier otra cosa hasta entonces. Luego pensó «Desde luego». ¿Qué otra explicación había para lo que el viejo le había dicho que la de que había resultado ser uno de los conspiradores?

Al recobrarse Pendrake del choque, se percató de que Nypers estaba describiendo la conversación de la mañana. Con una risita entre dientes decía:

—Vi que la cosa obraba en él, y posteriormente pidió varios archivadores. Así empezó entonces a pensar sobre ello.

La seca voz del viejo prosiguió:

—Hallo en mí un don insospechado para la intriga. He hecho todo cuanto se me encargó hiciera en nuestra última entrevista. El inquietar a Mr. Pendrake fue bastante sencillo, pero la entrevista con el presidente Dayles implicaba, como lo supusimos, una cuidadosa medición de las respuestas para contrarrestar al detector de mentiras. Puesto que en todo lo esencial dije la verdad, no temo repercusión alguna, aunque creo que la mujer nos seguirá la pista. Temo que será éste un riesgo que habremos de correr. —Con serena convicción acabó diciendo—: En mi opinión, el momento para informar al presidente fue mientras estaba aquí en disposición de ver a Pendrake cara a cara.

—Realmente no tenemos otra alternativa —opinó una nueva voz, y Pendrake se sintió tambalear de nuevo, pues era la voz del

propio Nesbitt, propietario de la Compañía Nesbitt.

—Estamos siendo amenazados de aniquilamiento. Los asesinatos fueron efectuados como si alguien comprendiese todo el proyecto Lambton. Si estamos en lo cierto —si los alemanes orientales, actuando bajo la dirección soviética, son responsables— en tal caso no es ya cuestión de una acción privada tan sólo. Necesitamos ayuda. El gobierno ha de ser requerido a ello. De ahí esta aproximación preliminar al presidente Dayles.

La voz de Nickson, el mayordomo, dijo con firmeza:

—Sin embargo, lo que estamos haciendo se suma a un último esfuerzo privado. Al esforzarse Pendrake en comprender que hasta los sirvientes eran figuras dirigentes del grupo, Sybil, la cocinera, dijo con sosegada autoridad:

—Aurelia, hasta estamos considerando enviar a Jim a la luna.

—¿Para qué? —respondió Aurelia, auténticamente sorprendida.

—Querida—respondió Sybil— estamos llegando a una gran emergencia, y ya es hora de que comprobemos la historia del finado Mr. Lambton sobre de dónde provino el motor.

—Bien—manifestó Aurelia tras una pausa—, Jim es ciertamente la persona lógicamente idónea para ir, puesto que es el único que no podría revelar nuestros secretos si algo fuese mal. —Parecía resignada.

Pendrake se maldijo después por haberse marchado en aquel momento. Pero no pudo resistir al miedo que le invadió de ser descubierto allí, antes de que pudiera meditar sobre lo que había oído. Se deslizó por las escaleras, cogió su sombrero y se dirigió a la puerta. Al salir fuera reparó por primera vez en que había aparcados casi una docena de coches en el extremo opuesto de la casa. Había estado demasiado embargado en sus pensamientos para fijarse en ellos cuando llegó.

Y pocos minutos después se hallaba conduciendo su propio coche a través de las abiertas verjas de hierro y a lo largo de la antigua carretera rural, en dirección a la principal. Tenía el hondo convencimiento de que aquélla iba a ser una tarde de torbellino mental.

8

Los días siguieron su rápida carrera, y la vida continuó. Cada mañana, excepto los sábados y domingos, Pendrake tomaba su coche y se iba al trabajo. Y cada atardecer volvía a la mansión tras la verja de hierro, para una cena servida en un ambiente impecable por sirvientes perfectamente impuestos en su oficio, leyendo agradablemente luego en su estudio y acostándose después con una bella y encantadora mujer.

Los acontecimientos que le habían trastornado tanto, comenzaban a parecerle un tanto irreales. Pero no los olvidaba, y conscientemente pensaba en sí mismo como en un hombre que estaba esperando el momento propicio.

En la mañana decimoséptima llegó la carta con el certificado de nacimiento. Pendrake lo leyó con satisfacción y, lo admitió francamente, con alivio.

Allá estaba, en blanco y negro: «James Somers Pendrake. Nacido el 1 de junio de 1940 en Crescentville, Condado del Lago de los Anades. Padre: John Laidlae Pendrake. Madre: Grace Rosemary Somers…».

Había pues nacido. Su memoria no le había traicionado. El mundo no estaba completamente al revés. Había una brecha en su memoria, no un abismo. Su situación había sido la de alguien balanceándose sobre un pie junto a una sima de inconmensurable inmensidad. Ahora era como un hombre esparrancado sobre una hoya angosta aunque profunda. Verdad es que debía ser llenada, pero aunque no lo fuese podía pasarla sin la horrible sensación oscilante en el borde de un risco que se abría a una boca engullidora negra como la pez.

Una gran debilidad se apoderó de él. Se ladeó, se recobró, y

luego se recostó pesadamente en el respaldo de la butaca. Le asaltó el aturdido pensamiento de que estaba a punto de desmayarse.

La náusea pasó. Pendrake se puso en pie y llenó un vaso con agua. Instalado de nuevo en la butaca, llevó el vaso a los labios… y vio que su mano temblaba. Ello le sobrecogió. Se dio cuenta de haber dejado que la situación le afectara. Gracias a Dios, lo peor de la parte puramente personal estaba zanjada; no del todo, verdad era. Pero cuando menos había establecido su comienzo. Tan pronto como le llegase el certificado militar se habría asentado sólidamente en la base de sus veinticuatro años. Y pensándolo bien, era una base considerablemente firme. Y su vida consciente se reanudaba a la edad de treinta y tres, lo cual dejaba nueve años a explicar.

La gran confianza desapareció. ¡Nueve años! No era precisamente un lapso breve. De hecho resultaba condenadamente largo.

Su certificado militar llegó en la tarde del decimonono día. Era un impreso en el cual las respuestas estaban mecanografiadas en los correspondientes espacios en blanco.

Allá estaban su nombre, su edad…, unidad de las Fuerzas Aéreas…, el nombre de su más próximo pariente, «Leonor Pendrake, esposa». Heridas o lesiones graves: amputación del brazo derecho obligada por herida en derribo de avión de combate…

Pendrake clavó la mirada en estas líneas. «¡Pero si aún tenía su brazo derecho!», pensó con gravedad de lechuza.

Gravedad que se quebró al releer el impreso invariable. Por fin pensó: «¡Vaya error! Algún mentecato de la oficina de expedientes ha mecanografiado una información equivocada». Mas si una parte de su cerebro desarrollaba este argumento, otra parte lo aceptaba todo, lo aceptaba y sabía que allí no había error alguno, que nada estaba equivocado en aquel impreso. No, no procedía tal error o equivocación de algún despacho del gobierno. Se hallaba aquí, en él. Pero allá no se hablaba en serio. Evidentemente, él no era el Jim Pendrake descrito en el expediente.

Había llegado, por tanto, el momento de enfrentarse a los que sabían quién era en realidad. Fuera cual fuese el propósito que les inducía a inculcarle la creencia de que él era Jim Pendrake, debía manifestarse a las claras ahora.

Eran las cuatro cuando atravesó el espacio de siete metros de la abierta puerta del jardín y le condujo a través de la calzada, que discurría espectacularmente entre árboles, hasta el inmenso garaje. Acudió Gregorio, el chófer de Aurelia, que actuaba como mecánico general en la finca.

—¿Temprano a casa, Mr. Pendrake? —dijo.

—¡Sí! —respondió Pendrake en el tono deliberado de un hombre decidido.

Al atravesar el jardín, una sombra se deslizó por el suelo. Alzó la vista y vio que era un avión que parecía ir a posarse en su aeródromo particular. En rápida alineación cuatro más siguieron al primero y todos ellos desaparecieron tras los árboles.

Pendrake estaba frunciendo el entrecejo ante la intrusión cuando Aurelia se asomó a una ventana diciendo:

—¿Qué era eso, querido?

Se lo dijo él, y ella, como comprendiendo algo incomprensible para él, exclamó con acento asustado:

—¡Aviones! —Al instante añadió—: ¡Jim…, ve a tu coche! ¡Márchate en seguida!

—Harías mejor en venir tú también, Aurelia —respondió él.

Bajó ella corriendo, lo cual resultaba extraño en sí, y al montar en el coche le apremió jadeante:

—¡Jim…, date prisa si aprecias tu libertad!

Al abalanzarse el coche hacia la puerta abierta del Jardín, Pendrake vio dos «jeeps» penetrar en la calzada bloqueando el paso. Aminoró la marcha y, puesto que debía girar en redondo, se detuvo. Uno de los «jeeps» le abordó rugiente. La mujer de fríos ojos que lo conducía le apuntó con la más resuelta pistola que jamás encarara Pendrake, indicándole que volviera a la casa. Lo hizo sin decir palabra, mas ya había reconocido que se trataba de las agentes femeninas especiales del presidente Dayles, lo cual le alivió ligeramente.

Vio que en la casa había sido hecha una redada de toda la pandilla. Reunidos en el jardín estaban Nesbitt Yerd, Shore, Cathcort y todos los criados, incluyendo a Gregorio; unas treinta personas formaban una rueda de presos ante un verdadero arsenal de armas automáticas manipuladas por un centenar de mujeres.

—¡Era él en efecto! —informó la jefe del equipo del «Jeep» que le había capturado—. Tuvo razón al decir que ellos podrían intentar llevárselo rápidamente.

La mujer a la que informaba era joven y de buen parecer, pero de rostro muy serio. Asintió brevemente y ordenó con voz profunda:

—Ponga una guarda noche y día a Jim Pendrake. Sólo se permitirá a su mujer estar con él. En cuanto a los demás, trasládeseles por avión a la prisión Kaggat. ¡En marcha!

Pocos minutos después Pendrake estaba a solas con Aurelia.

—Querida —preguntó tenso—, ¿qué era todo eso?

—Le parecía que ahora no le podía ser negada cuando menos la información.

Ella había estado en pie ante el ventanal de la gran sala y, volviéndose ahora, se dirigió adonde estaba él y le rodeó con sus brazos, besándole ligeramente en los labios. Luego se inclinó hacia atrás y movió la cabeza, dibujándose en su rostro una tenue sonrisa festiva.

Una reacción de furia estalló en el cerebro de Pendrake. Se dio cuenta vagamente al apartarse del abrazo de ella de que lo fulgurante de su ira denotaba cuán de punta se habían puesto sus nervios durante aquellas semanas.

—¡Debieras habérmelo dicho! —barbotó—. ¿Cómo puedo siquiera pensar a menos que sepa más? ¿Es que no ves, Aurelia…?

Se detuvo. En su rostro seguía la misma expresión divertida. Aplacóse algo la cólera de él, pero se sintió afectado y vagamente insultado al hablar de nuevo:

—Supongo que sabes que nadie sino Jefferson Dayles puede haber enviado a esas asesinas. Si sabes el qué y el porqué, dímelo para que pueda empezar a imaginar una salida.

—No hay nada que imaginar—respondió ella—. Podríamos estar confinados tan bien aquí como en cualquier otra parte.

—¿Estás loca?, replicó Pendrake mirándola fijamente. Repentinamente se sintió salir de quicio y gritó: —Te oí por casualidad en esa reunión.

La sonrisa se borró del rostro de ella.

—¿Qué reunión? —preguntó inquisitivamente.

Se lo dijo él y pareció preocupada.

—¿Qué fue lo que oíste?

—Dijiste algo sobre que debía ser hecho un cambio. ¿Qué significa eso? ¿Un cambio en qué?

La expresión de ella varió de nuevo, desapareciendo ahora la preocupación.

—Creo que no oíste mucho. El cambio está en ti. Es todo cuanto te diré.

Él le hizo un ademán con la mano, como si estuviese tanteando en la oscuridad.

—Ya me dijiste tanto como eso. ¿Por qué no decirme más?

De nuevo apareció la expresión divertida en el rostro de ella.

—No te he dicho nada—respondió. Fue a él, volvió a rodearle con sus brazos y alzó su mirada de ojos inteligentes y serenos y amablemente sonrientes— Jim —añadió—, el cambio se produce con mayor rapidez cuando estás bajo una tensión…, y lo estás, ¿no es asi? —Cambió de tono—. Lo has pasado bien, ¿verdad, Jim? Dos años de inconturbado placer…

Él estaba demasiado enojado como para considerar la verdad de aquello y restalló:

—Según lo que he oído, ni siquiera eres mi esposa.

—Por lo que te dotamos de una compañera —respondió ella—. Debes admitir que todo fue libre. De hecho, has sido bien pagado.

En su estado de ánimo, estas palabras le sonaron como un insulto final.

—No soy el tipo de «gígolo» —espetó, y girando sobre sus talones abandonó la habitación.

Sentía haber acabado completamente con ella. Aquella noche, tras haberse acostado, Aurelia dijo:

—Podemos permanecer aquí durante meses. ¿Vas a estar distanciado durante todo ese tiempo?

Pendrake se volvió de costado y miró la cama gemela donde ella estaba, replicando ásperamente:

—¿Meses? —Se sentía desconcertado. Probablemente llegaría un momento en que acabaría la prisión… por una razón que ella sabía. Se calmó haciendo un esfuerzo—. ¿No vas a decirme nada? —preguntó.

—No.

—¿Pero te gustaría representar el hogar todo el tiempo?

—Como siempre.

Movió él la cabeza, sin poderse decidir a enojarse, por lo que no era enteramente un rechazo.

—Lo pensaré—respondió lentamente—, pero acaso sepas que un hombre no está construido para quedar cruzado de brazos en una situación como ésta. Por lo menos, yo no.

—Haz como sientes sobre el particular —fue la respuesta de ella —, pero no seas inamistoso.

Jim la miró con aire desgraciado.

—Si cedo a ese pensamiento—dijo—, me convertiré en un indolente y soñador lotófago, dejando transcurrir los días y las semanas en un idilio sexual.

—No es ésa la peor cosa que podría ocurrir—Ella rió quedamente—. ¿O sí?

—Ahora habla el lotófago—replicó él—. ¿Qué hay de mi auténtica esposa?

En las mejillas de Aurelia asomó una pincelada de rubor, y al hablar lo hizo en tono sutilmente defensivo:

—No me decidí a comprometerme a esa relación hasta haber establecido nosotros que tú y ella habiais estado viviendo juntos durante años. Creo —añadió— que tu mujer decidió permitir que se reanudara la vida conyugal, pero hasta ahora no ha sucedido.

Pendrake, que había formulado sus preguntas indiferente —aquella… otra vida… era irreal—, volvió a mirar a Aurelia, quien había vuelto a su expresión libre de cuidados, pues volvía a sonreír.

El verano fue discurriendo soñadoramente. Tal como él lo había esperado, se tornó inquieto. Mas no fue hasta el asomo del otoño que Pendrake determinó finalmente que era hora ya de despertarse.

9

Pendrake manoseó la piedra. Buscaba con tanta intensidad la contingencia, que le tembló la mano. Se alarmó, temiendo traicionarse, y se pegó más al aterciopelado césped en el que se hallaba tendido, rodeado por sus siete femeninas guardianes.

La piedra tenía cincuenta milímetros de diámetro, cincuenta milímetros de inerte roca. Sin embargo en su pequeña masa se hallaba contenida tanta de su esperanza, que sintió un ramalazo de estremecimiento. No obstante, se calmó gradualmente y se dispuso a esperar a los muchachos. Cada sábado, desde que con el comienzo de septiembre habían empezado también los cursos escolares, había oído sus estridentes voces en aquella hora del día. El sonido provenía del otro lado de una arboleda que ocultaba a su mirada la valla de hierro que rodeaba completamente la finca, que constituía su penitenciaría personal.

Árboles y valla les separaban de él, y a él de todo el mundo. No había ni soñado que la fuga pudiera requerir tanto planeamiento, un proyecto tan complicado y dos meses de espera sin acontecimientos. Durante esos meses había dejado de preguntarse por qué no

venía nadie de su oficina a preguntar por él; indudablemente, algún otro debía ocupar la gerencia. Había cesado también de intentar ser serio con Aurelia. Ella no se saldría con la suya.

Era una mala situación. Dentro de unos minutos.

Pero había llegado el momento. Quieto y en tensión examinó sus probabilidades.

Dos de las mujeres se hallaban indolentemente recostadas cuatro metros a su derecha.

Los chicos pasarían con sus cañas de pescar en dirección a los

regatos río arriba. Y él no tenía plan alguno en el que fiar, excepto el suyo propio… ¿Qué había sido eso?

Tenso, se percató de que era una tenue vibración de risa muchachil a lo lejos.

Otras tres estaban repantigadas a cosa de tres metros a su izquierda, y algo a su espalda.

No sentía predisposición alguna a subestimarlas. No dudaba de que le habían asignado guardianes lo bastante fuertes como para dominar a hombres corrientes. De las dos mujeres restantes, una estaba en pie directamente tras él a una distancia de unos tres metros y la otra a unos dos, directamente también entre él y los elevados árboles que ocultaban la valla cerca de la cual pasaban los chicos. El ahumado gris de los ojos de aquella poderosa criatura era inexpresivo, como si su mente se hallase lejos de allí. Pero Pendrake sabía que era una máquina de Jefferson Dayles y la cosa más peligrosa de su horizonte.

La mescolanza de sonido que precedía a los muchachos se aproximaba.

Pendrake sintió el latir de sus sienes al meter la mano con deliberada pausa en el bolsillo y sacar de él un cristal de vidrio. Lo tuvo en sus dedos, dejando que los rayos del sol asaetearan de fuego sus profundidades, y el pequeño objeto fulguró al lanzarlo al aire. Al recogerlo, venteando su brillante luminosidad, tuvo conciencia preternatural de ojos posados en él, de sus guardianes vigilándole no con recelo, pero sí alertas Por tres veces lanzó su vidrio Pendrake a cierta altura, y luego, como cansado bruscamente del juego, lo arrojó al suelo, a la distancia de un brazo. Allá quedó el cristal destellando al sol, el más brillante objeto de su vecindad.

Había dado mucha importancia a aquel vidrio cristalino. Era evidente que ninguna de las guardianes podría mantener una concentrada vigilancia de su persona. De las siete, debía suponer que tres le lanzaban una atenta ojeada en un momento dado. Y cuando finalmente se moviera, hasta ellas deberían mirar dos veces, pues el fulgor del cristal confundiría su visión, perturbando a la par sus imágenes mentales de lo que realmente estaba haciendo.

Ésta era la teoría…, y los chicos estaban más cerca.

Sus voces subían y bajaban de diapasón en alegre parloteo, ora

jactanciosas, ora concordantes, o bien dominando una de cuando en cuando a todas las demás o hablando todas al mismo tiempo. No podía uno suponerse cuántos muchachos formaban la pandilla. Pero eran realidades físicas, la presencia que necesitaba para llevar a cabo su plan de fuga.

Pendrake sacó un libro de su bolsillo izquierdo. Lo abrió ociosamente no en la página marcada, sino ojeándolo acá y allá, haciendo tiempo para dar a las mujeres los segundos necesarios de ajustar sus mentes al hecho inmensamente normal de que iba a leer. Esperó un momento más. Y luego… dejó el libro sobre el césped con su extremo superior apretado contra la piedra.

Lo abrió ahora resueltamente por la página marcada con una hoja de papel de cartas. A las guardianes la carta debía parecerles exactamente igual a los trozos de papel que había empleado los dos meses pasados para tomar notas. Y hasta estaba en blanco.

A pesar de su determinación de acabar con un intolerable confinamiento, no tenía realmente nada que decir a ninguna autoridad local. Hasta que supiera lo que estaba implicado en aquel desgraciado asunto, el problema era suyo. Una vez fuera, podría tratarlo a su modo. Se sentía muy capaz.

Hubo un removerse a su derecha. Pendrake no levantó la vista, pero le desfalleció el corazón. Las dos mujeres de quienes esperaba el mínimo de interferencia estaban comenzando a mostrar vida. ¡Maldita suerte!

Mas ya no podía haber demora alguna. Sus dedos tocaron la blanca misiva, y sudando la sacó del libro, poniéndola directamente encima de la piedra. La hoja, provista de unas gomas, quedó rápidamente sujeta a ella.

Con un alarido —para sobresaltar a las mujeres— se puso en pie de un brinco y lanzó con toda su fuerza la piedra portadora de su blanca carga.

No tuvo tiempo de recobrar el equilibrio para protegerse. Dos cuerpos le chocaron simultáneamente de ángulos diferentes, arrojándole a cuatro metros. Pendrake quedó tendido donde cayó, aturdido por el golpe, pero consciente de no estar herido. Oyó restallantes órdenes a la jefe, la mujerona que había estado en pie frente a él:

—Carla Marian, Jane…, a la casa… Tomen los «jeeps» y corten el camino de la ciudad a esos chicos. ¡Aprisa, Rhoda! Vaya a la puerta, ábrasela a ellas. Nancy, usted y yo franquearemos esa valla y daremos caza a los chicos y nos haremos con esa carta. Olivia, usted se quedará aquí con Mr. Pendrake.

Pendrake oyó el sonido de pisadas al ir corriendo las guardianes. Esperó. Había que darles tiempo y también de que franquearan la valla Nancy y la jefe. Y luego… segundo paso.

Al cabo de dos minutos comenzó a gemir y se incorporó sentado. Vio que la mujer le estaba contemplando. Olivia era una mujer hermosa, aunque más bien corpulenta, de boca delgada. Acudió diciendo:

—¿Necesita alguna ayuda, Mr. Pendrake?

¡Mister Pendrake! Aquella gente, con su cortés solicitud, le estaba volviendo tarumba. Estaba encerrado ilegalmente. Sin embargo, era bien tratado. Pero si alguna vez había de escapar, ésta era la ocasión. No podría repetir un truco para zafarse de sus guardianes. Pendrake fingió esforzarse por apoyarse sobre una rodilla, moviendo entonces la cabeza como si aún estuviera aturdido, y finalmente murmuró:

—Deme una mano.

Realmente no contaba con que la mujer lo hiciera aunque estaba dentro de lo posible, vista la consideración que todas le tenían.

Y, en efecto, lo hizo. La mujer fue adonde él estaba y se inclinó para ayudarle. Pendrake se distendió como un resorte, despiadado en el instante del golpe. Aquellas mujeres, con sus armas y su endurecida inhumanidad, pedían jaleo. Un fulminante

uno-dos

a la mandíbula acabó la contienda en el primer asalto.

Olivia se derrumbó como un tronco. Con el mayor desembarazo, como si estuviese habiéndoselas con un hombre, Pendrake dio la vuelta al cuerpo caído, sacó de su bolsillo una de las mordazas que había preparado y la ató a la boca de la mujer.

De manera más pausada ahora, pero sin escatimar esfuerzo, Pendrake comenzó a desenrollar el cordel que llevaba en la cintura y, como la mujer se retorciera algo, la ató debidamente, operación que requirió unos tres minutos.

Seguidamente se puso en pie, algo tembloroso, pero sereno. No perdió tiempo en echar otra mirada a su prisionera, sino que se alejó de ella a grandes zancadas, manteniéndose un rato paralelamente a la valla. Finalmente se metió en la arboleda, escudriñó el terreno más allá de la valla y lo vio tal como lo recordaba densamente boscoso. Pendrake se aproximó a la valla y comenzó a escalarla. No resultaba difícil hacerlo. Tal y como lo descubriera en su primer intento de hacía dos meses. Era casi como izarse por una cuerda.

Llegó arriba y se incorporó ávidamente sobre las puntas de lanza de la valla. Después se dio cuenta de su excesivo anhelo pues resbaló. Y seguidamente cometió un segundo error: el instintivo de tratar de protegerse ciegamente. Al caer, una de las lanzas se clavó en su antebrazo derecho, justamente bajo el codo, atravesándoselo. Quedó colgado, con el brazo ensartado. El dolor le recorrió todo el cuerpo, y algo caliente, salado y viscoso chorreó contra su boca y en sus ojos, cegándole de horror.

Durante unos segundos no hubo nada más.

Ahora se estaba alzando. Era la primera cosa que Pendrake supo de su desgarradora angustia. Izándose con su brazo izquierdo y simultáneamente intentando arrancar su antebrazo derecho a la torpe punta de lanza que lo había atravesado.

¡Alzándose! ¡Y lográndolo! ¡Consiguiéndolo! Mascullando algo entre dientes, cayó abajo desde una altura de seis metros y medio.

El golpe con el suelo fue violento. Los músculos de su cuerpo vibraron de dolor como cuerdas de una guitarra, y sintió los huesos como triturados por un mazo de sesenta y seis mil trillones de toneladas que era la Tierra. Se desplomó e se incorporó nuevamente como una bestia malherida, por el mismo impulso de los nervios de su quebrantado cuerpo. ¡Había que salir de allí! ¡Escapar! Seguramente ellas estarían ya volviendo, buscándole. ¡Afuera! ¡Seguir andando!

No tuvo conciencia de nada más hasta llegar al río. El agua estaba caliente, pero con tibieza otoñal. Se mojó los ardientes labios resecos y se enjugó los febriles ojos. Se lavó la cara y luego se quitó con esfuerzo la chaqueta, bañando su brazo en el agua, que se tornó roja. La sangre fluía y borboteaba de una herida tan abierta y

terrible que se tambaleó, echándose atrás a tiempo sobre la hermosa ribera.

No supo cuánto tiempo yació tendido allí. Pero finalmente pensó: «¡Torniquete o morir!». Con un esfuerzo de voluntad tanto como de energía desgarró por el hombro la empapada y sangrienta manga de la camisa y vendó con ella la parte superior de su brazo. La retorció con el extremo de una rama rota, haciéndolo tan apretadamente que le dolieron los músculos. La sangre quedó atajada.

Se puso tambaleante en pie y comenzó a seguir el curso del río. Ésa había sido su primera intención y ahora lo recordaba. Era más fácil seguir un camino previamente escogido que pensar en otro nuevo. Pasó el tiempo. No sabría decir cuándo le cruzó la idea de que no debía ir directamente al Banco, pero tropezó con alguien en su recorrido y le dijo:

—¡Tengo el brazo herido! ¿Sabe dónde vive el doctor más próximo?

Debió haber habido una respuesta porque, tras otro lapso de inestimable tiempo, estuvo andando a lo largo de una calle abovedada de follaje otoñal. A intervalos se daba cuenta de estar buscando una placa con un nombre. Toda sensibilidad había desaparecido hacia tiempo de su brazo, el cual pendía inerte, inválido.

Se sintió más débil y dominado por abrumador cansancio. Tocó el torniquete intentando asegurarse de que no se aflojaba, dejando que brotase la sangre que aún le quedaba, y luego subió de rodillas unas escaleras.

—¡Cristo! —oyó exclamar a una voz de hombre—. ¿Qué es esto?

Había un boquete a través del cual penetraba una voz a intervalos, y luego se encontró en un automóvil oyendo la misma voz en diapasón creciente y menguante en sus oídos, que decía:

—¡Increíble estúpido, sea quién sea usted! Ha tenido este torniquete durante una hora cuando menos. ¿Es que ignoraba que los torniquetes deben ser aflojados cada quince minutos para dejar fluir la sangre?… El brazo debe tener sangre para mantenerse vivo. ¡Ahora no queda otro remedio sino amputarlo!

10

Pendrake se despertó de súbito y, volviendo la cabeza, miró embotadamente el muñón de su brazo. Tenía todo el hombro alzado en una especie de red, hallándose desnudo y bien visible el brazo, sobre el cual derramaba calor una lámpara de rayos infrarrojos que producían una agradable sensación en el resto nada dolorido.

No sangraba ya, y de él salía una especie de excrecencia carnosa y rosa que parecía como parte desgajada del destrozado brazo, y la cual, por la razón que fuese, no había sido cortada. Reparó en que tenía una forma.

Siguió mirando y mirando, y recordó un certificado militar que había leído: «Necesaria la amputación de brazo por…».

Intentando resolver el enigma, se quedó dormido.

En la lejanía, una voz de hombre estaba diciendo:

—No cabe ya duda alguna. Un nuevo brazo está creciendo en el lugar del arrancado. Hemos estado haciendo una pequeña labor quirúrgica… y, como dije a Pentry, que me cuelguen si no creo que el brote es básicamente tan sano como para proseguir sin atención médica. Pasarán varios días antes de que el paciente recobre la conciencia total. Traumatismo, claro.

La voz se desvaneció y volvió de nuevo:

—Todo-potente…, células todo-potentes. Siempre hemos sabido, desde luego, que cada célula humana tiene la serie en sí la forma de un cuerpo completo; en algún tiempo del remoto pasado adoptó, al parecer, el cuerpo el sistema más simple de reparar tejidos dañados.

Hubo una pausa. Pendrake tuvo la clara impresión de que alguien se estaba frotando satisfecho las manos. Una segunda yoz de hombre murmuró algo inaudible, y luego la primera prosiguió resonante:

—No ha habido indicio alguno hasta ahora para poder identificarlo. El doctor Philipson, que lo trajo aquí, no le vio nunca anteriormente. Desde luego mucha gente de las ciudades Grande y Media viven en el distrito de Alcina, pero… no, no daremos publicidad alguna al caso. Primero hemos de atender a los futuros desarrollos de ese brazo. Sí, le telefonearé a usted.

La murmurante segunda voz dijo algo, y luego hubo el ruido de una puerta al cerrarse.

Se tendió el sueño como un manto de olvido.

Al despertarse de nuevo, no supo dónde estaba.

Se dio cuenta cuando una enfermera, al notar que estaba despierto, llamó al doctor. Entró éste, seguido por una segunda enfermera con un cuaderno de apuntes en la mano. El doctor tomó asiento con expresión satisfecha y dijo con tono campechano:

—Y ahora, señor, ¿cuál es su nombre?

El de la cama le miró perplejo:

—¿Mi qué?

Desapareció algo de la jovial animación del doctor, cuya voz fue más suave al decir:

—¿Cómo se llama usted? Ya sabe… Su nombre…

El innominado ser del lecho permaneció quedo. No tenía dificultad alguna en comprender. Sin necesidad de pensarlo, sabía que su interpelante era el doctor James Trevor, y que eso era un nombre. Finalmente movió la cabeza.

—¡Pruébelo! —instó el doctor—. ¡Trate de recordar!

Un hilo de sudor recorrió el rostro de Pendrake, y sintió en todo su cuerpo enjuto y recio recogerse la tensión de un enorme esfuerzo, y luego un súbito dolor agudo en su brazo. De muy vaga manera se daba cuenta de la presencia de su almidonada enfermera, y de la otra vestida de blanco también de pies a cabeza, con su bolígrafo apuntando sobre un cuaderno de notas, de la oscura noche tras la ventana.

Despejó el dolor de su mente y con todas las fuerzas de ella pugnó por penetrar en el borroso revoltijo que había como una densa nube en su memoria. Imágenes cobraron una vaga forma, informes pensamientos y sombras de recuerdos de días indeciblemente confusos. No era un recuerdo, sino un recuerdo de

recuerdo. Se encontraba aislado en un islote de impresiones del momento, y el terrible mar de confusión que le rodeaba remontaba su marea cada minuto, cada segundo.

Jadeando, dejó que la presión del esfuerzo y la pugna se aflojaran en su interior y, mirando con desamparo al doctor, dijo simplemente:

—Es inútil. Hay algo sobre una valla de hierro y… ¿qué ciudad es ésta?… Acaso eso pudiera ayudar…

—Ciudad Media —dijo el doctor. Sus pardos ojos examinaban estrechamente a Pendrake. Mas éste movió la cabeza en gesto denegatorio.

—¿Qué hay sobre Gran Ciudad? —preguntó el doctor—. Se encuentra a unas cuarenta millas de ésta. El doctor Philipson le trajo a usted de Alcina a Ciudad Media porque conoce los hospitales de aquí. —Lentamente repitió—: ¡Gran Ciudad!

Por un momento pareció haber una borrosa familiaridad. Mas luego Pendrake movió la cabeza. Detuvo el fatigado movimiento al asaltarle una idea.

—Doctor, ¿cómo es que puedo usar el lenguaje, cuando todo lo demás es tan confuso?

El doctor le miró con el entrecejo fruncido y sin sonreír.

—No se hallará usted en disposición de hablar en unos cuantos días, a menos que ocupe cada posible minuto en leer y charlar, sólo para mantener activos esos particulares reflejos condicionados.

Se dio cuenta de que el doctor se volvía a medias de él, dirigiéndose a las dos enfermeras.

—Quiero un detallado informe mecanografiado con el historial completo del caso del paciente de lo que hasta ahora sabemos. Traigan una radio aquí y —volvióse de nuevo al lecho sonriendo oscuramente— téngala usted funcionando. Si nadie habla, escuche usted los seriales. Y cuando no esté usted escuchando o durmiendo, lea en voz alta.

—¿Y qué pasa si no lo hago? —dijo Pendrake con labios secos—. ¿Por qué he de hacer eso?

La voz del doctor fue grave al responder:

—Porque si no lo hace, su cerebro se volverá tan vacío como el de un niño recién nacido. Puede haber —vaciló—otras reacciones,

pero no sé cuáles. Sabemos que está usted olvidando su pasado a una velocidad alarmante. Razonamos que, de ordinario, las células del cuerpo y del cerebro humano se encuentran en continuo estado de ser usadas y reparadas. Cada hora, cada día, nuestros billones de células de la memoria experimentan esa restauración; y, al parecer, en la compostura no queda dañada la pequeña onda de memoria acumulada eléctricamente. A la larga, sin duda, el reemplazamiento de tejido disminuye la memoria. Pero con usted es distinto. Usted tiene en este instante células todo-potentes. En vez de ser reparadas, las células de su brazo han sido reemplazadas por otras poderosas y flamantes, las cuales no saben nada de la memoria portada por las antiguas, puesto que por lo visto la memoria no es hereditaria. Si no recuerdan, no es utilizable el mecanismo transmisor de esa memoria. En consecuencia, usted posee células tan capaces potencialmente de almacenar memoria como sus células antiguas, pero todo cuanto puede reunir en ellas antes de que a su vez sean reemplazadas serán impresiones obtenidas por su mente en un período digamos de una semana o acaso un poco más. Al parecer, el progreso de todo-potencia, en cuanto comenzó en su brazo, se ha extendido a su cuerpo. Su integridad es un tanto sorprendente, puesto que los ensayos de laboratorio en gusanos planarios han establecido que los reflejos condicionados pasan al nuevo brote. Hemos de suponer que los recuerdos deben dejar tras sí cierto rastro. Pero las palabras y las acciones simples y consabidas se borran bajo el nivel de la utilidad.

—¿Pero qué es lo que he de hacer en el futuro? —preguntó Pendrake perplejo.

—Enviaremos sus huellas dactilares a Washington —repuso tranquilizadoramente el doctor—. En cuanto se establezca su identidad podremos determinar un plan continuo y reeducativo, basado en la verdad. En el ínterin haga como le he sugerido.

Pendrake miró fijamente al doctor, y mientras lo examinaba sintió a través de su excitación una sensación de interés y de cierta simpatía. «Pero está más interesado por el fenómeno que por el hombre», pensó.

También experimentaba una sensación interna de que la situación no era tan mala como anticipaba el doctor y que, una vez

completado el nuevo brote, se establecería una condición de normalidad.

11

El nuevo hombre dijo:

—Soy el doctor Coro, Mr. Smith. Soy psicólogo y quisiera someterle a algunas pruebas. ¿De acuerdo?

El casi anónimo hombre del lecho fijó una mirada de brillantes ojos en el recién llegado. Reconocía que estaba siendo tratado como un niño, lo cual no le incomodaba. Y adivinaba, de un modo que tenía de conocimiento, que la mayoría de las pruebas no servirían con él —justamente porque no estaba clara la cosa—, como tampoco se le ocurría pensar en preguntarse cómo lo sabía.

Pero no dijo nada, limitándose a contemplar al psicólogo, quien, dado por consabido el consentimiento, extendió algunos papeles sobre la mesita de noche, tomó una silla y se sentó en ella. Era un hombre de recia complexión, de modales firmes, pero afables, y explicó pacientemente que había hablado con «su doctor, y que él creía que sería beneficioso para todos nosotros saber lo que pasa en su cerebro. ¿De acuerdo?».

De nuevo no dijo nada Pendrake. El miasma de pensamiento y de sensibilidad que emanaba del doctor Coro no permitía realmente responder otra cosa que sí. Pendrake no se opuso, pues, y quedóse simplemente a la espera.

El doctor Coro colocó una de sus hojas en un sujetapapeles que tendió juntamente con un lápiz a Pendrake.

—Esto es un laberinto —dijo—. Ahora deseo que aplique la punta del lápiz en la flecha y que halle luego el pasaje abierto a través del mismo, trazando una línea en él.

Pendrake lanzó una ojeada a la figura, vio el pasaje abierto y trazó la línea, tras lo cual devolvió el sujetapapeles al psicólogo, quien lo miró y pareció sorprenderse, pero sin decir nada lo dejó a

un lado.

Tendió ahora a Pendrake una hoja con más de mil cuadrículas dispuestas en series de dos, una sobre la otra. Cada serie estaba numerada, y había quinientas noventa y cuatro. El doctor Coro dijo:

—Voy a leerle la declaración para cada uno de esos números. Si esa declaración le parece apropiada a usted, es decir, correcta para usted, ponga una X en el cuadrado superior. De no parecerle concordante, ponga la X en el cuadrado inferior. La declaración para el número uno es: «Me gustaría ser bibliotecario. ¿Es cierto o no?».

—Falso —dijo Pendrake.

—Número dos —dijo el psicólogo—: «Me gustan las revistas de mecánica. ¿Cierto o no?».

Pendrake marcó silenciosamente una X en el cuadrado «Falso». Alzó la mirada y vio que el doctor Coro le estaba contemplando.

—Asegurémonos de que comprendemos esta prueba —dijo el doctor—. ¿Quiere usted decirme por qué no desea ser bibliotecario?

—Me dieron algunos libros aquí—dijo Pendrake—, y las palabras deforman cada verdad que veo en el mundo y en los seres que me rodean. Así, pues, ¿porqué habría yo de desear tener algo que ver con libros? Además, ésa me parece una ocupación femenina.

El psicólogo entreabrió los labios como si fuese a hacer un comentario, pero pareció pensarlo mejor y, tras un instante de reflexión, dijo:

—Pero eso no se puede aplicar a las revistas de mecánica. Describen procedimientos mecánicos, y sin embargo usted marcó también la casilla de «falso». ¿Por qué?

—En esa estantería de ahí tengo una partida de libros sobre mecánica—respondió Pendrake indicándolos con su brazo izquierdo —. Son demasiado elementales. Explican cómo hacer las cosas que son evidentes.

—Comprendo—manifestó el doctor Coro, pero con voz de tono estupefacto. Vaciló y prosiguió:

—Supóngase que le encargasen la tarea de construir algo. ¿Qué le parecería?

—¿Construir qué? —preguntó Pendrake interesado.

El doctor Coro tomó su cartera de mano, de la que sacó una caja rectangular. Fue a la cama y vació el contenido de ella sobre la sábana. Eran diversas figuras de plástico verde, de varios tamaños.

—Hay aquí veintisiete piezas—dijo el psicólogo—, y existe un medio de formar con ellas un cubo. ¿Qué le parece si prueba a hacerlo?

Pendrake separó las piezas sobre la cama a fin de verlas mejor y, sin hacer una pausa, las dispuso en forma encajada hasta construir en treinta segundos un cubo que tendió al doctor Coro.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó con voz tensa el psicólogo.

Pendrake vaciló; lo había olvidado ya y manifestó con leve tono de excusa:

—Deshágalo y déme otra vez las piezas. Esta vez observaré el método.

El doctor Coro volvió a poner en desorden las piezas sueltas sobre la cama. Veinte segundos después volvía a tenderle Pendrake el cubo compuesto, diciendo:

—Esto es mucho menos complejo que la manera en que átomos y electrones se encajan; no es un problema. Estas piezas están formadas para encajarse mutuamente, y lo que ha de hacerse sencillamente es observar cuál lo hace con la otra. Al unirlas, uno se halla limitado únicamente por la velocidad de las manos.

El psicólogo tragó saliva y finalmente, casi con miedo, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir con eso de la manera en que átomos y electrones encajan mutuamente?

—Es una labor de enjaretado, de celosía, efectuada por billones de fulgurantes globos—comenzó Pendrake. Frunció el entrecejo y añadió tras breve pausa—: No es una buena explicación, porque realmente no explica lo que sucede. Considere esa mesa, por ejemplo…, ante la cual está usted sentado. Cuando penetro yo en el área donde las piernas tocan el suelo, veo un interesante fenómeno.

—¿Penetra? —jadeó el doctor Coro.

Y de esta manera prosiguió la prueba. Algunas horas después, cuando entró el doctor Trevor, fue recibido por un joven psicólogo sumamente pálido que dijo:

—Temo que las pruebas que traje no son apropiadas para lo que tratamos. De acuerdo con ellas, tiene un cociente de inteligencia de

quinientos aproximadamente, está mentalmente o completamente sano, o completamente insano, y tiene una comprensión de las relaciones espaciales que parece operar en un nivel extraordinario. Tengo que reflexionar sobre el particular y volveré dentro de unos días.

El médico dijo que todas las pruebas debían ser efectuadas mientras seguía el proceso de desarrollo regenerativo, puesto que la estructura celular entera parecía hallarse en estado de especial excitación. Predijo que cuando dicho desarrollo quedase completado, «lo cual se produciría dentro de pocos días», se produciría un retorno a la normalidad. «Y entonces —prosiguió— hallaremos probablemente que es otra persona de promedio corriente, a la que habrá de enseñarse laboriosamente todo lo que no ha transferido desde sus minutos finales como ser todo-potente».

El doctor sacó una carta de su bolsillo, tendiéndosela a su colega, quien, tras leerla atentamente, se la devolvió.

—Así, pues, su nombre es Pendrake—dijo el doctor Coro.

Su interlocutor asintió y dijo:

—Escribiré a su mujer tan pronto como se consume su desarrollo. Después de todo, lo mejor para él, en cuanto vuelva a estar bien, será estar en manos de alguien que conozca sus antecedentes.

Pendrake dijo desde la cama:

—¿Cómo dijo usted que me llamo realmente?

Los dos doctores se volvieron y le miraron sorprendidos. Habían actuado como si estuvieran en presencia de un objeto, o cuando menos de algo que no podía pensar. Y ahora, como un niño precoz, pedía atención.

El doctor Trevor vaciló y dijo luego:

—James Pendrake. ¿Le suena familiar el nombre?

No le sonaba.

—Repítalo constantemente —dijo el doctor— hasta que se acostumbre a él.

—Ésta es su esposa, Mrs. Leonor Pendrake —dijo el doctor con satisfacción.

Le habían prevenido de su llegada, y Pendrake miró con auténtica curiosidad a la grácil mujer joven y de buen aspecto que

aparecía en el umbral de la puerta.

No podía recordar siquiera el haberla visto nunca antes, pero ella avanzó rápidamente y le rodeó con sus brazos, besándole en los labios, tras lo cual dio un paso atrás diciendo:

—Es él. —Su voz sonaba como la de alguien que ha atravesado las puertas de una prisión ya abiertas a la súbita libertad. Dirigió una agradecida mirada al doctor, diciendo luego—: Gracias por habernos reunido. ¿Cuándo cree usted que podremos salir de aquí?

—Hoy mismo—fue la respuesta—. Puesto que tendrá adecuada asistencia médica, el mejor lugar para la recuperación de su esposo… —vaciló—para reconstruir su memoria es su propio hogar. Y no se preocupe… no habrá publicidad alguna. Hablaré a su doctor. Como probablemente sabrá usted, la asociación médica desaprueba la publicación prematura de datos de casos. Verificaremos un estudio sobre el restablecimiento de su esposo, pero no daremos a conocer el informe hasta dentro de tres, cuatro o quizá cinco años.

En tiempo alguno volvió Pendrake a lo anormal. Subsistía algo de su capacidad. Mas no era ya por entero una condición autoprotectora. Donde antes había necesitado tan sólo mirar a la gente y a las cosas y no había tenido interés ninguno en cualquier verbalismo sobre ellas, ahora pedía y anhelaba datos. Se hicieron importantes los libros con su información.

En la finca Pendrake, en Crescentville, su cerebro no tardó en ser sutilmente extraviado. Leonor hizo una cosa femenina al no poder abstenerse de alterar los hechos de su larga separación. Y puesto que ello requería un cambio en otros muchos hechos personales, no tardó en edificar una fantasía de enorme amor en torno a su pasado común.

Leonor le contó su hallazgo del motor y la visita de ambos a las torres de aerogel, y cómo ella había pasado algún tiempo en una colonia agrícola de Venus.

—Se llamaban a sí mismos idealistas —dijo con acento indignado—. Decían que no deseaban que fuese llevada la locura de la Tierra a los planetas. Pero me retuvieron allí sin mi marido. Yo era la única mujer sola.

—¿Pero dónde estaba yo? —preguntó asombrado Pendrake.

Se estaban preparando para acostarse una noche cuando tuvo lugar esta conversación. Leonor no dijo nada hasta haberse embutido en su ropa de dormir, y luego fue a él diciendo con voz turbada:

—Se ha presentado alguna terrible emergencia, y debido a que tu cuerpo ha sido expuesto a las energías del mecanismo espacial, y que tu tipo de sangre es de una especie rara, tienen que emplearte en esta emergencia. Nunca lo comprendí, pero puesto que esto es lo que hizo que tu brazo rebrotara, no estoy contra ellos realmente. No puedo imaginar cómo te escapaste, habiéndote encontrado sin embargo en aquel hospital.

Posteriormente Pendrake yació tendido escuchando la suave respiración de ella y considerando la información que ahora tenía sobre sí mismo. Era muy pequeña, y se sentía completamente expuesto y vulnerable, pues aquella gente que había intentado secretamente colonizar los planetas sabía indudablemente que su residencia permanente era Crescentville. La prueba estaba en que habían trasladado a Leonor a la Tierra y reintegrado a su hogar.

Ellos lo sabían…, pero él no.

Finalmente dio la vuelta y se dispuso a dormir con la decisión tomada. No podía dejar que la situación quedara en aquel confuso estado.

Tenía que descubrir la verdad.

12

Pendrake pasó bajo la arcada de la droguería, salió a la Calle Cincuenta… y se detuvo en seco.

Las torres gemelas de aerogel aparecían a través de la calle, exactamente en el lugar donde Leonor había dicho que estaban emplazadas. Hasta sentía una acusada sensación de familiaridad, como si realmente se hallase desperezándose su memoria. Pero rechazó aquello como una fantasía. Aceptaba que lo que sabía sobre sí mismo era exactamente lo que le habían dicho y nada más.

Sin embargo, al cabo de un momento se dio cuenta de que algo andaba errado. Vio lo que era. Leonor había dicho: «Hay un gran letrero que dice: “Proyecto Cyrus Lambton de Colonización de la Tierra”».

El rótulo no estaba allí.

Frunciendo el entrecejo, Pendrake cruzó la calle y fisgó a través de la ventana. Pero el anuncio más pequeño que ornara su interior, dando precisos detalles a los presuntos emigrantes…, había desaparecido igualmente.

Al otro lado del marco de la ventana, muy allá, se encontraba una mujer sentada ante un escritorio. Estaba de espaldas a él, y sin pensarlo supuso que era Mona Grayson, la hija del inventor de la máquina.

Pendrake empujó la puerta y entró. Había ido allá para sostener una charla con el doctor Grayson y podría tenerla.

—¿Puedo segvigte en algo?

El acusado acento alemán de la muchacha fue como una bofetada. Pendrake se detuvo y fue luego en torno a la mesa, quedándose mirando a la mujer.

Tenía un rostro rechoncho, cabello y ojos oscuros; y al cabo de

unos instantes la ordinariez de su aspecto y la tosca calidad de su chapurreado inglés calmaron los tensos nervios de Pendrake.

Hizo un violento esfuerzo para rechazar sus sentimientos críticos. Después de todo, había habido en el país muchos científicos refugiados con sus familias. Evidentemente aquella mujer formaba parte de aquella invasión.

—¿Está el doctor Grayson? —preguntó.

—¿A quién debo anunciag?

—Pendrake —respondió él, parpadeando y de mala gana—. Jim Pendrake.

—¿De dónde?

Pendrake hizo un gesto impaciente en dirección a la puerta cerrada de la otra torre.

—¿Está ahí?

—Pasagué su nombgue si me dise pguimego de dónde viene. Mr. Birdman le esptigagá todo a usted.

—¿Mr. quién?

—¡Un momento, y lo llamagué!

Pendrake volvió a sentirse tenso. Había algo allá que no concordaba, pero no atinaba qué era. Y aquella caricatura de ópera cómica de muchacha de información no era algo que pudiera aclararlo. Por la razón que fuese, probablemente Grayson y los demás habían abandonado aquellas torres como centro de actividad interplanetaria, y un grupo de científicos alemanes se había hecho cargo de ellas. Alzó la mirada con brusca decisión, diciendo:

—No se preocupe en llamar a nadie. Ya veo que me he equivocado. Yo… —Hizo una pausa, cerró los ojos y volvió a abrirlos. El revólver de empuñadura nacarada estaba apuntando aún hacia él desde la esquina del escritorio de la mujer.

—Si hase usted un momimiengto—dijo ella—dispagagué con este agma sitengsiosa.

Apareció un hombre achaparrado y recio, de cabello pajizo y rostro pecoso, quien paseó una rápida mirada por Pendrake, diciendo luego en perfecto y coloquial americano:

—Buen trabajo, Lena. Estaba precisamente empezando a pensar que teníamos todos los hilos, y ahora aparece otro. Lo meteremos en un traje espacial y le embarcaremos por camión para el Campo

A. Hay un servicio aéreo dentro de media hora. Ya le examinaremos después. Debe tener probablemente mujer y acaso algunas amistades.

Tras una hora de horrible y traqueteante viaje, fueron quitadas las ataduras que sujetaban a Pendrake, y al ponerse aturdidamente en pie vio una casa y otros edificios, y entre ellos un pequeño avión a chorro.

Uno de los camioneros le apuntó con un arma, conminándole:

_ ¡Vaya allí!

En el avión había tres hombres, quienes llevaban el mismo traje de plástico metálico que vestía Pendrake, y los cuales no dijeron nada cuando fue éste empujado a bordo.

Uno de los hombres le indicó un asiento; el que estaba en los mandos tiró de una palanca, y el aparato comenzó a moverse lentamente… y ascender. El total silencio del inmensamente potente movimiento era lo que Pendrake necesitaba. Leonor había descrito ese fenómeno. Era un motor Grayson.

Con sobrecogedora rapidez, el cielo se tornó azul oscuro. El Sol perdió su redondez y se convirtió en una llama fulgurante en un universo nocturno.

Tras el avión, la Tierra comenzaba a mostrar su forma esférica. Delante brillaba el globo creciente de la Luna.

Las luces del teléfono se empañaron con la conocida señal. Birdman tomó el receptor, notando la sensación de vacío que siempre experimentaba con aquella llamada.

—Birdman al habla, Excelencia.

La fría voz al otro extremo dijo:

—Le alegrará saber que al cabo de sólo tres días tenemos todos los datos necesarios sobre el individuo Pendrake. Como usted no ignora, es imperativo que localicemos para interrogarla a toda persona que pudiera tener algún conocimiento del motor Grayson, y que lo hagamos así sin despertar la más leve sospecha sobre nosotros. Por consiguiente, usted proveerá a que Mrs. Pendrake sea raptada y trasladada a la Luna. Oblíguela a escribir una nota para su servidumbre, por ejemplo diciendo que va a reunirse con su esposo, y puede por ello estar ausente de casa durante algún tiempo.

—¿No quiere usted que se le mate?

—Es innecesario en la Luna. Hay escasez de mujeres allí, como sabe. Dígale que tiene un mes para elegir un marido entre los operarios permanentes que allá se encuentran.

Se apagó la neblinosa luz, y el rechoncho Birdman se sacudió como un animal tras un aguacero. Fue rápidamente a una vitrina situada en una esquina de su despacho, apretó un botón abriéndola y brillaron las botellas de licor de su interior. Casi sin mirar cogió una, se sirvió un vaso de su ambarino contenido y se lo bebió de un trago.

Se estremeció un poco, al riego en su estómago, y volvió lentamente a su escritorio, pensando en cuán chusco era que el sonido de aquella voz le afectara siempre tan intensamente.

Pero tomó las necesarias disposiciones, tal como se le había ordenado.

13

Estaba tendido en la oscuridad.

Pendrake frunció el entrecejo. Recordaba la lucha con los tres alemanes—¡aquellos estúpidos que no le habían considerado peligroso! —y también el violento alunizaje.

Esto no lo había planeado, pero las cosas habían sucedido rápidamente, y en su resultado final no hubo tiempo para saber exactamente cómo funcionaban los controles del aparato.

Sí…, el violento alunizaje y lo que le había precedido aparecía bastante claro. Era la oscuridad lo que le confundía.

Era negra como la pez; y el espacio no había sido así, sino una especie de manto de terciopelo sembrado de minúsculos brillantes; y el Sol fulgurando y llameando a través de las portañolas del raudo avión… Oscuridad, pero no como ésta.

El fruncimiento del entrecejo de Pendrake se acentuó por la perplejidad e intentó mover su brazo.

Lo hizo de manera renuente, como si estuviera sumido en arenas movedizas…

Su mente dio un brinco de inmensa comprensión. ¡Piedra pómez pulverizada! Yacía en un «mar» de polvo de piedra asentado en algún lugar del lago de la Luna que eternamente se ocultaba a la Tierra; y todo cuanto tenía que hacer…

Irrumpió al exterior de la cárcel de polvo y quedóse parpadeando al fantasmal fulgor del Sol. Le desfalleció el corazón. Se encontraba en un vasto desierto. A un centenar de metros a su izquierda emergía de la arena un ala de avión. A su derecha, a cosa de un tercio de milla de distancia, había una sierra larga y baja a través de la cual caían sesgadamente los rayos solares creando densas sombras.

El resto estaba vacío, extendiéndose aquel pómez pulverizado hasta donde su vista podía alcanzar. Volvió a mirar el ala expuesta y con honda intensidad pensó: «¡El motor!». Con las mismas echó a correr. Sus zancadas eran largas y saltonas, pero no tardó en equilibrarse. Y había asomado la esperanza, pues no eran de mayor importancia las averías que pudiera tener la estructura de aquella supernave. Podían estar retorcidas las alas y abollado y destrozado su cuerpo metálico. Pero en tanto que el motor y su eje impulsor estuviesen intactos y unidos, el avión volaría.

Lo que le chasqueaba era la inclinación vertical de aquella ala. Empleando una placa suelta de metal excavó tenazmente durante cosa de media hora, llegando luego a la parte rota del ala.

Debajo no había nada; ni avión, ni motor, ni engranaje de cola…; únicamente pómez pulverizada.

El ala apuntaba al cielo, resto mudo de un avión que como fuera se había desprendido de una parte de sí mismo y remontándose luego a la eternidad. Si las leyes de la probabilidad significaban algo, el avión y su motor volarían por siempre a través del espacio.

Mas aún quedaba una esperanza. Pendrake echó a andar aprisa hacia la sierra. Las laderas de ésta eran más empinadas de lo que había supuesto y sumidas en negras sombras. Era difícil ver y resbalábase al desprenderse el polvo. Al cabo de minutos de esfuerzo se hallaba tan sólo a medio camino de la cima del cerro de setenta metros. Y el frío, que al comienzo fue soportable, se hizo intenso y mordiente en la piel, penetrándola pegajosamente. Unos minutos después tenía todo el cuerpo entumecido y sus dientes castañeteaban. Pasmado pensó que el traje, el condenado traje, debía estar fabricado de manera a distribuir con uniforme suavidad el directo y terrible calor de la luz solar no difundida, pero sin dispositivo alguno para el frío.

Llegó a la cima de la colina y quedóse con los ojos cerrados de cara al rayo del Sol, que estaba bajo; lentamente el calor volvió a fluir en sus venas; recordó su esperanza y miró en derredor detenidamente y con creciente desesperación, pues el avión no debió solamente haber desprendido su ala, sino estrellándose luego en algún punto cercano. Pero en todo su campo de visión la llana extensión de pómez estaba intacta, excepto por siete cráteres

sombríos en la lejanía, semejantes a bocas de brujas chupando el firmamento.

Había andado más de una hora en dirección a ellos, asiendo aún la «pala» que era la placa metálica, antes de percatarse de súbito que el sol estaba más bajo de lo que había estado en el firmamento.

Estaba cayendo la noche.

Era un hombre solo corriendo de cráter en cráter, mientras un fantástico y destelleante sol se sumía cada vez más en un cielo que era más oscuro que el de la medianoche en la Tierra. Los volcanes extinguidos eran todos pequeños, teniendo el mayor sólo unos trescientos metros de diámetro. En sus simas se recortaban largas sombras proyectadas por los oblicuos rayos solares; únicamente por los reflejos de la luz en las paredes podía Pendrake ver que también allí había extendido el océano de pómez sus silenciosas y envolventes olas de polvo.

Dos… cuatro, cinco cráteres; y aún no había la menor muestra de lo que estaba buscando. Como en los otros, trepó el sexto por el lado del sol y quedóse luego escudriñando extenuadamente las negras sombras de la angosta sima a sus pies. Pómez, melladas aristas de lava, protuberantes rocas que eran más sombrías que las sombras que las sumían… era algo tan conocido ya, que sus ojos se posaron casi automáticamente y pasaron desanimada revista.

Mas se hallaba su mirada a treinta metros de la entrada de la caverna del distante fondo cuando se dio cuenta de que había tenido éxito en su búsqueda.

Se sintió como en el filo de la eternidad. El borde del cráter parecía emparedado entre la negrura punteada de luz del espacio y las acusadas protuberancias del muerto volcán. Corrió. El sol era una burbuja ígnea en un cielo de raso. Parecía estremecerse a la derecha, como equilibrándose para la zambullida. Su luz proyectaba sombras que parecían más alargadas y más intensas a cada momento que pasaba; cada surco, cada anfractuosidad, cada desigualdad, tenía su propio lecho de oscuridad.

Pendrake evitó las sombras, que emitían ondas de frío que entumecían las piernas al penetrarlas. Tenía en su traje una linterna de mano, el único instrumento de que le habían provisto sus raptores. La encendió. El sol era un cuarto de disco con flámulas un

arco luminoso alzado en el terreno a su izquierda. Los sobresalientes cráteres se hallaban sumidos en densa oscuridad turbadora. Pendrake se estremeció y saltó abajo, al primer nivel de la caverna. El haz de luz de su linterna mostró el piso de polvo de pómez.

El espantoso frío le oprimió al excavar. No bastaba ahora cada violento movimiento, como cuando le daba el sol. El frío comía, consumía su fuerza. La placa metálica que hacía de pala le resbalaba en la entumecida mano.

Finalmente se tendió como un viejo exhausto en la somera zanja que había excavado en el polvo, y con frenética voluntad comenzó trabajosamente a cubrirse. Su último esfuerzo físico lo efectuó al sacar la mano a través del cobertor de polvo para apagar la linterna. Luego quedóse inmóvil, con el cuerpo semejante a un helado, y formándose en sus mejillas placas de frío.

Tuvo la manifiesta impresión de hallarse en su sepultura. Mas la fuerza vital que en él había era tenaz e indomable. Sintió más calor. El hielo se despejó de sus huesos, su carne comenzó a hormiguear, su entumecida mano ardió de dolor, y sus dedos se ablandaron. Su calor animal se expandió a través del traje produciéndole una magnífica sensación agradable y reconfortable. No podía calentarse tanto como hubiese querido, pues la temperatura era demasiado baja para ello. Al cabo de largo rato se le ocurrió que el estar enterrado no era solución para nada. Debía ir más a lo hondo, más profundamente en el interior de la hoya lunar.

Tendido allí en su solitaria fosa de pómez, Pendrake notó una singular sensación, la de que había algo, de que no todo estaba perdido, que había allí un medio para él. Su mente razonadora se prendió a aquella misteriosa sensación, elaborando la creencia de que realmente debía hallarse muy cerca la base secreta de Alemania Oriental en la Luna.

También los alemanes debieron haber ido al interior. Más abajo sería mayor el calor. Sólo la fricción de la roca semi-viscosa y el metal, producto de los propios tortuosos retorcimientos de la Luna, crearía una temperatura especialmente superior que podía ser mantenida mediante el pómez y la lava de la superficie. Había naturalmente el problema de conseguir alimentos y agua, pero con

una nave espacial perfecta podían transportar cuanto necesitaran.

Pendrake se esforzaba ahora por salir de su fosa, por lo que ahuyentó otros pensamientos de su mente. Poniéndose finalmente en pie, encendió su linterna y comenzó a bajar.

—La trayectoria era retorcida, como si la caverna hubiese sido antaño el túnel tubular de un volcán activo… deformado por la mudanza de la corteza lunar. Abajo, abajo, lentamente abajo. Pendrake no recordaba en absoluto cuántas veces buscó calor en un lecho de polvo. Durmió dos veces, mas tampoco tenía la menor idea de durante cuánto tiempo. Podía haber sido un dormitar de minutos, o tal vez un sueño de horas en cada ocasión.

La caverna era infinita. Un mundo de noche a través de la cual la luz de su linterna se abría paso a intervalos como una tenue llama. No tenía compasión alguna por sí mismo, sino que seguía sumiéndose, a veces a la carrera, tras breve destellar de su luz, para precaverse de posibles peligros que pudieran revelarse. Otras cuevas comenzaban a formar ramales con la caverna principal. A veces no eran lisa y llanamente más que ramas. Pero cuando existía una posibilidad de confusión, Pendrake se detenía, permaneciendo allí mientras le mordía el frío… hasta marcar claramente una flecha indicadora de la dirección por la que había venido.

Durmió de nuevo, y otra vez. Cinco días pensó sabiendo que podía estar equivocándose neciamente. Un cuerpo sometido a un frío mortal debe necesitar más sueño que el normal para recuperarse. Toda su gran fuerza no podía impedir tal reacción del sistema humano. Cinco sueños… cinco días. Los contó ceñudo en total, y añadió cada sueño como un día… seis, siete, ocho, nueve…

El calor aumentó gradualmente. Durante largo, larguísimo tiempo, no se dio cuenta de ello. Mas finalmente cobró conciencia de que estaban espaciándose aquellos frenéticos enterramientos. Hacía aún un frío tremendo el décimo «día», pero su presión era menor; ya no una cosa mordiente y entumecedora. El calor subsistía más tiempo en su interior. Por primera vez pudo caminar a lo largo y darse clara cuenta de que era una locura continuar en aquella noche eterna.

Otros pensamientos le asaltaron también. Tenía que abandonar la esperanza de que la salvación estaba aún más lejos ante él. Debía

comenzar a volver hacia la superficie, donde podría efectuar una búsqueda desesperada de alguno de los campamentos alemanes. Era la cosa lógica a hacer, razonó.

Pero los pensamientos no impulsaron a la acción, pues siguió moviéndose adelante.

En las horas que siguieron hubo momentos en los que Pendrake olvidó cuál era su esperanza, y horas amargas en las que maldecía la intensidad de la fuerza vital que le impelía a aquella desesperada búsqueda. Pero la misma vaguedad de sus planes corroía su voluntad, debilitada ya hacía tiempo por las punzadas del hambre, consumido ya su bien administrado racionamiento, y por una sed tan terrible que cada segundo parecía una hora, y cada minuto el infierno.

Vuélvete, decía su cerebro. Pero sus pies seguían desatentos, abajo y abajo. Tropezó y cayó, y se levantó. Hizo un giro de horquilla que conducía al pasillo iluminado, casi sin ver. Y se hallaba atravesando la entrada cuando le penetró su realidad.

Pendrake se zambulló tras una gran protuberancia rocosa, y tendióse temblando, tan débil, tan remiso a la reacción, que durante unos minutos su único pensamiento fue que el fin había llegado ya.

La recuperación se produjo a duras penas Su energía nerviosa, aquel extraordinario depósito de su gran fuerza, estaba agotado. Mas su espíritu surgió una vez más a la vida. Cautelosamente fisgó sobre la arista de la roca tras la cual se agazapaba su cuerpo embutido en el traje espacial. Era desde luego una locura pensar que había visto moverse figuras a lo lejos, pero…

El pasillo se extendía ante su vista en gradual inclinación hacia abajo. Su intensa mirada demostró que estaba vacío de vida. Tardó un largo momento en percibir que no estaba iluminado por bombillas eléctricas, y que era errónea su inicial impresión, la de que la luz significaba la presencia de alemanes.

Se encontraba solo en una antigua cueva profundamente sumida en el satélite terrestre, al igual que un gusano que serpeara de una arteria seca de la carne desmigajada de alguien.

El resplandor de las paredes no era de igual tonalidad, ni se hallaba espaciada de acuerdo a cualquier pauta discernible. Al ir con la misma cautela hacia delante, se le proyectaron puntos y

salpicones de luz. Había una larga y temblorosa hilera en la pared derecha, un tosco creciente en la izquierda, y otras formas indefinidas destellaban y parpadeaban a lo largo del pasillo hasta donde alcanzaba la vista. Pendrake pensó ansiosamente que alguna especie de mineral radiante podría ser dañino…

¡Dañino! Su amarga carcajada produjo un eco en su casco espacial, abrió nuevas grietas en sus labios tumefactos por la sed, y cesó bruscamente al hacerse insoportable el dolor. Un hombre al borde de la muerte no tenía que preocuparse de nuevos peligros. Siguió sumiéndose aturdidamente durante unos instantes. Y lentamente penetró de nuevo la presencia de la luz. La verdad estalló en él de súbito, al hacer una pausa en un recodo, y se encontró con la mirada fija en un largo pasillo inclinado cuya luz se amortiguaba desvaneciéndose en un punto distante.

¡El pasillo era artificial!

¡Y antiguo! Fantásticamente antiguo. Tan antiguo que las paredes, las cuales debían haber estado tan lisas como el cristal y sido más duras que cualquier cosa que los seres humanos hicieran jamás, paredes radiantes en cada elemento, se habían desmoronado por la presión de innúmeras centurias. Desmoronado… y aquel túnel abrigado, retorcido y salpicado de luz era el resultado.

Dio un traspiés y le atravesó el sagaz pensamiento de que aquel resplandor radiante le permitiría ahorrar luz de su linterna. Por alguna oscura razón, aquello parecía inmensamente importante. Comenzó a reír entre dientes nerviosamente. Parecía de súbito irresistiblemente cómico que él que había estado a punto de morir, hubiese llegado en el último instante de su vida a aquel universo subterráneo en el que vivieron seres antaño.

Su risita se convirtió en alborozada e indomeñable risa, la cual finalmente cesó por puro agotamiento, y se recostó débilmente contra la pared, con la mirada fija en el arroyuelo que atravesaba la cueva, borboteando de una gran hendidura en la roca, y remolineando hasta perderse de vista en un boquete de la pared opuesta. «He de cruzar solo esa corriente —se dijo confiadamente —, y luego…».

¡Corriente! El choque de la percatación fue tan terrible en la náusea que provocó, que se tambaleó y cayó como un animal

aturdido por un mazazo. El choque violento del metal y el plástico en la roca resonó en sus oídos; y el impacto y el estrépito le devolvieron cierta cordura.

Se hizo más alerta, más consciente, salió más de su estupor.

¡Agua! La sorpresa de su presencia fue para él una conmoción aún más violenta. El pensamiento, la reflexión, se hicieron tan grandes que tras proyectar claridad en su cerebro y distender sus músculos, seguían siendo enormes. ¡Agua! ¡Y corriente! Pensando en ello, desapareció el frío de tanto tiempo. Tenía que mantener la cabeza despejada, hubiese o no aire. Como fuera había de sobrevivir si llegaba al agua.

Se puso vacilantemente en pie y vio a los hombres que venían hacia él. Parpadeó al mirarlos, y finalmente pensó pasmado: «¡Ni corazas ni cascos! Raramente vestidos, sin embargo. ¡Cuán extraordinario era aquello!».

Antes de que pudiera pensar más, hubo un patuleo detrás de él. Giró en redondo y vio a otra docena de hombres acudiendo en aquella dirección. Al instante brillaron navajas y una ronca voz aulló:

—¡A muerte con ese cochino espía que se oculta!

—¡Eh! —aulló a su vez Pendrake.

Su voz se ahogó en un coro de alaridos sedientos de sangre. Fue empujado y zarandeado violentamente; y no tenía fuerzas ni siquiera para levantar un brazo. Y en el mismo momento que una cachiporra le asestó un sesgado golpe en la cabeza, su pasmo llegó al colmo, debido a que… ¡sus asaltantes no eran alemanes!

14

Cuatro años habían transcurrido desde que Pendrake hallara el motor en aquella tarde de agosto de 1972; y casi un año había pasado ya desde que escapara a las amazonas de Jefferson Dayles, la mayor parte de él en compañía de Leonor, recuperándose y rebrotando su brazo una vez más. Era de nuevo verano. En aquel mes de agosto de 1976, según toda apariencia exterior no existía ni un indicio en cuanto al destino de un aviador desaparecido y de su mujer raptada: En aquellos días vitales, nadie parecía interesado en los paraderos de Mr. y Mrs. James Pendrake.

Sin embargo, había una pista.

Finalizaba agosto de 1976. La Tierra suspiraba con diez mil vientos. Flameó el 1 de septiembre a través de la línea del calendario internacional. Para cuando alcanzó la costa oriental americana, soplaba un nordeste, y una serie de meteorólogos trazaban sus isobaras y manifestaban lacónicamente que el invierno sería precoz aquel año.

En la media tarde del 1 de septiembre fue descubierto el oculto rastro. El Comisario del Aire Blakeley se restableció de un violento ataque de gripe y volvió a su despacho. Y al pasar revista a los acontecimientos, dio con un archivador sobre una tal Mrs. Pendrake. El nombre no le provocó de momento ningún recuerdo.

—¿Por qué se encuentra esto sobre mi escritorio? —preguntó a su secretaria.

—Esa mujer intentó entrevistarle cuando estaba usted enfermo— fue la respuesta—. Parecía histérica y farfullaba algo sobre un motor atómico y una organización que estaba transportando emigrantes a Venus. Todo ello sonaba a demencia, pero cuando intentamos ponernos en contacto con ella ayer, en su casa me

informaron que se había marchado sin decir nada a nadie. Se encontró posteriormente una nota pero el criado que me lo participó, me dijo que la escritura no parecía ser de puño y letra de Mrs. Pendrake. Y debido al previo contacto de usted con los Pendrake —es decir, con Mr. Pendrake—me pareció muy oportuno presentar la cosa a su atención.

Blakeley asintió y se retrepó en su butaca, mientras una luz se hacía en su cabeza.

—¡Pendrake! —murmuró. Seguidamente se sonrojó con recordada humillación— a «El manco que me arrojó de su casa, y que algún tiempo después me envió una lista de nombres y direcciones de científicos atómicos…».

Su pensamiento quedó en terrible suspenso de premonición. Una tormenta de sangre martilleaba sus sienes. «¡Esto puede arruinarme!», pensó. Tras breves instantes, y sumamente pálido, repasó la carpeta de Pendrake y releyó la carta con su lista de nombres: Dr. Mc Clintock Grayson, Cyrus Lambton… Pensando en ello, había leído sobre la muerte de estos hombres en un accidente… Aquel asunto parecía más importante a cada momento. Sudando, leyó su propia respuesta a la carta de Pendrake. «… Sería inútil una correspondencia ulterior…».

Durante un largo minuto quedóse con la mirada fija en el maldito documento. Finalmente contrajo la mandíbula. Apretó el botón zumbador de llamada, y dijo:

—Póngame primero con Cree Lipton, del Departamento Federal de Investigación, y llame luego a Ned Geskins, el procurador de patentes…

15

El hombre achaparrado penetró en el hotel por la entrada secreta. Se sintió escrutado, pero finalmente se abrió la puerta. Fue conducido por un largo pasillo, y minutos después se hallaba en el lugar sagrado interior.

—¡Excelencia! —se inclinó.

El hombre flaco y de elevada estatura que se sentaba ante un amplio escritorio metálico en un despacho que daba a la Quinta Avenida, posó en él una mirada fija de ojos que eran como destellantes boquetes en su cabeza, de tan intensos y brillantes.

—Herr Birdman —dijo—, la FBI está investigando la desaparición de Mrs. Pendrake. Han hallado ya que aterrizó un avión y se remontó seguidamente. Eso debió haber sido prohibido.

El interpelado farfulló consternado:

—Quizás esos hombres no tuvieron otro remedio. A veces son necesarias las partidas rápidas.

—No me interesan las razones. —La fría voz era implacable—. Sólo una cosa salva a esos hombres de severo castigo. Hasta ahora, nadie nos ha relacionado con el asunto, y así acaso ha llegado el momento, como precaución final, de incendiar ciertos edificios, de acuerdo al Plan D2. Hemos de asegurarnos de que no quede nada que sirva para incriminarnos. Cuide de ello.

—Será hecho, Excelencia, al instante.

—Algo más aún. En cuanto al propio Pendrake… no hemos de suponer que está muerto. Su rastro desde el ala destrozada del avión conduce a una caverna en el cráter. Una somera investigación mostró que se encontraba aún con vida a una profundidad de una milla, pero que a intervalos se enterraba, por lo que debemos suponer que en el accidente aéreo se averió el mecanismo calorífico

automático de su traje espacial… Para asegurarnos sobre el particular, creo que debemos organizar una campaña contra los moradores de la caverna. Hemos tolerado ya sus pillajes durante bastante tiempo…

Pendrake se despertó al son de un melodioso zumbido, que provenía de alguna parte a su izquierda; mas por el momento, la deliciosa debilidad de cada uno de sus nervios y músculos, y el antiguo placer físico de yacer sobre algo mullido y cómodo, menguó su deseo de volver la cabeza y mirar al hombre cuya gorjeante tonada le había despertado.

Al cabo de un momento tuvo la clara conciencia de estar con vida, lo cual no encajaba con lo que antes había pasado.

Pero quedóse tendido aún, y, al cabo de unos momentos frunció el entrecejo asombrado ante una bóveda iluminada que debía hallarse a una milla de altura. Cerró los ojos, sacudió la cabeza como para despejar su cerebro de alguna fantasía, y volvió a abrirlos. Aquel tremendo techo se encontraba aún allí. Lo que había sido una angosta entraña se había abierto como fuera, y trocádose en una inmensidad subterránea.

La visión aceleró todo su ser. Notó que le rozaba una suave brisa portadora del dulce aroma de las cosas en crecimiento, un perfume de jardín y de árboles en flor. Pendrake se agitó en acumulante excitación. El movimiento le hizo reparar que no se encontraba ya embutido en el traje espacial.

El movimiento hizo algo más. Cesó el zumbido. Sonaron pisadas. Y la voz de un hombre joven dijo:

—¡Oh, está usted despierto!

Apareció a la vista quien así habló. Era un joven cenceño de delgado rostro y ojos brillantes. Llevaba una antigua zamarra raída, y tenía las piernas cubiertas por pantalones que se trabillaban bajo los zapatos.

—Ha estado usted inconsciente durante cuatro períodos de sueño—dijo—. He estado vertiéndole agua y jugo de frutas entre los labios cada rato. A propósito, mi nombre es Morrison.

—Estaba perdido —dijo Pendrake, parpadeando al decirlo, pues no brotaron las palabras, sino un ronco y rasposo sonido.

—Será mejor que no intente hablar aún —aconsejó el joven—.

Está usted aún muy indispuesto. En cuanto tenga fuerza suficiente, será llevado ante el Gran Deforme para el interrogatorio… por eso es que se le ha mantenido vivo.

Las palabras no penetraron en seguida. Pendrake, pensaba inmóvil que el frío y su voluntad le habían sostenido en su marcha. Así pues, estaba con vida. Y en cuanto a aquel tipo, Gran Deforme…

—¿Gran qué? —murmuró asombrado, logrando esta vez que fuera comprensible.

El joven le dirigió una sonriente mueca expresiva, diciendo:

—En efecto, ése es su nombre. Alguien le llamó así alguna vez, se encariñó con el nombrecito, y nadie se ha atrevido nunca a decirle su significado. Mire, es neandertalense. Ha estado aquí millones de años cuando menos, casi tanto tiempo como la bestia-diablo de la sima. —En el rostro del joven se dibujó una expresión sobresaltada, y dijo alarmado—. ¡Oh, no debí haberle dicho esto! —Apresado por súbito pánico, bajó jadeante al lado de Pendrake y le asió de un brazo—. ¡Por lo que más quiera—murmuró roncamente—, no diga a nadie que yo le conté lo viejos que somos acá abajo! Yo le he cuidado a usted de la mejor manera. Le he vuelto a la vida; le he alimentado. Me destinaron a tenerle encerrado… soy un guardián y usted está encarcelado… pero yo le saqué aquí y… —Se interrumpió—. ¡Por favor, no lo diga!

Su rostro era una contorsionada máscara de miedo… que cambió a la astucia, y luego a la ferocidad. Bruscamente sacó la navaja que por primera vez vio Pendrake que tenía en una vaina bajo su zamarra.

—Si no lo promete—amenazó salvajemente—, tendré que pretender que intentó usted escapar, por lo que no tuve más remedio que matarle.

—Desde luego, lo prometo —respondió Pendrake, recobrando una voz más normal, aun cuando todavía fuese como un cuchicheo. Al instante vio en los desencajados ojos de la aterrorizada criatura que se agazapaba a su lado que ninguna simple promesa podría apaciguarla. El peligro hizo su cuchicheo más fuerte, al decir presuroso—. ¿Es que no ve usted que si yo sé algo que ellos no quieren que sepa, es en mi propio interés el reservarme la información? Lo ve, ¿no es así?

Lentamente se apagó el miedo en los ojos del joven, quien poniéndose vacilantemente en pie, comenzó luego a silbar suavemente, hasta que al final dijo:

—De todos modos le arrojarán a usted a la bestia diabólica. No tienen consideración alguna, excepto con las mujeres. Pero mantenga en silencio mi nombre y lo que le he dicho, eso es todo.

—De acuerdo.

Pendrake musitó la palabra y compuso algo como una sonrisa, pero estaba pensando foscamente: «Duerme ligeramente. Al tanto con una navaja… en el sueño».

Debió haberse quedado dormido en el momento en que este pensamiento se estaba formando en su mente.

Su primera consideración al despertarse la segunda vez, fue: Un hombre llamado Morrison… en el centro de la Luna. Aquellos hombres vinieron de la Tierra y habían estado aquí largo tiempo. Era un extraño fenómeno, y debía descubrir rápidamente más al respecto.

A su lado hubo un tenue ruido, y un rostro delgado y conocido se inclinó sobre él.

—¡Vaya! —dijo Morrison—. ¡Ya está despierto de nuevo! He estado esperando, escuchándole hablar en sueños, y habló mucho. Según las órdenes, debo comunicar todo cuanto usted dice.

Pendrake empezó a asentir, a medias para sí mismo, aprehendiendo su mente sólo las palabras; y luego el más amplio significado de las mismas, la imagen mental de alguien—allá afuera—, alguien llamado Gran Deforme, dando órdenes, recibiendo ladinamente los informes de los espías, otorgando temporales demoras de ejecución… Bruscamente, se sintió afrentado, y se incorporó.

—Oiga —comenzó—¿quién diablos…?—Su voz era clara y recia, pero no fue la percatación de la fuerza recuperada lo que le detuvo en seco. Lo que sucedió fue que al incorporarse, quedando sentado, vio una escena que no había percibido al hallarse tendido.

Bajo él había un poblado emplazado en un jardín de árboles y flores. Veíanse amplias calles, y hombres y mujeres extrañamente uniformados.

Dejando a la gente, su mirada recorrió de horizonte a horizonte.

En el extremo del poblado había una verde pradera con ganado pastando. Más allá, el techo de la caverna descendía hasta unirse con el suelo en algún punto bajo el risco, punto invisible desde donde él se hallaba sentado.

Durante un momento le prendió aquella línea donde se unían un radiante firmamento cavernario con su horizonte.

Luego su mirada volvió al lindo poblado, que comenzaba a unos cincuenta metros. Había primero una hilera de elevados árboles repletos de grandes frutos grises, árboles que abrigaban el más próximo de diversos edificios. Su estructura era pequeña, de delicado aspecto. Parecía haber sido construido de alguna sustancia semejante a la concha. Relucía como si tuviese luz interior que se filtrara a través de sus translúcidas paredes. Su diseño era más bien el de una colmena que el de una concha marina, pero también tenía semejanza con ésta. Los otros edificios que destellaban atormentadoramente entre los árboles, diferían ampliamente en los detalles, pero en todos se hallaban presentes el motivo arquitectónico central, y el básico material resplandeciente.

—La ciudad ha sido tal cual es —dijo la voz de Morrison—desde que yo vine en 1853, y Gran Deforme dice que así era también cuando…

Pendrake se volvió. La mención de las fechas era aturdidora, pero asió la ocasión por los pelos.

—Y él ha estado aquí alrededor de un millón de años, dijo usted.

El enjuto rostro se contrajo inquieto. Él hombre miró presuroso en derredor, y su mano se posó en la empuñadura de la navaja, que soltó al fijarse en Pendrake. Estaba temblando.

—No repita eso—murmuró desesperadamente—. Fui un loco al decírselo, pero se me escapó, eso es todo. Se me escapó.

No había engaño alguno en el manifiesto miedo. Era bien real, y hacía también real todo lo demás… los millones de años, Gran Deforme, y la ciudad eterna de abajo. Durante un largo segundo, Pendrake examinó la expresión del canijo rostro, y luego dijo:

—No diré una palabra, pero quiero saber qué es de todo eso. ¿Cómo llegó usted aquí a la Luna?

Morrison cambió, y el sudor inundó sus mejillas. Pendrake sintió una intensa incredulidad de que cualquier hombre pudiera estar tan

atemorizado.

—No puedo decírselo —respondió Morrison con acento de pánico en la voz—. Me echarían también a la bestia. Gran Deforme ha estado diciendo que hay demasiados de nosotros aquí desde que capturamos a esas muchachas alemanas.

—¡Muchachas alemanas! —exclamó Pendrake, deteniéndose al punto, con sus ojos entornados semejantes a cabezas de alfiler. Eso se refería indudablemente a las mujeres uniformadas que había visto en las calles. ¿Pero qué cisco era el que estaban armando aquellos moradores de la caverna por sí mismos?

Morrison proseguía, con tono incisivo:

—Gran Deforme y sus compinches se vuelven locos por las mujeres. Gran Deforme tiene cinco esposas, sin contar las dos que se suicidaron, y ha enviado fuera a otra expedición de secuestro. Cuando vuelvan… bueno, sólo busca una oportunidad para matar a todos los hombres decentes.

El cuadro aparecía más definido, más clara la imagen; los detalles que faltaban no tenían importancia fundamental. Pendrake, ceñudo y frío, visualizó mentalmente el cataclismo que había llevado el infierno al Jardín del Edén de la Luna. Aquellos estúpidos, Morrison y otros como él, pensó, estaban esperando como un rebaño de atemorizadas ovejas la matanza, y hasta canturreaban alegremente tonadas para pasar el tiempo. Abrió los labios para hablar… pero fue impedido por una voz que bramaba como un toro tras él.

—¿Qué es eso, Morrison? ¡El prisionero está lo bastante fuerte como para sentarse y no has informado! ¡Ea, extranjero, vámonos! ¡Voy a llevarte ante Gran Deforme!

Durante un momento, Pendrake se quedó tan inmóvil como un muerto. Finalmente le atravesó como un acero el pensamiento de que estaba demasiado enfermo, demasiado débil. La crisis había llegado demasiado pronto.

Sin embargo, estaba alerta cuando caminó por la calle del poblado. Ya era alentador el que pudiese andar. No se atrevía a intentar aún nada que implicase fuerza; debía sobrevivir unos cuantos «días» más… ganar tiempo para observar, correlacionar, y organizar a los atemorizados hombres «decentes» que, según

Morrison, estaban destinados a la matanza. Apenas lanzó una ojeada a las casas, y tampoco prendieron su pensamiento el abigarrado surtido de hombres andrajosamente vestidos y foscas mujeres alemanas uniformadas. Su mente, todo su ser, estaba concentrado en tratar de localizar los bastiones-clave de la ciudad.

Con súbita comprensión de la reglamentación de tipo militar del abastecimiento, observó que dos hombres de pieles azules y anchas narices chatas montaban guardia en un manantial que brotaba de un muro y borboteaba hasta perderse de vista en un agujero en el suelo. Había otros lugares custodiados también, particularmente cuatro grandes edificios, pero a simple vista no se mostraban las razones de su protección.

Pendrake siguió adelante algunos metros, y luego se detuvo, fijando su mirada. En casi el centro exacto del poblado, y semi-oculta por una arboleda, había una empalizada de troncos enlazados. Era muy elevada de un frente de cincuenta metros por quince de altura, con una puerta maciza en torno a la cual haraganeaban una docena de hombres provistos de lanzas, arcos y cuchillas. Aquella estructura parecía incongruente entre las casas de delicado halo y semejantes a conchas. Mas no cabía duda alguna de que en aquella monstruosa fortaleza residía la autoridad central de aquel mundo dentro de un mundo.

El pensamiento acabó cuando uno de los guardias, un individuo andrajoso que llevaba botas altas con espuelas y parecía una mala caricatura de un vaquero, preguntó:

—¿Llevando a ese tipo a ver a Gran Deforme, Troger?

—¡Sí! —respondió la voz de toro de la barbuda escolta de Pendrake—. ¡Creo que harás mejor en anunciarle!

—¿Qué hay de Morrison? ¿Ha de entrar también? —Preguntó un hombre de ojos oscuros, vestido con un lustroso y harapiento resto de lo que debió haber sido un traje negro de alguna especie. Pendrake sintió un sobresalto, mientras ágiles dedos hurgaban ávidamente sus bolsillos, al observar que aquel segundo guardia se parecía como un huevo a otro a un tahúr que había visto en una película del Oeste.

Pendrake sintió una súbita e intensa fascinación. A pesar de sí mismo, a pesar de su voluntad de no destinar ni una ojeada a nada

que pudiera confundirle, se fijó en los hombres. Habían sido como borrosa mancha en su visión; pero ahora aparecían como bajo un foco: hombres de todas las épocas del Oeste, un pasmoso surtido, hasta algunos que no parecían encajar en absoluto.

Mas Pendrake no sintió ni la sombra de una duda. Todos eran americanos de aquella región. Era como si se hubiese echado una red desde la Luna, prendiendo en ella hombres del período medio del desarrollo del oeste de los Estados Unidos; y luego, la captura había sido traída aquí y, al igual que aquel poblado inmortal, mantenida inmune contra los estragos del tiempo. Desde donde él se encontraba a la puerta de la empalizada, se hallaban visibles un centenar de hombres. Siete de ellos eran indios con taparrabos, de piel roja, alta estatura y plumas en el cabello, arco en mano y carcaj a la espalda. Encajaban. Como también los hombres toscamente vestidos, con camisas de cuello abierto y ceñidos pantalones, y los andrajosos vaqueros.

Morrison no encajaba absolutamente, aunque indudablemente debió haber tipos de escribientes como él en las ciudades del oeste. Había algunos hombres de corta estatura y de feo aspecto, y otros altos, magníficos y cetrinos, que tampoco encajaban; y otros de los semi-desnudos de piel azul y narices aplastadas. Una cosa parecía evidente. Quien quiera que fuese el que coleccionó aquel personal, debió haber echado mano de los tipos más duros que jamás produjera el antiguo e inflexible oeste.

Una manaza le asió por el cuello y le sacó física y mentalmente de su abstracción mental.

—¡Entra ahí! —conminó la voz de Troger.

La reacción de Pendrake fue automática. Si hubiese pensado, si no hubiera sido sacado tan bruscamente de sus oscuras especulaciones, se habría dominado a tiempo. Pero fue demasiado repentino el insulto de ser asido y empujado. Su respuesta fue tan violenta como involuntaria. Alzó un brazo, sus dedos cogieron la muñeca del ofensor, y durante un breve instante cada cansado nervio de su cuerpo insufló energía a sus músculos.

Hubo un rugido de dolor y luego un ruido sordo al describir Troger un salto mortal en el aire yendo a aterrizar a siete metros. Al instante se puso en pie, rugiendo:

—¡Te voy a sacar las tripas! No hay tipo que…

Se detuvo, fijando la mirada en alguien que estaba detrás de Pendrake, y todo su cuerpo se tornó rígido. Pendrake, tembloroso, por la náusea producida por su esfuerzo y desalentado por su estupidez en revelar lo fuerte que podía ser, se volvió aturdidamente.

Un individuo se hallaba en la puerta, y una ojeada bastaba para identificarle: Allá estaba Gran Deforme, la monstruosidad de Neanderthal. Era un hombre. Tenía una tosca configuración humana, una cabeza con ojos, nariz y boca. Pero allí terminaba toda semejanza física con cualquier ser humano. De una estatura de un metro sesenta y una anchura de pecho de casi un metro, sus brazos colgaban más abajo de sus rodillas. Su rostro era… bestial, con unos dientes salientes proyectándose de entre unos labios enormemente gruesos.

Se hallaba allí como alguna criatura surgida de una jungla primitiva, desnudo y peludo, excepto por una piel negra que pendía de una correa que le rodeaba el vientre. Estaba en postura relajada, y Pendrake tardó unos instantes en percibir que los ojos cerdosos de aquel ser le estaban examinando sagazmente. Cuando se percató, los enormes labios se abrieron y una voz gangosa dijo en inglés empero inconfundible:

—¡Llevadlo dentro! Le hablaré desde mi trono. Que entren también una cincuentena de hombres.

En el interior de la empalizada había un caserón reluciente, semejante a una concha, un riachuelo de agua borboteante, árboles frutales, un huerto de vegetales, y un estrado de madera en el cual había un enorme sillón de madera también.

Éste era el trono, y al ceñudo Pendrake resultó evidente que quienquiera que fuese el que había dado a Gran Deforme la idea de la realeza, no había tenido una idea muy definida del esplendor regio.

Pero Gran Deforme tomó asiento con gran desenvoltura, y dijo:

—¿Cuál es su apodo?

No era el momento de resistir, y Pendrake dio su nombre sosegadamente.

Gran Deforme giró en su sillón, y apuntó con un dedo velludo a

un hombre de ojos grises y elevada estatura, quien vestía una desteñida levita.

—¿Qué clase de apodo es ése, MacIntosh?

El interpelado se encogió de hombros, diciendo:

—Inglés.

—¡Oh! —Los cerdosos ojos se volvieron a Pendrake, mirándole especulativamente—. Será mejor que desembuche pronto extranjero.

El sonido nasal del habla hizo casi imposible a Pendrake comprender que estaba en un juicio. Era una valla física que tenía que obligar a franquear a su mente. Pero finalmente, con acrecentada conciencia de que estaba hablando en defensa de su vida, Pendrake comenzó su explicación. Acabó con prontitud, y girando sobre sus talones se encaró con el joven de delgado rostro que había sido su carcelero, diciendo con voz retumbante:

—Y Morrison, aquí presente, confirmará cada palabra. Dice que hablé en mi delirio sobre lo que me había pasado. ¿No es así, Morrison?

Pendrake clavó su mirada en el rostro del joven, y sintióse heladamente sardónico ante su petrificada expresión. Los ojos de Morrison se dilataron, y luego dijo tragando saliva:

—Sí, así es, Gran Deforme. Recordará que me dijo que escuchara, y esto es lo que dijo. Él…

—¡A callar! —espetó Gran Deforme, y Morrison se quedó mudo y como un globo deshinchado.

Pendrake no sintió pesar alguno en haber presionado a aquel cobarduelo. Vio que el monstruo le estaba estudiando intensamente, y había algo en la expresión… Pendrake olvidó a Morrison cuando Gran Deforme dijo con voz singularmente afable:

—¡Sacudidle un poco, muchachos. Me gustará saber cómo toma el castigo!

Al cabo de un minuto, dijo:

—Está bien, eso bastará.

Pendrake se puso en pie semi-atontado, y no estaba fingiendo. En la excitación del… juicio, había olvidado que era un hombre enfermo. Trémulo aún, oyó decir al hombre-bestia:

—Bueno, compañeros, ¿qué hemos de hacer con él?

—¡Matarlo! —fue el ronco grito coreado por varias gargantas—. Arrojarlo a la bestia-diablo. No hemos tenido un espectáculo hace mucho tiempo.

—Ésa no es una razón para matar a nadie—manifestó un hombre enjuto que estaba en la parte posterior del grupo—. Si esos tipos supieran el camino, habría un espectáculo cada semana, y no tardaríamos en ser muertos todos.

—Sí, Chris Devlin —gruñó otro de los circunstantes—. Y por eso es que tú lo serás uno de estos días.

—¡No tenéis más que empezar! —espetó a su vez Devlin—. Ya estamos esperando durante años.

—¡Basta ya! —ordenó imperativo Gran Deforme—. Que viva el extranjero. Puede quedarse durante algún tiempo con Morrison. Y escuche, Pendrake, quiero hablarle antes de que duerma otra vez. ¿Habéis oído, muchachos? Dejadle entrar cuando venga. Y ahora, ahuecad todos.

Pendrake se halló fuera de la empalizada casi antes de percatarse de que se le había concedido la vida.

16

Pendrake comió y durmió, y volvió a comer y a dormir.

Se despertó de su tercer sueño con la comprensión de que no debía demorar ya más su visita a Gran Deforme.

Pero se quedó tendido durante unos minutos. No es que su dormitorio fuese particularmente confortable. La rutilante luz de las paredes era demasiado constante para los ojos humanos que necesitaban oscuridad en el reposo. La cama, aunque blanda, era cóncava. También lo eran las dos butacas sin respaldo. La puerta que comunicaba con la habitación-contigua tenía una altura de setenta centímetros, como la entrada de un iglú.

Hubo un ruido como de arrastrar los pies, una cabeza asomó a través del umbral, y serpeó al interior un hombre flaco y largo, incorporándose luego. Pendrake tardó un momento en reconocer a Chris Devlin, el hombre que había objetado contra su muerte.

—Estoy siendo vigilado—dijo Devlin—. Así mi venida aquí le hace a usted sospechoso.

—Bueno—dijo Pendrake.

—¡Eh! —El hombre se le quedó mirando fijamente, y Pendrake le devolvió con frialdad la mirada. Devlin prosiguió lentamente—. ¡Veo que ha estado usted pensando en las cosas!

—Mucho—respondió Pendrake.

Devlin tomó asiento en una de las butacas cóncavas.

—Mire—dijo—, usted es un hombre que me gusta. Desearía hacerle una pregunta: ¿Fue un accidente la manera con que… trasteó usted a Troger?

—Podría hacer lo mismo con Gran Deforme—respondió lisa y llanamente Pendrake.

Vio que Devlin se impresionaba, y sonrió torcidamente ante la

eficacia de la psicología que había empleado… la de la deliberada positividad.

—Es harto deplorable—dijo Devlin—que un hombre de su espíritu sea un tanto romo. Nadie puede habérselas con Gran Deforme. Además, él evitará un ataque directo.

Pendrake replicó al punto:

—Lo importante es: ¿con cuántos hombres puede usted contar?

—Con un centenar. Doscientos más colaborarían si se atreviesen, pero prefieren esperar hasta que cambien las tornas. Lo cual deja a doscientos esbirros contra nosotros, y probablemente pueden aún constreñir a otro centenar a luchar por ellos.

—Con un centenar basta —dijo Pendrake—. El mundo está dirigido por pequeños grupos de hombres. Cinco decididos y doscientos mil embaucados derribaron el régimen zarista en una Rusia de ciento cincuenta millones de habitantes. Hitler asumió el gobierno de Alemania con un cuerpo relativamente pequeño de seguidores activos. Mas he aquí algún consejo, Devlin.

—¿Sí?

—Tome el manantial de agua. Tome los puestos que están custodiados, y manténgalos a toda costa. ¡Apodérese del ganado! —Pendrake hizo una pausa y dijo luego—. ¿Cuántas mujeres tiene usted, Devlin?

El interpelado se sobresaltó y cambió de color. Por fin respondió violentamente:

—Será mejor que dejemos a las mujeres al margen de esto, Pendrake. Nuestros hombres han estado tanto tiempo sin ellas que… hemos perdido todos nuestros seguidores.

—¿Cuántas mujeres? —insistió Pendrake.

Devlin le miró de hito en hito. Estaba pálido ahora, y su voz fue más acre al responder:

—Gran Deforme ha sido listo. Cuando capturamos a esas mujeres alemanas, nos dio dos esposas a cada uno de sus más decididos amigos.

—Diga a sus hombres que escojan la que prefieren y dejen a la otra mujer en paz. ¿Comprende? —dijo Pendrake.

—Pendrake—dijo Devlin poniéndose en pie y con voz gruesa—. Le prevengo, abandone ese tema. Es dinamita.

—¡Qué tonto es usted! —restalló Pendrake—¿Es que no ve que tienen que empezar como es debido? La mente humana tiene una tendencia a adoptar ciertas costumbres. Si éstas son erradas… y la manera como fueron entregadas las convierte en enseres, lo cuales de lo más equivocado… repito, si las costumbres son erradas, no puede uno comenzar sólo recomponiendo la mente. Hay que romper ese molde por la muerte, y comenzar con uno nuevo… —Se interrumpió—. Además, su pueblo no tiene otra alternativa. Todos están destinados al matadero, y esas mujeres designadas a mantenerles quietos hasta que se presente la debida oportunidad. Usted sabe eso, ¿no es así?

—Me parece que tiene usted razón —asintió Devlin con renuencia.

—Ya puede apostar a que la tengo—replicó fríamente Pendrake—. Y también voy a dejar aclarada mi posición: O bien este juego se hace a mi modo, o se juega sin mí—se levantó con rápido y deslizante movimiento, y acabó diciendo con voz áspera—, y compadezco a quienes intenten atacar a Gran Deforme sin estos músculos míos para mantenerlo distante. Bueno, ¿qué dice usted?

Devlin, en pie, miraba con el entrecejo fruncido al suelo. Por fin alzó la vista, con desvaída sonrisa en su rostro.

—Ganó usted, Pendrake. No prometo resultados, pero haré cuanto en mi mano esté. Nuestros muchachos son de buen fondo… y cuando menos saben que están tratando con alguien como es debido. Pero ahora haría usted mejor en ir a donde Gran Deforme. Grite fuerte si intenta algo.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que desea de mí?

—Ni por asomo—fue la respuesta.

Pendrake se hallaba ya a medio camino de la empalizada cuando pensó que aún no sabía cómo aquellos hombres del Viejo Oeste habían llegado a la Luna y que había olvidado preguntar a Devlin si los moradores de la caverna habían tenido el ingenio de establecer planes para protegerse de las represalias alemanas por sus pillajes.

¡Tan rápidamente había sido absorbido por el inmediato peligro, olvidándose del mayor y más remoto!

Fue admitido silenciosamente a atravesar la puerta de la empalizada. Pocos minutos después serpeó Gran Deforme de la de

su casa, y se incorporó.

—Ya tardó usted —gruñó.

—Soy un hombre enfermo—explicó Pendrake—, y esta gravedad lunar posibilita andar donde se estaría echado o de espaldas en la Tierra. La zurra que me propinaron sus hombres no me fue tampoco beneficiosa.

La respuesta del monstruo fue otro gruñido y Pendrake le miró cautamente. Se encontraban solós en el interior de la empalizada, y el efecto era de aislamiento del universo, una singular y vacua sensación de hallarse confinados en un universo sobrenatural.

Con cierto sobresalto reparó en que los ojillos de aquella criatura le estaban examinando penetrantemente. Gran Deforme quebró el silencio diciendo:

—Estoy aquí mucho tiempo, Pendrake, un tiempo muy largo. Cuando llegué era bastante obtuso—como esos otros tipos—pero como fuese, mi cerebro se desarrolló con los años, y ahora tengo el sentido de preocuparme sobre cosas en las que nunca pensé antes, como esos alemanes, por ejemplo.

Hizo una pausa mirando a Pendrake, como en espera de una respuesta. Pendrake vaciló y dijo por fin:

—Hará bien en preocuparse por ellos, y mucho además.

Gran Deforme movió un brazo semejante al de un mono, y encogió sus macizos hombros.

—Simplemente lo mencioné como ejemplo. Tengo mis planes establecidos para ellos. Lo que quiero decir, es que cuando usted me mire, piense en alguien que dispone de un cerebro con sentido semejante al suyo propio, y no repare nunca en el cuerpo. ¿Qué le parece, eh?

Pendrake parpadeó. ¡Era tan inesperada la invocación, tan extraordinaria en la imagen que presentaba de una mente sensible percatada de un cuerpo bestial, que a pesar suyo se sintió conmovido! Luego recordó las cinco esposas, y las otras dos que se habían suicidado, y dijo lentamente:

—¿Qué otras preocupaciones le han asaltado, Gran Deforme?

Al pronunciar las evasivas palabras le pareció que una chispa de desencanto fulguró en el peludo rostro de Gran Deforme, quien respondió:

—Estaba yo caminando por un sendero de la Tierra… y de repente me encontré aquí.

—¿Qué…?, jadeó Pendrake.

Incrédulo, su mente volvió a las palabras del hombre mono, y de nuevo experimentó una conmoción. Tardó un largo momento en percatarse de que se le había revelado el secreto de cómo aquellas gentes habían llegado a la Luna.

Gran Deforme estaba prosiguiendo:

—Lo mismo fue con los demás… por la manera como lo describen, iban por la misma senda. Eso me espanta, Pendrake.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Pendrake, frunciendo el entrecejo.

—Hay algo allá abajo en la Tierra, nada que se pueda ver, pero al fin se llega a una máquina. Pendrake, hemos conseguido como sea, interceptar esa máquina. No podemos vivir aquí, sin saber ni quién ni qué va por esa senda ni en la máquina.

—Comprendo lo que quiere decir —manifestó cavilosamente Pendrake.

Fue la serenidad de sus propias palabras lo que le chocó esta vez. Pues estaba con cada nervio tembloroso, y todo su cuerpo alternativamente frío y caliente. Una máquina—una máquina que transportaba objetos indemnes— enfocada en una senda del territorio del este de los Estados Unidos, una máquina mediante la cual podía trasladarse un ejército y atacar las fortalezas comunistas en la Luna, capturar un motor, un instrumento, todo…

Con sobresalto vio Pendrake que el neanderthalense tenía posada una penetrante mirada en él. Gran Deforme había estado sentado en el borde de la plataforma de madera en la que se hallaba el sillón del tronon, inclinóse ahora hacia adelante, y los enormes músculos de su pecho resaltaron como cabos de ancla.

—Extranjero—dijo, y sus palabras casi silbaron—, tome buena nota de que este paraje es territorio acotado. Nunca lograron bajar hasta aquí otras personas. El mundo se volvería loco si alguna vez descubriese que hay una ciudad en la Luna, en donde es posible vivir para siempre. ¿Comprende usted ahora por qué hemos logrado interceptar esa máquina y cortarnos del exterior? Hemos conseguido aquí abajo algo que la gente asesinaría por obtenerlo…

Espere —añadió con voz percutiente—, voy a mostrarle lo que les sucede a quienes sustentan cualquier otra clase de idea. Venga.

Pendrake le siguió por la calle, en derechura a campo abierto, dándose cuenta al cabo de unos momentos que se dirigían al risco.

Gran Deforme llegó primero, y apuntando abajo, dijo con voz ronca:

—Mire.

Pendrake se aproximó al borde de la sima cautamente y escudriñó el interior, recorriendo su mirada una pared que descendía casi verticalmente hasta un centenar de metros. En el fondo había maleza, y un claro herboso, y…

Pendrake jadeó. Luego se sintió mareado. Se tambaleó y dominó con un esfuerzo el vértigo… y volvió a mirar de nuevo, temblando.

La amarilla-verde-azul-roja bestia del fondo se hallaba agazapada sobre sus cuartos traseros. Parecía tan grande como un caballo. Tenía la cabeza inclinada a un lado y sus ojos fulguraban posados en los dos hombres. Los largos colmillos que sobresalían de sus mandíbulas confirmaron la inmediata identificación de Pendrake.

Se trataba de un maquerodo.

Lentamente la respiración de Pendrake volvió a la normalidad, y su percutiente corazón recuperó su ritmo pausado. Se le presentó el gran interrogante: ¿cuántos eones debió haber enfocado aquella máquina en aquella senda de la Tierra, para haber capturado tal monstruo prehistórico? ¿Y hace cuánto tiempo debió haber muerto la gente que construyera tal máquina y el poblado?

Otro pensamiento le asaltó, una idea inmensamente extraña e inquietante, realmente más bien un temor, una sensación una contracción de su carne, que un concepto. Era una esencia de primigenio recuerdo en él, que profería un grito de terror e incredulidad, como si cada célula clamase horrorizada: «Por amor de Dios, pensé que ya habíamos sobrevivido a esta pesadilla hace tiempo». Las células recordaban un antiguo enemigo y se encogían con pánico instintivo.

Pendrake se pasó la lengua por sus secos labios y esta vez tuvo una comprensión consciente: «Desde luego no ha pasado el peligro del mundo bestial. El hombre se halla en lucha para conquistar no

sólo a la bestia y al desorden de la Naturaleza, sino también a sus profundamente arraigados impulsos animales».

Pasó el pensamiento, y miró con ojos entornados a Gran Deforme, quien estaba de rodillas en el borde del abismo, a unos cuatro metros, y mirándole intensamente. Pendrake dijo quedamente:

—Debe haber sido alimentado. Debe haber sido mantenido con vida con un propósito.

Los ojos gris-azulados como la pizarra se clavaron en los suyos.

—Al principio —dijo Gran Deforme—, lo mantuve vivo por compañía. Acostumbraba a sentarme en el risco y gritarle. Luego, cuando vinieron los hombres azules con una manada de búfalos, se me ocurrió la idea de que acaso sería útil. Ahora me conoce ya. —Sobriamente acabó—. Tiene llena de hombres la tripa, y aún habrá más. Es mejor no ser uno de ellos, Pendrake.

Pendrake dijo con firmeza y lentamente:

—Estoy empezando a ver claro. Toda esta atención que me está prodigando—dijo usted algo sobre parar la máquina—, siendo yo el único hombre que jamás llegara aquí conocedor de algo sobre maquinaria… ¿Ando descaminado, Gran Deforme?

Gran Deforme se puso en pie, y Pendrake hizo lo mismo. Ambos se volvieron paso a paso del borde del risco, mirándose de hito en hito. Gran Deforme fue el primero en hablar:

—No es usted el primero, pero los otros no están ya por aquí. —Hizo una pausa—. Pendrake, voy a ofrecerle a usted la mitad de todo. Yo y usted seremos los amos aquí, eligiendo primero las mujeres y todas las cosas buenas. Usted sabe que no podemos dejar entrar al mundo en este lugar. No es posible. Viviremos aquí para siempre, y acaso si usted consigue poner en marcha a todas las máquinas de aquí, podemos hacer excursiones a coger lo que deseamos de cualquier parte.

—Gran Deforme, ¿ha oído usted hablar alguna vez de unas elecciones? —dijo Pendrake.

—¡Eh! —Los ojos cerdosos le miraron suspicazmente—. ¿Qué es eso?

Pendrake se lo explicó, y la peluda bestia le miró con asombro, restallando luego:

—¿Quiere usted decir que si a esos incapaces cerebros no les gusta la manera como dirijo las cosas pueden echarme?

—Eso es —confirmó Pendrake—. Y es de la única manera que me avendré.

—Al diablo con eso —fue la gruñona respuesta. Y en camino al poblado, Gran Deforme dijo con tono malhumorado—. Alguien me dijo que estuvo usted ha blando con Devlin. Usted… —Se interrumpió, como si su enojo hubiese sido cortado limpiamente con un bisturí. Al fijarse Pendrake con ojos entornados por el asombro en la transformación, una entre sonrisa y mueca se extendió sobre el rostro de mono—. No voy a enfurecerme —dijo— yo, que he vivido un millón de años y va a vivir otros tantos si juega como es debido sus cartas.

Pendrake quedó silencioso, consciente del hombre que le ojeaba. También se sentía sobresaltado, caviloso. En todos los sentidos, Gran Deforme se estaba mostrando como un «compañero» inmensamente peligroso.

—Tengo en mano todos los ases, Pendrake —la voz de Gran Deforme se proyectó suavemente a través de su breve abstracción —, y un *full* real en la manga. No puedo ser muerto a menos que me caiga sobre la cabeza una teja del tejado… —Alzó la vista y luego volvió a posarla en Pendrake, con sonrisa acentuada—. Ya le sucedió en una ocasión a otro.

Se detuvieron. Se encontraban en un pequeño valle bajo una extensión de árboles. El poblado estaba allende el borde de la colina. Mas por el momento no se oía sonido alguno de risas, ni murmullo de voces. Se hallaban solos en un raro universo, cara a cara hombre y semi-hombre.

Pendrake rompió la pausa.

—No voy a contar con que le suceda eso a usted.

Pendrake lanzó una risotada.

—Ahora se pone usted a tono —dijo—. Ya pensé que lo atraparía al vuelo. Escuche, Pendrake, usted no puede darme el mico, así que piense sobre lo que le he dicho. Entre tanto, quiero que me prometa que no se mezclará con nadie. ¿No es justo?

—Absolutamente —respondió Pendrake. No sentía remordimiento alguno por la rápida promesa. Resultaba claro que

había ido hasta el mismo borde del abismo en su oposición, y que no estaba aún preparado. Si había algo que los años de lucha habían enseñado a todo cuerdo ser humano en la Tierra, era que la muerte llega con facilidad a quienes combaten honradamente contra quienes no lo hacen.

Gran Deforme estaba prosiguiendo:

—Acaso podamos hasta trabajar juntos en un par de cosas, como esos alemanes. Tal vez hasta le deje ver esa máquina después del próximo sueño. Dígame…

—¿Sí? —Pendrake le miró cautelosamente.

—¿No dijo usted que aquellos prójimos que le capturaron, tenían prisionera a su esposa? ¿Qué le parecería si pasara un par de semanas conduciendo una expedición para rescatarla?

Pendrake sintió una oleada de esperanza. Mas al ver que los ojillos astutos del otro le estaban contemplando penetrantemente, su excitación se apagó como una bocanada de viento. Leonor había de ser rescatada, desde luego, pero no podía verse llevándola allá abajo hasta haber consolidado su posición con Devlin y los demás. No podía verse en absoluto en una expedición cuyo principal propósito sería el rapto en masa de mujeres.

El compromiso, más su propia desesperada necesidad, iban a aumentar las complicaciones.

17

—¡Es hora ya de levantarse!

El anuncio lo hacía Morrison al entrar la siguiente mañana en el dormitorio.

—¿Hora? —Pendrake fijó la mirada en el joven cenceño—. ¿No es aquí abajo todo el tiempo igual? ¿Por qué no había de quedarme acostado hasta que sienta hambre?

A su sorpresa, Morrison meneó la cabeza obstinadamente.

—Usted ha estado enfermo, pero eso ya pasó. Ahora tiene que acoplarse a la rutina. Así lo dice Gran Deforme.

Pendrake miró con atención el flaco rostro de su custodio. Lo que pensaba era que Morrison estaba siendo empleado para espiar sus actividades. Ya se le había ocurrido antes que aquel tipejo de aspecto de hortera era un lacayo de Gran Deforme, pero no estaba claro hasta qué punto esclavo. Pensó que su plan de pasar los días siguientes en una intensiva apreciación de todos y de todo en aquel país singular, podía muy bien comenzar allí mismo y al instante. No es que Morrison fuese peligroso como individuo, pues siempre sería incondicional de cualquier régimen que se instalara.

—Gran Deforme—respondió Morrison a su pregunta—lo tiene todo organizado. Doce horas para dormir cuatro para comer, y así sucesivamente… No se tiene obligación estricta de comer y dormir, desde luego, sino que se puede hacer lo que se desee una vez que se hayan rematado las ocho horas de trabajo cotidiano.

—¿Trabajo?

Morrison explicó:

—Hay en el servicio de guardia; las vacas han de ser ordeñadas dos veces por día. Luego el cuidado de los huertos, y matamos varios bueyes por semana. Todo es trabajo —apuntó vagamente a

algún sitio con la mano—. Los huertos se encuentran por allá tras algunos árboles, en dirección opuesta a la sima donde está la bestia… Gran Deforme desea saber qué puede hacer usted.

Pendrake sonrió torcidamente. Así, pues, el hombre-mono le estaba haciendo saber qué vida sería la suya si no era uno de los mandamases. No era el trabajo, sino la súbita imagen vívida del rígido sistema de una jerarquía de ley y orden que se aparecía tras él lo que resultaba inquietante. Pendrake frunció el entrecejo y finalmente dijo:

—Dígale a Gran Deforme que sé ordeñar, cultivar huertos, prestar servicio de guardia y un par de cosas más.

Pero no hubo órdenes de trabajo para él durante el día. Ni al siguiente. Andorreó por el poblado. Algunos hombres rechazaban su abordaje; otros se mostraban tan inquietos, que hablarles resultaba una faena desesperanzadora; otros aún, incluyendo quienes eran incondicionales del Gran Deforme, sentían curiosidad por la Tierra. Algunos de éstos tenían la idea de que él iba a ser uno de ellos.

En el curso de las conversaciones, Pendrake se enteró de historias de mineros, tahúres y vaqueros, y su cuadro compuesto se hizo más preciso. El grupo principal de ellos pertenecía a un período entre 1825 y 1875. Situó la senda donde fue enfocada la máquina de transporte, a unas veinte millas de una antigua colonia fronteriza llamada Ciudad del Cañón.

En la tercera mañana, Devlin serpeó al interior del dormitorio de Pendrake en el momento en que se estaba levantando.

—Me fijé en que Morrison iba a la empalizada y lo aproveché para colarme. Estamos ya dispuestos, Pendrake.

Pendrake dio un pequeño brinco en la cama, preguntándose ceñudamente lo que aquellos hombres en su completa inexperiencia de una guerra realmente planeada consideraban hallarse adecuadamente dispuestos. Escuchó, intentando imaginarse todo en escenas, mientras Devlin comenzaba:

—La idea central es apoderarse de la empalizada y obligar a la rendición. Los hombres no piensan en un gran derramamiento de sangre. Los detalles son…

Pendrake escuchó el pueril plan, sintiendo un gran hastío. Sus consejos habían sido ignorados por completo. El implacable ataque

por sorpresa que únicamente podía proporcionar una rápida victoria, sin efusión de sangre para el atacante, había sido suplantado por un vago proyecto de arrinconar al enemigo en la empalizada.

—Mire, Devlin—dijo finalmente—, durante dos días no he estado haciendo nada. Se pensaría que no tengo cuidados en el mundo. Sin embargo, mi mujer está en poder de la más condenada y criminal pandilla de bandidos que vivieron jamás en la Tierra. Mi país se encuentra en un peligro que ni siquiera sospecha. Además, hace tres días Gran Deforme me preguntó si me gustaría dirigir un ataque contra los alemanes, con la probabilidad de que ellos retienen aquí a mi esposa. ¿Por qué no me precipito, hallándome como estoy casi loco por la ansiedad? Porque la derrota es diez veces tan fácil como la victoria, y más definitiva. Porque toda la voluntad del mundo no basta si la estrategia es chapucera. En cuanto al derramamiento de sangre… Usted no parece percatarse de que está tratando con un hombre que no vacilará en ordenar una matanza general si su posición es amenazada alguna vez… Ni tampoco parece darse cuenta de cuán hábilmente está organizado este lugar. El aspecto exterior es engañoso. A menos que se dé usted prisa, tendrá a todos los hombres dudosos en contra, y lucharán con doble dureza para demostrar a Gran Deforme que estuvieron a su lado todo el tiempo… Así, pues, organicémonos para una batalla y no para un juego. Dígame, ¿qué hay en esos edificios custodiados?

—Armas de fuego en uno de ellos, lanzas, arcos y flechas en otro, y herramientas en un tercero… De todo cuanto llegó de la Tierra se apoderó Gran Deforme.

—¿Dónde está la munición para las armas de fuego?

—Sólo Gran Deforme lo sabe… Vaya, comienzo a ver lo que usted quiere decir. Si le da a él alguna vez por hacer funcionar esas armas… Hemos de capturarlas.

—Si la primera flecha disparada por cada hombre matara o dejase fuera de combate a uno de ellos—repuso Pendrake—, nuestra pequeña guerra estaría liquidada en diez minutos, pero…

Hubo un ruido en la puerta y entró a rastras Morrison, quien respiraba con dificultad como si hubiese dado una carrera.

—Gran Deforme —jadeó— quiere mostrarle a usted la máquina

de transporte. ¿Le digo que ya va?

No había nada que decir a esto, y Pendrake fue al instante.

La máquina de transporte se hallaba en el interior de una elevada empalizada de madera construida en el borde de un risco. Estaba fabricada de metal oscuro, casi parduzco, y su base era de metal sólido. Haciendo una pausa en la plataforma de madera que discurría en torno al borde superior de la empalizada, Pendrake frunció el entrecejo examinando la nada bella estructura que abajo estaba. A pesar de toda su voluntad, se sentía excitado, debido a que si podía hacerse con aquel maravilloso instrumento de trabajo podría enfocarlo a cualquier parte, por ejemplo al interior de la prisión en la que estaba Eleanor o dentro del cuartel general militar americano, o… ¡o si simplemente pudiera aprender cómo darle marcha atrás!

Trémulo, desechó la esperanza de su mente. Diez metros de longitud, calculó, por cuatro de altura y seis de anchura…, lo bastante grande como para ser cualquier cosa, excepto una locomotora. Siguió andando por la plataforma y se detuvo finalmente donde giraba hacia el mismo borde del precipicio. Le impresionó la distancia que abajo se extendía. Su cuerpo no sucumbía fácilmente al vértigo, pero no era necesario correr el riesgo simplemente para echar un vistazo al morro de la máquina.

Se volvió y se encaró con Gran Deforme, quien había permanecido sentado, contemplándole con ojos inexpresivos.

—¿Cómo se entra en la empalizada? —preguntó Pendrake.

—Hay una puerta al otro lado.

La había. Cerrada. Gran Deforme hurgó en la piel sujeta a su voluminoso vientre y sacó una llave. Al penetrar a través de la pesada puerta, Pendrake extendió su mano.

—¿Qué le parece si me diese la llave? No creo que pudiera escalar estos muros si sucediera que quedase dentro.

Habló deliberadamente. Había pensado mucho y detenidamente sobre cuál había de ser su política mano a mano con Gran Deforme, y le parecía que una abierta desconfianza expresada sin rencor era lo psicológicamente correcto.

Este lugar no es para usted—respondió Gran Deforme con una mueca—. Lo construí sólido y elevado para que nadie o nada

pudiera venir de la Tierra y me cogiera por sorpresa.

—Sin embargo—insistió Pendrake—, no sería capaz de concentrarme debidamente teniendo la sensación de que acaso…

—Mire—gruñó Gran Deforme—, acaso querría usted encerrarme a mí.

Pendrake apuntó con la mano en una dirección, diciendo:

—¿Ve usted aquella colina a un centenar de metros?

—Sí.

—Tire la llave hacia allí.

Gran Deforme le miró foscamente y barbotó:

—¡Ni por pienso! Supóngase que hubiese alguien por allá para recogerla y nos encerrase a los dos… Luego me atravesarían con una flecha y le dejarían salir a usted.

A pesar de su tensión, Pendrake sonrió.

—Me aventaja usted —confesó. Finalmente frunció el entrecejo. No era que tuviese realmente miedo de Gran Deforme en aquella fase. El hombre-mono no tuvo por qué emplear malas artes hasta ahora. Y pudiera ser una buena idea, ya que había formulado él su protesta, dejar que ganara aquella bestia. No demasiado rápidamente, sin embargo—. ¿No dejó que nadie entrase aquí? —preguntó.

—Pues sí —respondió tras un momento de vacilación Gran Deforme—. Dos tipos de aspecto raro, vestidos por completo de metal. Tenían una condenada arma muy rara, con toda especie de finos cables en ella, y que brillaba con una luz azul. Me quedó una cicatriz en el hombro cuando me quemaron con ella.

Me espantó que incendiaran la empalizada, pero creo que aquella llama no obraba sobre la madera. —Susiró roncamente con acento de pesar—. Me habría gustado tener aquella arma. Pero se la llevaron consiga cuando saltaron sobre el risco… Esto sucedió hace mucho tiempo, quizás a mediados de hallarme yo aquí.

¡Seres humanos con armas térmicas y trajes metálicos, hacía quinientos años…, encerrados con la máquina durante semanas! Trató de imaginárselos en aquel atalayante horror de jaula, con un ser semejante a un mono mirándoles desde arriba. La imagen se hizo tan vívida que por un momento pudo casi ver a los hombres tambaleándose de sed y hambre y extravío mental, y dando el salto

a la compasiva muerte de la sima.

La vastedad del tiempo transcurrido—y un afluente pensamiento — se hizo enorme. Por fin dijo aburridamente:

—Debe ser usted un zoquete, Gran Deforme: Si hombres que podían construir y manejar armas como ésa no lograban dar contramarcha a la máquina, ¿cómo espera que lo haga yo? En su desesperación, ellos debieron haberlo intentado todo.

—¡Uf! —exclamó Gran Deforme, maldiciendo luego al comprender la derrota que allá se contenía.

—De todos modos, voy a echar un vistazo—dijo Pendrake.

La máquina, extensión de pulido metal con una profunda indentación donde funcionaba, se asentaba inerte en la roca. Pendrake fue a ella sin mucha esperanza. Vio que la pared activa estaba atravesada por millones de minúsculos agujeros del tamaño de la cabeza de un alfiler. Al tacto era ligeramente caliente. No tenía ningún botón, cuadrante o palancas.

Estaba examinándola con curiosidad por todas partes cuando se percató de que comprendía ya cómo funcionaba la máquina. Fue un conocimiento tan instantáneo, pero tan naturalmente producido, que era como si lo hubiese sabido de siempre.

Espacio, tiempo y materia eran productos de movimientos caóticos que por accidente habían producido el universo en su estado actual. La ciencia era un intento fragmentario para poner orden en unos cuantos de esos movimientos accidentales.

Esta máquina rectificaba todo lo que a ellos respectara, allá donde se encontrase y dondequiera que se la conectara. Su misma forma, incluyendo la sumida hendidura, era una condición de puro y perfecto orden en contraposición al desorden. Debido a que eliminaba totalmente las distorsiones de la conglomeración accidental, no tenía sólo un propósito, sino que podía ser transformada (según sobre qué se la conectara) para cualquier designio energético.

No era realmente un transmisor de materia entre la Luna y la Tierra. En un espacio ordenado, esta pequeña área en el interior de la Luna pertenecía primero a la pequeña área de tierra junto con las personas y los animales que habían estado viajando cuando fueron precipitados a una región de vida eterna.

Puesto que en la perfecta naturaleza las ondas de energía seguían ritmos exactos y verificaban su inversión a intervalos precisos, los dos espacios no estaban siempre conectados. El ritmo, tal como Pendrake lo percibía con cabal comprensión, consistía en aproximadamente diez minutos de flujo de la Tierra a la Luna, seguidos por un poco más de ocho horas de ajuste, tras lo cual se repetía el ciclo, comenzando otra vez con diez minutos de flujo de la Tierra a la Luna.

Era sólo durante el período de flujo que se podía cruzar como si no existiera la distancia y, según la dirección del mismo, ir a la Tierra o trasladarse de ésta a la Luna.

Percibió que habían pasado ya varias horas de ajuste y que debían transcurrir varias más antes de que el siguiente flujo de la Luna a la Tierra permitiera automáticamente trasladarse a ésta a cualquiera que se metiera bajo la hendidura.

Todo esto no era más que una pequeña función de la máquina. La mayoría de las otras funciones requerían un catalizador específico para que tuviera lugar cada proceso.

Pendrake se volvió, saliendo de la «guarida» de la máquina, no cabiéndole duda alguna de que habría de decir a Gran Deforme que sabía cómo ponerla en funcionamiento. Tenía categoría con este hombre únicamente si le era útil. Así, dijo sosegadamente:

—Ya he descifrado cómo opera esa máquina. Puedo ir a la Tierra, o enviar a alguien a ella, si dispongo de tiempo para preparar… Probablemente necesitaré un día entero para organizar la cosa.

El neanderthalense le dirigió una hosca y recelosa mirada.

—Usted mismo dijo que cómo podría dar con su manejo. Si aquellos hombres con su arma térmica no pudieron…

Pendrake se encogió de hombros respondiendo:

—Quizás eran sólo gente corriente de su civilización que podía emplear las cosas ignorando cómo funcioban.

El monstruo no era fácil de convencer, y a su vez repuso:

—Yo y los demás vinimos sin preparativos. ¿Por qué ha de llevarle a usted tiempo el hacer que esté lista la máquina?

Era una pregunta acertada, pero si Gran Deforme descubría alguna vez la respuesta no necesitaría de Pendrake.

—Por eso es que están tan pocos de ustedes aquí —respondió—. Si también lo desea, dispondré la máquina de manera que pueda recoger a cada persona que pase por aquella senda.

Era una mentira, pero como indudablemente se trataba de la última cosa que Gran Deforme desearía, resultaba un ofrecimiento sin riesgo alguno.

Gran Deforme mostróse alarmado, diciendo:

—Usted no va a aproximarse a este lugar de nuevo.

Pendrake vaciló y luego cambió de tema, preguntando:

—¿Escapó alguien alguna vez de aquí?

Hubo una larga pausa y luego Gran Deforme admitió con semblante ceñudo:

—Un individuo. Pero hace cien años. Lambton era su apodo. Era un ingeniero inspector de ferrocarriles del Oeste, según dijo. ¡Qué labia tenía! Hablaba tan bien que le dejé echar un vistazo a las máquinas. Huyó volando en una. Puede usted suponer que cerré este túnel pero estuve inquieto durante mucho tiempo. Finalmente me figuré que no había podido llevar la máquina a la Tierra y comencé a sentirme mejor.

Pendrake escuchó sólo vagamente los últimos comentarios, pues a la sola mención de Lambton cobraba sentido y se definía de súbito toda la informe amalgama de acontecimiento que le envolvía como un chapucero remiendo. Un pequeño artefacto—la máquina—de una antigua civilización lunar había logrado llegar a la Tierra. Al parecer, aquel primer Lambton no había hecho nada con ella. Pero no hacía muchos años el hijo o el nieto del hombre que conoció Gran Deforme había interesado evidentemente a un grupo de idealistas científicos, hombres de negocios y profesionales en la máquina como medio de colonizar pacíficamente los planetas. Había de ser explicado dónde estuvo la máquina durante todos aquellos años desde que fuera sacada de la Luna. Mas una cosa aparecía tenebrosamente clara. Un gran porcentaje del grupo que había estado asociado a ello estaban ahora asesinados o en prisión, y los supervivientes albergaban probablemente más cordura sobre la gravedad del problema de llevar la paz a un planeta habitado por gente hostil. Y en verdad que todo ello resultaba un enredo, puesto que la mayoría de los idealistas eran seres también sumamente

coléricos.

Juzgó que la civilización evolucionaría a su consabido lento paso, y que hasta sus componentes más conspicuos, ilustrados y bienintencionados, no podrían acelerar aquel paso, excepto quizás infinitesimalmente.

Pendrake apuntó con mucha diplomacia:

—¿Mencionó usted que había otras máquinas…? —Dejó la pregunta en suspenso.

La respuesta fue un semblante ceñudo y un tajante:

—¡No va usted a ver ninguna otra máquina hasta que hagamos un trato! ¡Y si acaso se figura que dispone de mucho tiempo para andar por ahí conspirando con Devlin para derribarme de mi percha…, esta última expedición va a salir mañana en busca de algunas mujeres! Ni siquiera espero a la otra para volver.

Pendrake quedó silencioso. Teniendo tanto conocimiento como ahora tenía, se hallaba singularmente impotente para actuar. El próximo flujo de energía de la Luna a la Tierra no se produciría hasta dentro de algunas horas.

Y no disponía de ninguno de los catalizadores para estimular aquellas funciones igualmente potentes de la máquina.

Gran Deforme estaba continuando:

—No voy a enviarla hasta que la otra vuelva, pero ya es hora de que comencemos a demoler las cuevas entre nosotros y los alemanes. Usted puede ir o no, como le convenga, pero será mejor que se decida rápidamente. ¡Ea, vámonos ya, volvamos a la ciudad!

Mientras caminaban, ambos permanecieron callados. La mente de Pendrake hervía. Así, pues, Gran Deforme estaba forzando a resultados, sin aventurarse. Examinó de soslayo a aquella criatura que andaba como un pato, intentando leer en su pesado y brutal continente algo del propósito que albergaba. Pero la impasibilidad era el estado natural de su estructura facial. Sólo su implacable fuerza física hacía resaltar, a cada movimiento, cada nudoso músculo.

—¿Cómo suben ustedes a la superficie? —preguntó finalmente Pendrake—. No hay aire ni calor arriba, ¿no es así? —Y antes de que Gran Deforme pudiese hablar añadió—: ¿Qué clase de alojamientos se han construido los alemanes?

Transcurrió lentamente un minuto. Comenzaba a parecer como si el hombre-mono no quisiera responder. Pero bruscamente gruñó:

—Son los pasajes iluminados que están calientes y reciben aire. Toda una serie de ellos va directamente a la superficie, algunos de ellos muy bien camuflados por puertas que parecen roca o lodo. Así es cómo chasqueamos a los alemanes hasta ahora. Salimos precipitadamente de una nueva puerta y…

Un grito interrumpió sus palabras. Un hombre apareció sobre la colina próxima y corrió hacia ellos. Pendrake lo reconoció como el pegote de Gran Deforme. El tipo llegó y con respiración entrecortada dijo:

—Llegan ya con las mujeres. Los hombres se van a volver salvajes.

—¡Ya se andarán con cuidado, ya! —gruñó Gran Deforme—. Ya saben lo que les toca si ponen la mano sobre cualquiera de ellas antes de que yo las haya revisado.

18

Había unas treinta mujeres arracimadas en terreno abierto ante la empalizada del hombre-mono. El variopinto tropel de hombres se apretujaba en torno a ellas lanzando alaridos cuando Gran Deforme y Pendrake aparecieron. Anhelantes voces lujuriosas chillaban ofertas y contraofertas.

—Yo sólo poseo una mujer; tengo derecho a otra.

—¡Me toca a mí!

—¡Gran Deforme, debes…!

—¡Yo he merecido…!

—¡A callar!

El silencio fue instantáneo y casi ensordecedor, siendo roto finalmente por un hombre de cuello de toro que fue adonde Gran Deforme estaba y dijo:

—Me parece que ésta es la última expedición en busca de mujeres, amo. Esos obtusos alemanes estaban preparados para recibirnos, y parece ser que han explorado todos los accesos de la caverna a su establecimiento. Nos siguieron como una jauría de sabuesos y sólo logramos escapar obstruyendo el atajo que está…

—Ya lo conozco. ¿Cuántos de los nuestros murieron?

—Veintisiete.

Gran Deforme quedó silencioso durante un largo momento con el entrecejo fruncido. Luego dijo:

—Bien, veamos la captura. Yo voy a tomar una mujer para mí, y…

—¡*Jim*!

Pendrake había estado escuchando torvamente la conversación, mas ante aquella exclamación clamorosa giró en redondo y quedóse mirando con fija intensidad a una mujer joven y ágil que corría tras

él, repitiendo su grito a medida que corría, hasta precipitarse en los brazos que la rodearon, permaneciendo semidesmayada contra el pecho del varón.

Pendrake miró ahora por encima de la floja cabeza al rostro de Gran Deforme, en el cual había una sonriente mueca.

—¿Es alguien a quien usted conoce? —dijo el monstruo.

—¡Es mi esposa! —respondió vehemente Pendrake, sintiendo una terrible sensación de decaimiento. Miró en derredor buscando a Devlin, pero éste no parecía hallarse entre la caterva. Tragando saliva, miró enfrente de nuevo.

La burlona sonrisa de Gran Deforme era tan amplia ahora, que mostraba hasta las encías, a la par que dijo socarronamente:

—Mi juego es que la tome usted, Pendrake. Tenga la sensación de haberla recuperado, y luego, acaso en una semana…, ¡eh!, podremos hablar.

Era un aplazamiento de sentencia. Durante dos días Pendrake sintió un desesperado e irritado alivio. Alivio porque se le había concedido un poco de tiempo. Enojo e ira porque no podía hacer virtualmente nada para impedir la degradación de las demás mujeres. Dijo a uno de los jefes subalternos de Devlin que esparciera el rumor de que quienquiera que tomase una de las nuevas mujeres sufriría graves consecuencias. Mas ello sirvió para aumentar su desesperación, pues el rumor, para tener efectividad, había de incluir su nombre como venganza individual. Suponía ansiosamente que la historia llegaría a oídos de Gran Deforme, y este torvo personaje estimaría muy justamente que Pendrake estaba amenazando su autoridad.

Pendrake mantuvo cerradas todas sus puertas durante el período de sueño. Y Leonor y él hablaron hasta muy tarde cada «noche». Al principio ella se mostró muy dramática.

—Puedes estar seguro —dijo con orgullo— que me mataré si esa criatura o cualquier otra de acá que no seas tú intenta alguna vez tocarme siquiera. A ti sólo pertenezco.

Era una mujer hablando a su marido, y Pendrake escuchó sus palabras inquieto, pues tampoco tenía ninguna solución.

El tercer día vino a verle Devlin, quien fijando la mirada en él, y con melancólica expresión en el rostro dijo:

—Bien, ahora ya puede usted sentir en su propio interior lo que puede significar enfrentarse a Gran Deforme. ¿Hemos de cancelar el feudo y cantar la palinodia por Su Majestad?

Pendrake movió la cabeza.

—He estado pensando —dijo lentamente— en que hay un medio por el cual podemos dividir este lugar en zonas, una de ellas controlada por nosotros, y otra que dejamos a Gran Deforme y sus secuaces.

Inclinó la cabeza hacia la puerta y ambos salieron Conduciendo Pendrake, subieron a una prominencia cercana, desde la que señaló la vista de abajo: el resto de la ciudad, los prados y el magnífico valle más allá.

—Hay varios manantiales. Si podemos tomarlos en aquel lado—lo apuntó—, estaremos siempre en disposición, en caso de emergencia, de retroceder a las cuevas, escapar hacia la superficie y establecer contacto con los alemanes como última defensa…

Dejó inacabada la frase. Los alemanes no les ofrecían en absoluto un buen puerto, desde luego, pero aquellos hombres comprenderían fácilmente lo desalmados que eran.

—¡Por los cielos! —manifestó Devlin—, quizás ha tenido usted un pensamiento… —Se detuvo y añadió luego—: Pero está usted mudando de tono. Ya no se trata de una lucha hasta el fin.

—Si conseguimos la mitad—admitió Pendrake.

Devlin movió la cabeza reflexivamente con gesto de asentimiento a la par que decía:

—La mitad del ganado, la mitad de las armas…

—Instauraremos una democracia en nuestra mitad —dijo Pendrake—y lucharemos por defenderla, pero no cruzaremos la frontera. Después comprenderán la idea.

Quedóse unos momentos silencioso Devlin y luego preguntó repentinamente:

—¿Cómo va a hacerlo usted?

—Dígaselo a los suyos de más confianza. Actuaremos antes de que acabe la semana. No queda otra alternativa.

Devlin tendió la mano, que Pendrake estrechó, y ambos se separaron, yendo el primero por un lado de la prominencia y el segundo por el otro. Al llegar Pendrake a su casa vio que por breve

que hubiese sido su ausencia tenía un visitante.

Era Gran Deforme, quien se hallaba en pie al exterior del bajo umbral de la puerta. El monstruo le sonrió a su complaciente manera y dijo:

—Me pareció que debía ofrecerle mis respetos y acaso tener otra charla más con usted…

Pendrake le miró con precavida consideración, pensando que jamás antes se había enfrentado en su vida con un adversario tan peligroso e inteligente a la par. No dudaba de que iba a recibir una última advertencia.

—Pendrake, estoy aprendiendo sobre mujeres.

Pendrake se enderezó. El monstruo le miró con fijeza, súbitamente serio, y dijo:

—Tengo la impresión de que le molesta a usted que tenga yo esas mujeres.

Era una suave exposición. Pendrake se reservó lo que fuese que pensara sobre ello y respondió:

—Yo soy de donde una mujer escoge al hombre con el que se casa.

Gran Deforme frunció los labios y alzó una mano como rechazando el argumento.

—Vamos, vamos—dijo—, usted bien sabe que yo no obtendría jamás una por elección. Esas hembras antes escogerían a un inútil como Miller que a un monstruo como yo. ¿No es así?

Pendrake convino en que así era en efecto. Mas le pareció que no podía discutir objetivamente este tema. Tenía demasiada emoción ligada a la relación varón-hembra. Le asombraba percatarse de cuán fuerte era el sentimiento, pero no varió su actitud tirante y hostil.

—Pendrake…, ¿sabe algo? Tres de esas damas están comenzando a pelearse por mí. ¿Qué diablos hacer? —Gran Deforme movió su horrible cabeza, perplejo, pero evidentemente complacido—. Las mujeres no están hechas lo mismo que los hombres, Pendrake. Cuando por primera vez las escogí, de haberme usted preguntado, yo le hubiese jurado sobre un montón de Biblias que ni una me comprendería. Pero yo fui listo. Nada de besos. Yo lo comprendía… Quería arrimarme, créame, pero me figuraba a una

mujer viendo mi cara acercarse a la suya… Bueno, ya sabe, dos de ellas se suicidaron, lo cual me produjo una conmoción. No deseé que eso volviera a suceder, por lo que no hubo más besos.

—¿Qué hay de las otras tres mujeres?

Gran Deforme puso mal gesto. Sentóse sobre sus caderas por espacio por lo menos de un minuto, desapareciendo de él toda expresión de afabilidad. Apagóse el brillo de sus ojos y se relajó visiblemente.

—Cosas como ésa necesitan tiempo —explicó cuidadosamente—. Le voy a decir lo que estoy aprendiendo sobre mujeres. La manera como me lo figuro es que una mujer ha de tener algún hombre. Si no puede tener uno bueno, tomará uno malo. Si no puede tener uno apuesto, tomará uno feo. La naturaleza la hizo de ese modo, y ella no puede evitarlo. En muchos casos puede pensar tan bien como un hombre, pero no sobre esto…

Esas otras tres mujeres… ¿quiere saber cómo las manejo? En primer lugar hago que aprendan inglés. Cojo a un tipo aquí que hable alemán y lo empleo como intérprete. Hago que les diga que han de quedarse a vivir aquí para siempre. Eso les hace pensar. Al mismo tiempo hago que les informe de que yo soy el amo en este lugar. Las mujeres gustan de estar con el amo. Luego, en cuanto han aprendido algunas palabras, les inculco la idea de que soy un individuo sumamente amable, siempre que alguien no se me oponga. Le digo a usted, Pendrake, que da resultado. Bueno, ¿qué opina usted?

Era una oferta de amistad. Aquel semianimal deseaba realmente el concurso de la buena voluntad de su adversario potencial. Pendrake movió la cabeza finalmente.

—Gran Deforme—dijo—, ponga en libertad a todas esas seis mujeres. Ordene a sus secuaces que hagan lo mismo con las suyas. Si tres de esas mujeres de usted se pelean realmente por su persona, una de ellas se quedará a su lado como esposa permanente. Si son libertadas todas las mujeres, predigo que los hombres pueden comenzar a cortejarlas, y que se sorprenderán de hallar que en cuanto las mujeres se sobrepongan a la conmoción inicial de encontrarse aquí, todas considerarán a los hombres del lugar como presuntos maridos… y no pasará mucho tiempo antes de que se

celebren matrimonios.

—¿Es eso todo cuanto tiene usted que decir? —dijo el neanderthalense levantándose y con mirada hosca.

—En su corazón sabe que estoy diciendo la verdad —respondió Pendrake con firmeza.

—Está usted creándose un trastorno—fue la seca réplica—. Yo no voy a tener una mujer, y además gobierno esta ciudad.

Pendrake no repuso nada, quedándose donde estaba, mientras que Gran Deforme le lanzaba otra hosca mirada y girando se fue gruñendo con su andar de pato.

Pendrake se agazapó y penetró en la casa, hallando al otro lado de la puerta a Leonor en ansiosa espera.

—¿Qué es lo que crees que va a hacer? —preguntó.

—No lo sé—confesó Pendrake moviendo la cabeza.

Pero la sensación de vacío que sentía en la boca del estómago le decía que la suerte estaba echada.

19

Devlin informó al día siguiente de haber hablado con cuatro de sus subjefes, los cuales opinaron asimismo que debía ser forzada la solución. Se mostraron complacidos —así lo dijo Devlin—, con el plan de compromiso. Aprobaron la idea de las dos comunidades. Al oírlo, Pendrake pensó que los hombres se mostraban contentos probablemente por una errada razón: debido a debilidad más bien que a fuerza. Pero lo importante era que hubiesen aceptado ya la idea. Se dio cuenta de hallarse también él satisfecho de que acaso pudiera ser evitada la guerra total.

El plan que convinieron él y Devlin era sencillo. Se apoderarían de la mitad de los manantiales, y los vaqueros que eran adictos a Devlin llevarían la mitad de la manada a las cuevas. Se apoderarían de dos de las cuatro empalizadas, una conteniendo arcos y flechas, y otra armas de fuego, lo cual dejaría la munición escondida e indudablemente unos cuantos fusiles y revólveres en posesión de Gran Deforme. Pendrake percibió que tal pequeña cantidad de armas de fuego podía ser equilibrada con granizadas de flechas, particularmente en el recinto cerrado de la propia ciudad.

Se apostarían guardias en los puntos clave, y mantenidos en alerta grupos de hombres dispuestos a correr en su ayuda, en caso de ser atacado alguno de aquellos puntos. Devlin convino en que era el mejor plan, pero sudó abundantemente al admitirlo, diciendo:

—Es el lío más gordo en el que jamás me metí, pero lo tendré todo preparado y los hombres destinados en uno o dos días, y se lo comunicaré a usted.

Con lo cual se marchó.

Pasó el día siguiente sin noticia alguna.

La mañana posterior llamó a la puerta Morrison quien anunció:

«Gran Deforme dice que la mitad de cada grupo ha de ir a la plaza frente a la empalizada. Me encarga que le comunique a usted que desea este alto y que sabe que algo se trama, y quiere adelantarse haciendo la paz antes de que haya cualquier combate. Las mujeres han de ir lo mismo que los hombres. La reunión será a la una».

Pendrake, con Leonor del brazo, se dirigió a la «reunión». Se sentía inquieto, y al aproximarse experimentó alivio al ver que se aproximaba cierto número de hombres de Devlin con sus mujeres. Llevó aparte a un subjefe de Devlin y le dijo:

—Comunique a Devlin que reúna sus fuerzas y esté al tanto.

—Devlin lo está haciendo ya —respondió el hombre—, por lo que creo que las cosas están en orden.

Pendrake se sintió más aliviado aún, pues aquello significaba que se estaba haciendo todo lo posible. Por primera vez le cruzó el pensamiento que quizás ello serviría, en medio de todo, evitando un derramamiento de sangre.

La gente se aglomeraba frente a la empalizada hasta congregarse más de doscientos hombres y casi trescientas mujeres. La mayor parte de las muchachas alemanas era de buen aspecto. No cabía duda de que aquella pandilla de colonos del Antiguo Oeste había adquirido una rara colección de atractivas mujeres, que con tales premios en juego iban todos muy en serio y que el plan de paz de Gran Deforme habría de ser bueno para proporcionar a cada cual una sensación de seguridad.

Hubo un movimiento cerca de la entrada de la empalizada. Abrióse su gran puerta y un momento después apareció bamboleándose el neanderthalense. El semihombre subió a un pequeño estrado y miró en derredor, fijando la vista en Pendrake, y apuntándole con un dedo bramó:

—¡Eh, usted, Pendrake!

Debía haber sido una señal, pues hubo un grito de Leonor:

—¡Jim…, ten cuidado!

Casi en el mismo instante, Pendrake notó que algo duro chocaba con su cabeza y se sintió caer.

Se tendió la oscuridad… Al volver en sí, Devlin se hallaba inclinándose ansioso sobre él. La mayor parte de la gente que antes llenaba la plaza se había ido. Devlin se lamentó diciendo:

—Fuimos tontos. Se apoderó de su mujer y la llevó dentro. Creo que supone que usted es el jefe de una rebelión y que si puede pararle los pies conseguiría detenernos también a los demás. —Y añadió con aire abochornado—: Y quizá lo pueda.

Pendrake se incorporó lanzando un gemido. Luego se puso en pie y restalló rabioso:

—¿Cuánto tiempo tardará en comenzar el ataque?

Devlin sacó un silbato.

—Silbaré dos veces con esto —dijo— y en cinco minutos comenzaremos.

—Ya. —Pendrake se estaba recobrando rápidamente. Tenía los ojos entornados calculando.

—Toque el silbato —dijo luego— tan pronto como se encuentre en el interior de la empalizada.

Devlin tragó saliva y desapareció algo de color de sus mejillas.

—Creo que ya está —murmuró. Sacó una navaja de un bolsillo interior—. Tenga, tome esto.

Pendrake tomó la navaja y la deslizó en su bolsillo.

—¿Cómo logrará entrar? —preguntó Devlin.

—No se preocupe por eso—respondió Pendrake por encima del hombro, diciendo luego a los guardias—. Digan a Gran Deforme que estoy dispuesto a tratar del asunto.

Gran Deforme salió corriendo de la casa del interior de la empalizada.

—Ya supuse que se avendría a razones —dijo, dando luego un respingo cuando la navaja de Pendrake penetró varios centímetros en su enorme pecho. Arrancó de su carne el sangriento objeto y lo arrojó con una mueca al suelo.

—Irá a la fosa de la bestia por esto—bramó—. Le voy a atar y…

Se adelantó y a Pendrake le recorrió un escalofrío la espalda. El monstruo tenía la cabeza baja y extendidos sus animalescos brazos. Su fuerza anormal se mostraba en todo su espantoso poder. Viéndole abalanzarse hacia él, a Pendrake le aturdió la idea de que ningún hombre nacido en los últimos cien mil años podría comenzar a tener la sobrehumana fortaleza necesaria para derrotar a aquella titánica bestia peluda.

Pendrake retrocedió cautelosamente. Desapareció su primer

horror al musculoso coloso que iba andando pesadamente hacia él. Pero la convicción de que debía esperar una contingencia favorable era un acuciante apremio que recorría sus nervios, una aguda y constante emoción sin par con cualquier otra que hubiese experimentado jamás. Sin avergonzarse por su renuencia, aunque desesperado por la necesidad de apresurarse, esperó el ataque que habían de lanzar Devlin y sus hombres…, cualquier cosa que distrajera la atención del monstruo.

Al producirse el ataque con brusco rugido de voces humanas, Pendrake se abalanzó en derechura al peludo hombre-mono. Un brazo osuno se tendió para asirle. Lo desvió de un golpe y aprovechó la oportunidad de un fugaz segundo para asestar un puñetazo contra la mandíbula del monstruo, rompiéndose casi la mano. Aun ello hubiese estado bien, de haber logrado su propósito. Mas no fue así. El monstruo, en vez de titubear por aquel instante de respiro con que había contado Pendrake, embistió y sus brazos se cerraron como gruesos cables en torno a los hombros de Pendrake.

El neanderthalense berreó su triunfo. Al efectuar su terrible estrujón el monstruo, Pendrake logró soltar sus aprisionados brazos, metió dos dedos en los cerdosos ojos de Gran Deforme, apretó fuerte… y arrancó su cuerpo del mortal apretón.

Ahora le tocó a él gritar con la salvaje alegría de un hombre en lo álgido de la batalla.

—¡Está vencido, Gran Deforme! ¡Se acabó! Usted…

Con un rugido, el hombre-mono brincó hacia él. Riendo estridentemente, Pendrake retrocedió. Se dio cuenta demasiado tarde del estrado del trono directamente tras él. Su retirada, facilitada por la gravedad de la Luna, fue demasiado rápida para un alto súbito. Y cayó estrepitosamente de espaldas sobre el estrado.

De haber estado en pie podría haber vencido; en aquella prueba de fuerza no había sido aventajado por completo. Pero el contender con Gran Deforme arrodillado sobre él, golpeánaole con machacadores puños, era cuestión muy distinta. En un instante, Pendrake se sintió unido a sus sentidos sólo por el más tenue hilo de conciencia. Vagamente se dio cuenta de ser atado ruda y bruscamente.

Su mente fue asomando lentamente de la oscuridad a la cabal

comprensión del desastre que le había acontecido, y finalmente dijo con lengua espesa:

—¡Estúpido! ¿No oye el ruido de la lucha ahí afuera? Eso significa que está usted listo, hágame lo que me haga. Mejor será cerrar un trato, Gran Deforme, mientras que hay aún una oportunidad.

Una mirada a los ojos del monstruo le hizo saber tristemente que había lanzado un guijarro de esperanza a un mundo en sombras. Toda la bestia en el hombre aparecía en ellos, y en los enormes labios contraídos, y en los dientes salientes como colmillos. Gran Deforme lanzó unos gruñidos de furia y finalmente dijo con ronca voz gutural:

—Voy a atrancar la puerta por este lado. Ello hará que mis hombres luchen más duramente porque no podrán retirarse aquí. Y asegurará que usted y yo tengamos nuestra escenita a solas.

Desapareció tambaleante de la línea de visión de Pendrake, quien oyó a poco el ruido del atrancado de la puerta. El peludo reapareció luego sonriendo. Pero al hablar lo hizo con carnicera rabia:

—Voy a vivir aquí un millón de años, Pendrake, y en todo ese tiempo su esposa va a ser una de mis mujeres.

—¡Loco idiota! —replicó Pendrake con dientes rechinantes—. ¡Aun si gana ahora, morirá bastante pronto, cuando vengan los alemanes! Y no piense que no lo harán. Para ellos son ustedes un hatajo de bandidos, un estorbo que van a eliminar por mucho tiempo.

Las palabras no parecieron calar en la mente de Gran Deforme, quien pasmosamente estaba tirando con fuerza del estrado del trono. Bruscamente se alzó la estructura de madera, dejando a la vista la entrada de una cueva.

—Esos imbéciles —dijo Gran Deforme con escarnecedor desprecio— pensaban que tenía este estrado y esta empalizada aquí porque quería jugar a rey. Los hombres azules conocen la verdad, pero no aprenderán otro lenguaje más que el propio, por lo que no pueden siquiera decir lo que quieren o lo que no quieren.

Se estaba inclinando sobre Pendrake al terminar. Con un gruñido se lo cargó al hombro y saltó a la cueva iluminada, la cual

tenía una profundidad de siete metros. Echó sin contemplaciones a su prisionero al suelo y volvió a trepar a la superficie.

—No se ponga ansioso—dijo burlonamente, volviendo la cabeza—. Voy sólo a colocar en su sitio el estrado. —Aterrizó de nuevo con sordo ruido un minuto después y cargó otra vez con Pendrake, diciendo con una entre sonrisa y mueca desdeñosa—: Esta cueva conduce a la poza. Voy a bajarle a usted adonde está mi viejo camarada, la bestia diabólica, y contemplaré el espectáculo. ¡Será bien divertido, uh!

20

La cueva descendía en suave declive y ahora comenzaba a ensancharse, abriéndose luego bruscamente a una inmensa estancia repleta de formas metálicas.

¡Máquinas! Brillaban a la luz refleja de paredes y techos. Hallábanse allí como testigos silentes y secretos de la gloria de un pueblo que había alcanzado —no ya la inmortalidad, pues estaban muertas— un grado de grandeza probablemente inigualada en el sistema solar antes o desde entonces.

Gran Deforme hizo una pausa en un punto donde se dividían dos pasillos, quedándose parado durante un largo momento, depositando luego despacio a Pendrake sobre el duro suelo. Arrodillóse en silencio, y con gruesos y torpes dedos desató las ligaduras que sujetaban los tobillos de Pendrake.

—¡Levántese! —ordenó secamente.

El levantarse no suponía ningún problema con la gravedad de la Luna, aun cuando Pendrake tuviera todavía las manos cruelmente atadas a la espalda.

—¡Abajo por el túnel derecho! —ordenó ahora Gran Deforme.

Mientras obedecía Pendrake sin decir palabra, el neanderthalense le siguió, diciendo ahora:

—Hay algo ahí abajo que quiero que vea usted. Me produce siempre una extraña sensación, y me parecería una necedad matar a un tipo como usted sin preguntarle su opinión sobre ello.

Las radiantes paredes iluminaban su camino, y llegaron a una amplia estancia en el centro de la cual se alzaba un cubo de transparente limpidez y de unos siete metros de diámetro. Gran Deforme lo señaló, y Pendrake fue en su dirección, oyendo los resoplidos de la criatura que le seguía.

—¡Mire abajo! —Pendrake había visto ya.

A cierta profundidad abajo, relucía con intensa brillantez una llama blanquiazul. Tras una ojeada, Pendrake, hubo de mirar a otra parte. Mas siguió lanzándola rápidas miradas de soslayo.

—Ha estado tan brillante como ahora —dijo Gran Deforme— desde que vine aquí. ¿Qué va a hacerse de ello, camarada?

Pendrake dijo callada y angustiosamente al cubo:

—¡Rescáteme, por favor! ¡Necesito ayuda!

Desde alguna gran distancia en el cubo, una voz respondió en su cerebro:

—Amigo, su capacidad para sentir nuestra presencia no le sirve de nada, pues pasará aún mucho tiempo antes de que los hombres puedan utilizar lo que tenemos y conocemos.

—Tened compasión —dijo estremecidamente Pendrake—. Estoy a punto de ser destrozado y comido por una bestia salvaje.

—Muy bien, usted puede escoger. Únase con nosotros aquí para siempre.

—Quiere decir…

—Absorbido para siempre en la unidad, libre de toda pasión y dolor por siempre jamás.

Pendrake retrocedió. Su reacción instantánea fue de total repugnancia. No tuvo sensación alguna de que se le estaba ofreciendo la libertad. Desvanecióse el terror al maquerodo, porque la alternativa presentaba el aspecto de un infierno viviente.

—Pero mi mujer, la Tierra, toda esta gente… —protestó trémulo Pendrake—. Hay un terrible peligro…

La voz en su mente dijo:

—Decídete antes de abandonar esta habitación. Podemos ayudarte aquí. No podemos hacerlo… fuera.

—¿Sois los habitantes de la Luna?

—Somos los habitantes de la Luna.

Temblando, Pendrake se apartó del cubo para enfrentarse a su apresador.

—Gran Deforme —dijo tenso—, con mi mujer aquí, puede usted hacerme lo que quiera. Seguramente, lo único que debería hacer con un hombre que debe obedecerle, es matarlo.

—Es usted demasiado listo —rezongó Gran Deforme—. No me

fío de usted. No tengo la impresión de que quiera usted hacer un trato.

—Tengo que hacerlo. No me queda más remedio —respondió Pendrake.

—Es usted demasiado peligroso para tenerlo cerca —repuso el monstruo—. Nadie ha sido capaz nunca de enfrentárseme.

—Desde que mi mujer está aquí, usted me convenció.

—Lo cual no le impidió atacarme.

—Me volvió medio loco aquel golpe en la cabeza —respondió Pendrake—, y no me dejó pensar como era debido.

Gran Deforme pareció considerarlo, con la boca abierta y los ojos semientornados. Bruscamente, cerró de golpe los dientes.

—¡Al diablo con ello! —gruñó—. No voy a correr riesgos. Desde que ha estado aquí ha habido jaleo, por lo que voy a zafarme de todos esos perturbadores empezando por usted. Dispongo de mucho tiempo, Pendrake, para enderezar mis demás asuntos. Ea, vámonos ya.

Pendrake echó a andar lentamente, sin decir nada mas a la esencia vital cuya presencia había detectado en la llama. No se encontraba más allá de su realidad. Siguieron pasillo arriba, y no tardaron en llegar a donde había más máquinas.

—Le llevo por aquí—se mofó Gran Deforme—para mostrarle lo que podía haber tenido. Y también pudo tener a su mujer. Pero ahora esperaré a que aparezca otro tipo que entienda de máquinas y no sea tan exigente. Tal vez le dé también a él su mujer—añadió lanzando luego una estrepitosa carcajada.

Pendrake quedó silencioso, pero su mente se parecía cada vez más a la resaca de una violenta marea con su cerebro agitado, arrastrado y revolcado. Allá estaba la máquina, y una Tierra que no sospechaba lo que los alemanes orientales estaban haciendo, y Leonor…

El pensamiento quedó como cercenado por afilada segur. Sus mejillas quedaron exangües y los músculos de su plexo solar se apretaron tanto, que fue como un agudo dolor del apéndice. Pues Gran Deforme y él habian llegado de nuevo a la empalizada que contenía la maquina de transporte a Tierra. Mientras Pendrake la contemplaba con ojos cansados, el monstruo abrió la puerta de par

en par y rezongó:

—¡Ande, entre!

Pendrake, que había estado intentando en vano zafarse de las ataduras de sus muñecas mientras caminaban, se adelantó rápidamente. «Una oportunidad mas», pensó; y sólo la velocidad y un absoluto desprecio al dolor hacían que lo fuese tal.

Al pasar por la abierta puerta se detuvo un instante, se inclinó hacia delante, estiró tras sí sus brazos, los enganchó en un saliente de la empalizada y, con toda su fuerza y toda la potencia de sus piernas dio un tirón. Ya antes había notado la vetustez de la cuerda, la cual se desgarró ahora como hierba seca. Y se sintió libre.

Giró en redondo, con el equilibrio un tanto perdido, y se abalanzó a la puerta, la cual se cerró en sus mismas narices, oyéndose luego el atracado metálico, y después la voz de Gran Deforme desde el exterior:

—Es usted muy listo, Pendrake. Demasiado para que me aventure. No voy a esperar hasta que haga funcionar a esa máquina. Voy a buscar un fusil, y volveré en seguida para ensartarle a usted en menos de treinta minutos.

Hubo ruido de pasos apagándose. No era aquél, pensó Pendrake débilmente, un día realmente bueno ni para Gran Deforme ni para él. Había ya intuido que el flujo a la Tierra había de efectuarse en algo más de quince minutos. Por muy mala gana que tuviese para hacerlo, evidentemente no tenía otra alternativa. Esperó ansiosamente que transcurriera ese período, pensando con angustia: «¡Oh, Dios, Leonor en sus manos!». Y sin embargo no había otra alternativa. «Ellos creerán que Gran Deforme me echó a la bestia diabólica, y se darán por vencidos, y se someterán», siguió pensando desesperanzado.

Se imaginó el pesar y la degradación de Leonor, y ahora pensó: «Sí, he de ir, conseguir equipo y armas, y volver, todo en ocho horas». Ello pondría un límite de tiempo al daño y humillación que el monstruo pudiera infligir. Y hasta acaso Gran Deforme se contendría en hacer algo a Leonor, por temor a que él volviese. Era su única esperanza real para la seguridad de ella. No había otra alternativa.

Al comenzar el flujo, Pendrake fue renuente a la invisible línea

divisoria bajo la hendidura semejante a cueva, se detuvo, extendió sus piernas para tener una posición firme, y luego se inclinó hacia delante, introduciendo cabeza y hombros en aquélla. Quería echar un vistazo a lo que había al otro lado.

Oscuridad. No. Más bien una especie de nebulosa, nada.

Pendrake se echó hacia atrás. ¿Podría ser noche en la Tierra? Indudablemente que sí. Sin embargo, sus noches eran raramente tan oscuras. Insatisfecho, se inclinó hacia delante otra vez.

Era como meter la cabeza en un saco. No era visible nada.

Pero se sintió hasta ligeramente mareado al echarse hacia atrás de nuevo.

Y lo que resultaba más inquietante era el sentir deslizarse a la carrera los segundos, y que diez minutos suponían un lapso miserablemente breve para las precauciones que debería tomar.

Rápidamente fue a una pared de la hendidura, se equilibró, y luego introdujo cuidadosamente su pierna derecha. Su pie tanteante sólo contactó aire vacío.

Pendrake se echó hacia atrás, se movió varias pulgadas y probó de nuevo. Producía una sensación espectral ver desaparecer su pierna, pero mucho más inquietante resultaba el no notar más que el vacío.

Calculó en unos cinco minutos el probar así, palmo a palmo, de un lado a otro de la máquina… sin que ni una vez tocase nada sólido.

No había alternativa alguna.

Pendrake pensó más vagamente: «¿Será posible que haya de correr el riesgo de meterme?».

Pasó velozmente por lo menos un minuto en terrible indecisión. Y finalmente no cupo duda al respecto.

De un instante a otro volvería Gran Deforme.

«Hay una pista —pensó esperanzado—. Todos hablan de esa senda. Se encuentra en los cerros, pero sobre terreno relativamente llano. Así pues, si me meto y mantengo el cuerpo relajado, presto a ceder, de manera a no tener un aterrizaje duro…».

Al penetrar en la hendidura Pendrake, tuvo un calidoscopio de impresiones. Una enhiesta pared de barro se alzaba frente a él. Chocó con cara y cuerpo con ella y comenzó a deslizarse por un

pronunciado declive. Simultáneamente percibió el ronquido de un tractor. Al mirar hacia atrás vio con horror que estaba deslizándose a la trayectoria de una enorme apisonadora. Pendrake aulló al conductor, pero el hombre estaba con la vista posada fijamente en un lado, guiando su monstruoso artefacto sobre algún trazado exactamente delineado.

Un alarido de prevención fue todo cuanto pudo proferir Pendrake. Y al instante siguiente aterrizó frente a la máquina. Intentó con toda su voluntad apartarse del curso de la apisonadora. Casi lo logró. Casi…

21

En espaciados momentos durante el día, Jefferson Dayles estudió el informe de los científicos. Las momentáneas lecturas le dejaron vagamente perplejo. Más tarde, cuando finalmente acabó con su jornada de trabajo puramente presidencial, se llevó consigo a la cama el informe, y releyó en medio de la noche el asombroso documento, que decía así:

> En lo que respecta a las tres máquinas capturadas por sus agentes al tomar posesión de la finca de Pendrake… no hay medio adecuado para describir estos perfectos artefactos. Parecen ser una fase final del desarrollo de un nuevo principio. La fuerza motriz parece derivarse de la forma y construcción del tubo metálico de estilo de buñuelo. Sacado aparte, este tubo mostróse ser acoplado mediante una avanzada técnica metalúrgica, desafiando el análisis a pesar de nuestra meticulosa anotación de cada fase de la pane. Se ha presentado la sugerencia de que el tubo estaba extrayendo energía de una lejana estación de radio emisora de la misma, mas es cosa que no puede ser establecida con seguridad. Ciertamente no se trata de un ingenio atómico. No muestra señal alguna de radiactividad.
>
> El mismo fracaso resultó con el segundo motor, y decidimos no desmontar el tercero hasta efectuar un ulterior examen de las partes de los dos ya desmontados, quizás por otro personal.
>
> Es posible que el secreto de su reacción pueda radicar en alguna sutil aleación de los materiales de construcción. Hasta la composición de soldadura debe ser examinada y analizada, por su posible influencia…
>
> La extraordinaria importancia de un cauto desarrollo puede ser apreciada por el hecho de que la energía tiene otras potencialidades, sobre lo cual está siendo preparado un informe…

Jefferson Dayles apagó la luz y quedóse tendido en la oscuridad con los ojos cerrados A él le parecía aquello como la antigua, antiquísima historia: demasiado complicada para la mayoría de las mentes mortales.

Al ponerse finalmente de costado para dormir, pensó: Tres años y no más. Tres años para encontrar a Pendrake. Después, podría ser demasiado tarde.

Aun así, primeramente debía ganar las elecciones más fantásticas en la historia de América.

Las mujeres andaban alborotadas. Tenían una candidata a la presidencia, y ello era como si hubiese desquiciado las mentes de millones de mujeres antes sensibles.

La candidata, una recia mujer de despejado pensamiento se balanceaba al borde del abismo, pugnando por evitar caer en él. Parecía darse cuenta de todas las añagazas y escollos, y aunque los agentes de Dayles llevaban una relación completa de cada declaración y discurso que pronunciaba en público, pasaban los meses y no resbalaba, y no caía.

Dayles observaba a distancia su actuación, al principio con incredulidad, luego con admiración, pero finalmente con alarma. «Va a cansarse», se dijo. «Uno de estos días se sentirá tan agotada que apenas podrá tenerse en pie, y ése será el momento para que los nuestros le echen la zancadilla».

Fuera lo que fuese que pudiera decirse sobre la racionalidad de la candidata, no podía aplicarse lo mismo a sus seguidoras. Estaba a punto de llegar el milenio. Las mujeres podían acabar la guerra y traer la paz al trastornado mundo. Enderezarían los entuertos de la sociedad, controlarían la rapacidad en los negocios, y acabarían de una vez por todas con la infidelidad del varón americano.

Desde luego, la mayoría de estos días no alcanzaban el nivel de una verdadera discusión pública.

Un mes antes de que los votantes debieran acudir a las urnas, el presidente constató aún la realidad de que acaso no pudiese él ganar. De todas partes, de sus gentes —de las maquinas políticas, de los caciques locales, de las encuestas públicas y privadas— llegaba la misma noticia: la candidata iba a la cabeza.

—Necesitamos un golpe afortunado —dijo a Kay un día

caluroso, entre dos discursos—. Siento que mis palabras no dominan la emoción agitada en favor de Wake. —Siempre llamaba a su oponente Wake, no Mrs. Wake, ni Janet Wake… sino sólo Wake. La técnica de emplear sólo su apellido recalcaba la igualdad en una lucha en la que, por vez primera en la historia política, el hombre se hallaba en desventaja por el mero hecho de ser varón.

Kay respondió fríamente:

—Para el caso de que no se produzca ese golpe, he de decir que se han tomado las medidas necesarias para que se produzcan mil algaradas, de manera que se pueda decretar una emergencia nacional y cancelar las elecciones.

—Bien —dijo el presidente Dayles, aunque en su frente y mejillas brillaban gotas de sudor. Sacó su pañuelo.

—Estoy plenamente decidido —dijo—, así que no hay que preocuparse por mi debilitamiento. El éxito de esa mujer no es más que una demencia más en un mundo perturbado ya por muchos logros secundarios.

La campaña se hizo más apasionada. Desfiles. Grandes mítines. Mujeres chillando slogans: «¡Paz! ¡Hogares felices! ¡Una Nación sana!».

¿Cómo podía realizarse todo? Había rumores de palizas a hombres que abandonaron a sus familias. Viudas y madres desertadas, sintiéndose vengativas, ponían en un aprieto a la gran mujer que era su candidata, apremiándola a que los desertores fuesen vueltos a latigazos a sus hogares. Lo que no se definía claramente, era de qué servirían esos hombres a sus esposas, con sus corazones llenos de ira y sus espaldas cubiertas de verdugones. Y una de las cosas que fue establecida era que esos maridos no obtendrían satisfacción a sus deseos carnales.

Dos semanas antes de la elección, al final de una tarde, cuando Mrs. Wake estaba dirigiendo la palabra a una masa de miles, una mujer tomó un micrófono y chilló una pregunta: ¿Apoyaba o no la candidata el castigo corporal para los varones que desertaban de sus familias?

—¡Muchachas, muchachas—respondió cansadamente Mrs. Wake — no vayan más adelante de ustedes mismas!

Fue la observación desgraciada.

La prensa de Dayles recogió la frase, aireándola.

El día siguiente, y muchos después, Wake intentó explicar que simplemente había pretendido contener los extremismos.

Pero la luna de miel había pasado. Millones de hombres que habían confiado implícitamente en ella, dieron la vuelta. Repentinamente cada una de sus palabras no fue ya el epítome del buen sentido, sino que se la consideraba más bien como a una astuta fémina haciendo su juego paso a paso.

Se informó que también las mujeres comenzaban a tener dudas de que un ser de su especie ocupara la presidencia de la nación. El latente odio atávico de las mujeres entre sí, en suspenso durante la intensa atmósfera emocional de la campaña, se reafirmó.

La marea cambiaba a ojos vistas.

Con íntimo alivio, el presidente Dayles abandonó su plan de cancelar las elecciones.

Como lo manifestó en un discurso una semana antes del día de la votación: «Apelo con confianza al electorado, hombres y mujeres, para que voten por el ya probado sistema de mi administración».

Estaba ya tan seguro del triunfo, que podía pronunciar frases tan estereotipadas, como si fuesen nuevas y originales de él.

Se retiró temprano y fue despertado a medianoche por Kay que le llevaba el informe de noticias de Los Ángeles: Una gran manifestación de mujeres había desfilado con carteles impresos con slogans tales como:

«¡HURRA POR LOS DERECHOS DE LAS MUJERES! ¡TRABAJO FISICO PARA LOS HOMBRES Y ADMINISTRATIVO PARA LAS MUJERES! ¡UN MUNDO EN PAZ Y EN ORDEN ADMINISTRADO POR MUJERES!».

«Entonces —así decía el informe— se había oído un grito de hombre vociferando: “¡A disolver la manifestación! ¡Cuentan con nosotros para respetarlas, mientras que nos convierten en esclavos de ellas! ¡Adelante!”».

De las calles laterales surgieron hombres hoscos y malhumorados y se armó un tumulto. Cuando carros blindados hicieron por fin un despeje, veinticuatro mujeres yacían tendidas, muertas, otras noventa y siete estaban gravemente heridas, y más de cuatrocientas requerían asistencia médica.

Era una crisis de la especie de las que podían hacer ganar o perder unas elecciones. A las 12,30 del mediodía, el presidente estaba en antena prometiendo una minuciosa investigación y pronto castigo de los culpables.

Treinta y dos hombres habían sido al parecer detenidos, los cuales fueron procesados al día siguiente. Todos tenían abogados y todos se declararon no culpables. El juez interrogó brevemente a cada uno de ellos y luego pronunció la sentencia sin precedentes de que quince eran en efecto no culpables, pero sí los otros diecisiete.

Con lo cual, los condenó a muerte.

La sala entró en inmediata conmoción, y se necesitaron cien agentes especiales para despejarla y separar a los histéricos condenados de sus pasmadas familias y abogados.

Posteriormente, el juez defendió tranquilamente su acción, diciendo: «Es perfectamente propio de un juez decidir si un hombre es culpable o no. No ha de pensarse que las democracias son demasiado débiles para contender con los desórdenes».

Tras lo cual partió para unas vacaciones que —según se dijo— le llevarían a él y a su familia en dilatado viaje por el extranjero.

Al pedirle que comentara la sentencia, Wake manifestó incómoda: «No cabe duda alguna de que se ha hecho justicia. He pedido a una comisión que examinara la vista de la causa y me presentara un informe detallado».

Dayles dijo: «Ésta es por entero una cuestión de competencia del sistema judicial, que, como es de todos sabido, es en el gobierno de los Estados Unidos una rama separada de la administrativa».

Se anunció que los condenados iban a apelar su sentencia. Y con esta nota de suspense se celebraron las elecciones.

Jefferson Dayles fue reelegido por dos millones de votos de mayoría.

Sintió un alivio enorme, pero, como lo manifestó a Kay después:

—¡Ya está! Al final de este mandato acaba mi derecho legal para seguir siendo presidente. Su continuación depende de…

—Pendrake—terminó ella por él.

—Pendrake —convino él, sombríamente—. ¿Qué diablos puede haberle sucedido a ese hombre? He tenido al FBI, al servicio de espionaje del ejército y a la policía buscándole por todas partes. Ni

rastro…

Ella dijo como hecho evidente:

—Quedan aún unos años por delante.

—Tres—asintió él—. En tres años he de tomar una resolución. Después será probablemente demasiado tarde.

22

INVESTIDURA…

Demasiado tarde, demasiado tarde… En todo aquel gran día las palabras se atropellaban en su mente, apagando sus sonrisas, ensombreciendo todos sus pensamientos. ¡Encontrar a Pendrake! ¡Hallar al hombre cuya sangre podía arrancar de su cuerpo la vejez, y en así haciéndolo inmortalizar su poder y la poderosa civilización que se representaba!

El pensamiento era como un mareo, como un ansia, que lo tenía aún consigo meses después cuando trajeron a su presencia al granjero. El hombre era grandote y de caderas estrechas. Al escuchar el informe coloquial del individuo, una cuestión revoloteaba en la mente de Jefferson Dayles. El problema de cómo exponerla ocupaba su atención mientras la voz del granjero proseguía con acento gangoso:

—Como estaba yo diciendo, él estuvo allá diez días; el viejo doctor Gillespie vino dos veces a verlo, pero no parecía necesitar asistencia médica, sino sólo comida. Mire, era muy raro. No pudo decirme ni su nombre ni nada. De todos modos, cuando se puso bien su pierna, lo llevé a Carness y lo conduje al comité de empleo, diciéndoles que se llamaba Bill Smith. Él no dijo nada en contra, por lo que ellos lo inscribieron así, como Bill Smith, enviándole luego a algún trabajo, no recuerdo cuál. ¿Hay algo más que desee usted saber, señor presidente?

Jefferson Dayles parecía indiferente, pero era una máscara exterior para su interior excitación. Pendrake estaba con vida, había sido descubierto, así había informado Kay cuando la comisaría de policía envió con retraso las huellas digitales de Bill Smith a Washington.

—Es todo cuanto pudimos encontrar —había dicho Kay—. Pero

cuando menos hemos conseguido algo para empezar.

—Sí—había respondido Jefferson Dayles, respirando profundamente—. Sí.

El hombre todo-potente estaba vivo.

Había por resolver aún una cuestión, por efectuar una comprobación: ¡el brazo de Pendrake! El que había estado volviendo a rebrotar.

Se oyó de nuevo la voz del granjero:

—Hay aún otra cosa, señor presidente…

Jefferson Dayles esperó, ocupado en la preparación de su pregunta. Era una frase difícil a pronunciar porque… bueno, ¿cómo podía preguntarse si había rebrotado el brazo de un ser humano? No se podía, aunque la idea en sí era fascinante y aturdidora.

—La cosa—dijo el granjero— es ésta. Cuando lo recogí, juraría que una de sus piernas era más corta que la otra. Cuando le dejé tenían la misma longitud. Ahora bien, o yo estoy loco o…

—No tiene eso mucho sentido, ¿no es así? —dijo Jefferson Dayles, prosiguiendo rápidamente—. Por lo demás, estaba perfectamente, ¿eh?

—No vi nunca un hombre más fuerte. Ya le dije que cuando levantó aquel carro con sus dos manos…

El presidente Hayles no oyó el resto. Su mente se detuvo en las palabras «dos manos».

Se levantó y estrechó su diestra con la del lisonjeado granjero.

—Escuche ahora, amigo —dijo el presidente Dayles—. Desde este momento su nombre va a un fichero especial, y en cualquier momento que necesite usted un favor de la Casa Blanca escriba a mi secretaria y se hará cuanto se pueda por complacerle. Entre tanto, espero que continúe manteniendo silencio sobre esta entrevista, como un servicio a su país.

—Puede contar conmigo, señor presidente —respondió el hombre con acento de sublime e incuestionable patriotismo—. Y, señor presidente, puede omitir los favores especiales.

—La oferta permanece en pie con mis mejores deseos—respondió Dayles cordialmente.

—Pareció hablar en serio—comentó después Kay—. Es un tipo raro en estos días. La democracia se está tambaleando.

—Parece como si tuviera usted pruebas—dijo él—. ¿Qué ha sucedido?

Silenciosamente le tendió ella un mensaje. El presidente lo leyó en voz alta: «El Tribunal Supremo mantiene la sentencia de muerte para los causantes de desórdenes en las elecciones».

Silbó suavemente y luego dijo:

—Hicieron realmente una montaña de ello, pero van con un año de retraso. —Miró a Kay pensativamente—. ¿Qué razones dio el Tribunal para su veredicto?

—No dio razones.

El presidente quedó silencioso. También él consideraba como signo de los tiempos que no hubiese sido revocada la sentencia original.

Kay interrumpió su pensamiento, diciendo con tono severo:

—¡No vaya ahora a interferirse en esto!

El gran hombre no respondió nada.

Tres días antes de la fecha fijada para su ejecución en diciembre de 1977, los diecisiete condenados escaparon en masa de la prisión.

Hubo desórdenes en una docena de ciudades, y nutridas delegaciones de mujeres pidieron castigo para los carceleros responsables y la inmediata captura y ejecución de los fugados.

—Creí que esas mujeres eran amantes de la paz. —Comentó Jefferson Dayles. Pero lo dijo en privado a Kay. Públicamente prometió toda acción posible.

Él segundo día que siguió a su manifiesto llegó al Archivo Especial una carta que decía así:

Celda 676, Prisión Kaggat.

27 de enero de 1978.

Estimado señor presidente:

Me he enterado de que mi esposo fue uno de los diecisiete condenados a muerte y sé dónde se encuentran todos. La rapidez es esencial si ha de salvarse su vida. Apresúrese por favor.

AURELIA PENDRAKE.

Kay esperó con ojos relampagueantes a que él acabara de leer la carta y le tendió luego un informe del FBI que decía:

> «Hubo mucha confusión cuando se efectuó la detención de esos hombres. No se tomaron las huellas digitales de ninguno de ellos hasta el día después de la sentencia. Luego se perdieron todas las fotografías originales y huellas digitales. No fue ello descubierto hasta que los hombres fueron trasladados a una prisión de seguridad máxima, en el trayecto a la cual el coche celular que los transportaba cayó a una zanja. Varios prisioneros efectuaron una reclamación sobre que uno desapareció en el accidente, siendo sustituido por otro. Las autoridades de la nueva prisión no estuvieron dispuestas a aceptar ese fantástico cuento, puesto que ninguno de los diecisiete hombres manifestó haber sido la víctima. Y para impedir tal fábula separaron a los hombres…».

Kay le interrumpió en este punto diciendo:

—Pendrake debió haber sido el sustituido. Es imposible que participara en aquel desorden. Hemos de admitir una coincidencia de tal género…

—¿Pero cómo lo encontraron ellos y no lo pudimos nosotros? —interrumpió el presidente Dayles.

Kay quedó silenciosa y luego dijo:

—Será mejor que vayamos a tener una conversación con esa mujer.

La celda no parecía tan confortable como él ordenó que debiera serlo. Jefferson Dayles tomó nota mental para efectuar una reprimenda al respecto, volviendo luego su atención a la pálida criatura que era Aurelia Pendrake.

Era su primer contacto con ella cara a cara. Y a pesar del descolorido aspecto de la mujer se sintió impresionado, pues había algo en sus ojos —una dignidad y poder, una madurez— que resultaba turbadora. Tras esta primera impresión le sorprendió lo opaco de su voz. Parecía estar más vencida de lo que aparentaba.

—No, quiero decírselo —manifestó Aurelia Pendrake—. Jim está oculto en el gran desierto de California. El rancho se encuentra

situado a unas cuarenta millas al norte del poblado de Mountainside… —Se interrumpió—. Por favor, no me pregunte bajo qué circunstancias hizo él lo que hizo. Lo importante es que no sea matado cuando encuentre usted su cobijo. —Sonrió desvaídamente —. Nuestra creencia original era que, como grupo, podríamos dominar los asuntos mundiales a través de él. Me temo que sobrestimamos nuestras capacidades.

—Mrs. Pendrake —dijo Kay—, debemos absolutamente tener una explicación de cómo fue posible que encontrasen ustedes a su marido, cuando nosotros no pudimos hacerlo a pesar de disponer de todos los recursos del espionaje USA.

En el rostro de la encarcelada volvió a dibujarse la misma sonrisa anterior.

—Cuando por primera vez nos apoderamos de Jim —dijo— encajamos un minúsculo transistor en los músculos de su hombro, el cual emite una señal cuando lo detectamos. ¿Responde esto a su pregunta, señor presidente?

—Ciertamente que sí—dijo el presidente Dayles—. ¿Podían localizarle en cualquier momento?

—Sí —respondió Aurelia.

Tras de lo cual el presidente y Kay abandonaron la celda.

En el avión que marchaba en dirección Norte, Kay dijo:

—No veo razón alguna para que sean libertados Mrs. Pendrake o cualquiera de los otros. Ahora que ha revelado ella estúpidamente tener las manos en la masa, y la identidad de Pendrake como uno de los que intervinieron en la matanza en la manifestación, no le debemos nada.

Hubo una interrupción:

—Un radiograma, señor presidente, de la Prisión Kaggat.

Jefferson Dayles leyó con labios fruncidos el extenso mensaje y luego se lo tendió sin decir palabra a Kay.

—¡Fugados! —exclamó ésta—. ¡Toda la pandilla! ¡Vaya, la pálida actriz pretendiendo hallarse deprimida al punto de que nada importaba sino que se le salvara a él! ¿Pero por qué nos lo dijo? ¿Por qué? ¡Noventa aviones dotados con ese motor especial participaron en el rescate! ¡Qué organización deben de tener! Ello

significa que la fuga podría haber sido dispuesta en cualquier momento. Y sin embargo esperaron hasta ahora. Señor, esto es muy serio.

Jefferson se sentía singularmente remoto del casi pánico de su asistente. Experimentaba una especie de alborozo y un deseo intenso y creciente de victoria. La situación era ciertamente grave; de hecho, suponía una crisis. Sin embargo, su voz fue tranquila al decir:

—Kay, emplearemos cinco divisiones, dos de ellas acorazadas, y tantos aviones como necesitemos…; no noventa, sino novecientos. Rodearemos el desierto. Registraremos todo tráfico por tierra y aire. Utilizaremos detectores de radar de noche, reflectores, cazas nocturnos. ¡Destinaremos a la captura de Pendrake el ilimitado poder de las fuerzas armadas de los Estados Unidos!

23

Los gimientes vientos invernales soplaban constantemente en enero. El 15, una ventisca enterró casi todo el Estado de Nueva York y Pensylvania. La gente se despertó el 16 en un mundo que era de nuevo blanco y puro y pacífico.

Aquel mismo día, lejos en el Sur, Hoskins y Cree Lipton, tras investigar los indicios que les habían conducido a Sudamérica, despegaron para el Brasil y se dirigieron a Alemania, vía Dakar, Argel y Vichy.

Su destino era el cuartel general americano en el *Unter der Linden*, de Berlín, y en la gran estancia cubierta por espesa alfombra del segundo piso un general les condujo prestamente a una habitación custodiada.

—Esto —lo señaló con la mano— es lo que llamamos nosotros nuestro mapa de asesinatos. Vista la vigilancia que hemos sostenido sobre ustedes durante las pasadas semanas, se ha convertido en un documento sumamente interesante.

El mapa tenía diez metros de longitud y estaba tachonado de alfileres de cabezas de color… Apenas un «documento», pensó torcidamente Hoskins. Pero no dijo nada, limitándose simplemente a contemplar y escuchar con ansioso deseo de oír el resultado final.

—Hace un mes hoy—dijo el general—enviamos a nuestros elementos a todo lo que fue antes Europa ocupada, con el encargo de obtener información según las instrucciones que cablegrafiaron ustedes.

Sacó un paquete de pitillos, ofreciéndoselos a los dos hombres. Hoskins declinó el ofrecimiento con leve inclinación de cabeza y esperó impacientemente mientras los otros encendían. El general prosiguió:

—Bien, antes de que les exponga la extensión y limitaciones de nuestro logro me parece necesario que les describa brevemente la situación que existe en la Alemania de hoy. Como ustedes saben, el método de Hitler fue situar a un hombre del partido en toda concebible posición de control en cada comunidad. En la Alemania Occidental hace tiempo que destituimos a todos esos dirigentillos, reemplazándolos por los más firmes y leales demócratas de la preguerra que pudimos encontrar. En la Alemania Oriental los soviéticos intentaron emplear a muchos hitlerianos apreciando como es debido que los terroristas comunistas y nazis son, en efecto, de la misma laya. Lo que no comprendieron es que los alemanes mejor educados no aceptarían nunca en su corazón al corriente eslavo como a un igual —no aún, no esta generación— por mucho que les majaran en la doctrina de Lenin sobre las nacionalidades.

»No fue hasta que pusimos en conocimiento de los soviets los hallazgos de ustedes que penetró la verdad… que un grupo terrorista secreto y enteramente proalemán se había constituido ante sus mismas narices en la Alemania Oriental. Por ello nos dejaron intervenir, y he aquí lo que hallamos: En estos momentos los alemanes están cometiendo unos mil asesinatos por semana en la propia Alemania Oriental y unos ochocientos más en el resto de Europa.

—¿Y en qué afecta eso al hallazgo de información sobre la máquina y sobre los siete científicos desaparecidos, cuyas personas, ni familias, no pudimos encontrar en los Estados Unidos? —preguntó Lipton adelantando sus ya prominentes mandíbulas.

—Establecimos un gráfico de asesinatos en cada distrito de Europa—fue la respuesta—y, como instancia a la extensión informativa, vigilamos día a día cualquier ascenso en la línea de asesinatos, suponiendo que se tomarían grandes precauciones por los nazis en los distritos en donde existía información.

Miró a los dos hombres con ceñuda sonrisa, añadiendo:

—De acuerdo con ello, y con sentimientos mezclados, informé que el número de asesinatos aumentaba en proporción desmesurada en dos territorios ampliamente separados, uno el de Hohenstein, en Sajonia, y otro en la ciudad de Latsky, en Bulgaria.

—¡Bulgaria! —exclamó Lipton con tono de suma perplejidad.

Hoskins dijo rápidamente:

—Después de todo, nuestra vigilancia más estrecha ha sido sobre la propia Alemania. Ellos deben haber juzgado más fácil el instalar bases interplanetarias entre cierta gente más simpatizante; los búlgaros eran indudablemente las más reacias víctimas del comunismo.

El general le miró con astutos y penetrantes ojos pardos.

—Exactamente—dijo—. Hicimos una inspección sumamente cautelosa de esos dos distritos. El tercer día de nuestra búsqueda hallamos en Hohenstein un pozo de mina lujosamente amueblado, y el cual debió haber sido abandonado apresuradamente.

»Haciendo preguntas entre los habitantes —prosiguió el general— se sonsacó la información de que había sido vista de noche en la vecindad de la abandonada mina un raro artefacto semejante a un zeppelin.

—¡Santo cielo!

Hoskins apenas se dio cuenta de haber proferido la exclamación. Tras un instante en blanco, había estado escuchando al general con vaga impaciencia, con la ansiedad de que acabaran las palabras y se emprendiera activamente la búsqueda. Y ahora…

Todo estaba ya hecho. La búsqueda había pasado, o estaba casi a punto de serlo. Todos los preliminares habian concluido con éxito.

—Señor —dijo efusivamente—, es usted un hombre extraordinario.

—Permítame acabar—repuso el general con amplia sonrisa—. Aún no lo he rematado. —Y en tono preciso prosiguió—: Hemos recibido tres cartas—entre miles— que son inconfundiblemente genuinas y pertinentes. La tercera, y más importante, de una tal *Frau Kreigmeier*, esposa del hombre que fue el dirigente del partido nazi búlgaro en Latsky durante tres años, carta que recibí la noche pasada, cuando ya estaba informado de que ustedes se hallaban en camino aquí.

»Caballeros —su voz era queda, pero confiada—, para el fin de la semana tendrán ustedes toda la información que aún se disponga en este continente.

»Naturalmente —acabó, y el cuidadoso fraseo de su promesa

había ya producido la primera conmoción a Hoskins—, los nazis harán todos los esfuerzos imaginables para asegurase de que no sea disponible nada vital. Sin embargo…

Para el mediodía del 4 de febrero tenían los cadáveres de los componentes del Proyecto Lambton de Colonización. Siete hombres mayores de edad, nueve mujeres, dos muchachas y doce jóvenes yacían uno al lado del otro sobre el frío suelo. Fueron puestos en ataúdes y se comenzó su traslado en coches fúnebres a la costa, para ser transportados por barco a América, a fin de recibir más conveniente sepultura.

Después de que el convoy fúnebre desapareció por la carretera, Hoskins se quedó con los demás en el pequeño matorral a donde habían sido conducidos por el rechoncho marido de Frau Kreigmeier. Soplaba un frío viento norte, y los hombres de los coches blindados que los habían escoltado se golpeaban las manos para calentarlas.

A pesar del frío, Hoskins observó ferozmente que Herr Kreigmeier sudaba a mares. «Si alguna vez un hombre mereció ser colgado…», pensó.

Pero habían prometido… dinero, traslado seguro e ilimitada protección policíaca.

—Los peones terminarán con esto —dijo el general—, vámonos. Ansío el calor de la habitación de un hotel. Se puede reflexionar sobre los éxitos —miró rápidamente a Hoskins—y sobre los fracasos.

No había mucho que examinar. Hoskins se sentó silenciosamente en su butaca ante un chisporroteante fuego y releyó la traducción de la única nota qué habían desenterrado:

> «El movimiento de algo requiere un movimiento inverso, una cancelación, un equilibrio. Un cuerpo moviéndose entre dos puntos en el espacio emplea energía, que no es más que otra expresión del movimiento reversivo.
>
> »La ciencia de este movimiento implica en sus máximas funciones una relación entre el microcosmos y el macrocosmos, entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande. Cuando se establece un equilibrio entre dos fuerzas del macrocosmos, una de

ellas pierde lo que la otra gana.

»Los motores resoplan ruidosamente las criaturas orgánicas efectúan sus deberes laboriosamente. La vida parece infinitamente dura.

»Sin embargo, cuando se crea un movimiento de reversión en el microcosmos por un movimiento que acontece en el macrocosmos, entonces se obtiene lo fundamental en las relaciones de la energía. Se produce un resultado de completo equilibrio; la ley de que el movimiento de impulsión es igual al movimiento de reversión se sostiene tan rígidamente como antes…

—Detestaría pedir a cualquier oficina de patentes que sacara una de esto—manifestó aburridamente Hoskins—. Temo que hayamos alcanzado el final de la pista de la máquina, lo cual supone que se ha esfumado mi esperanza en una rápida acción de rescate a Pendrake y a su mujer. El resto de esta bagatela —dio un ligero golpecito a la hoja mecanografiada— consiste en notas de problemas de ingeniería sobre instalación. Hay una laguna en alguna parte, y creo que hemos topado con el agujero en un saco vacío. Vaya, que estamos en un brete. Alzó la vista. —¿Algo nuevo de Hohenstein, el otro centro de asesinatos?

—Nada —dijo Cree Lipton—. Evidentemente era sólo uno de sus puertos de escala para astronaves, evacuado precipitadamente durante nuestra búsqueda. Han llevado con seguridad todo su equipo principal y todos sus secretos, a Marte o a Venus…

—¡O a la luna! —interrumpió Hoskins—. No lo dude. Marte o Venus estarían demasiado lejos aun en su mayor trance. Y además no se atreverían a dejar ver a sus jóvenes muchachos y muchachas la clase de planeta que debe ser Venus, a creer el informe de lo que el Proyecto Lambton de Colonización prometía a sus inscritos. Es sangre y hierro lo que los alemanes tienen en la mente… El rescate de la Alemania Oriental y su reintegración para la formación de su país tradicional. Y hasta que lo cumplan, los dirigentes mantendrán a los rangos inferiores a dieta de duro trabajo, duro ambiente y esperanza. No han tenido tiempo para instalar en ninguna parte bases realmente buenas. Así, pues, creo que lo mejor que haremos usted y yo es volvernos a América. Tenemos cosas que hacer. Era

tres días después. El presidente Dayles, en camino a Mountainside, California, se hallaba en su avión en compañía de Cree Lipton, y escuchaba el informe del resurgimiento de la Alemania Oriental y la urgente petición de hombres y dinero para ir a la Luna. Asintió con la cabeza en completo acuerdo y luego dijo:

—Sí, sí, hecho eso también. Tenemos los satélites arriba. Podemos subir cautelosamente a la Luna a costa de un dispendio fabuloso…, pero puedo justificarlo destinando fondos del Departamento de Guerra a la tarea si ello supone parar los pies a los últimos restos de la pandilla de Hitler. Sacad tantos cohetes como sean necesarios de entre sus bolas de naftalina. Creo que fabricamos diez mil antes de llegar a nuestro acuerdo con los soviets de que ciertamente había un gran universo arriba, pero que no tenía valor práctico hasta que pudiéramos ir a él sin llevar a la bancarrota a nuestros países. Los cohetes no son baratos que se diga. —Lastimeramente prosiguió—: Quienes hallaron un medio mejor no fiaron en que nosotros empleáramos debidamente su descubrimiento. Y luego —como usted y yo lo hemos descubierto— chocaron con la locura del extinto nacionalismo. Somos un mundo bien chiflado Mr. Lipton.

Kay, que había estado escuchando en silencio, habló ahora:

—Mr. Lipton, ¿dijo usted que uno de los propósitos de su asociado, Mr. Hoskins, es el de rescatar a Jim Pendrake y a su esposa de los nazis en la Luna?

—Sí—respondió sorprendido el interpelado.

Hubo una pausa. El presidente y su secretaria cambiaron rápidas ojeadas.

—Impónganos al respecto —dijo finalmente el presidente Dayles.

Lipton lo hizo y concluyó:

—Cuando investigamos la desaparición de Mrs. Pendrake se desprendió que un avión había aterrizado en la hacienda y que ella montó en él. La nota que dejó, la manera de marcharse, la descripción de cómo el avión se elevó en el aire indicaban que era un rapto… y por alguien que poseía ese especialísimo tipo de aparato.

El presidente se volvió a Kay.

—¿Puede darme alguna razón sobre por qué no fue sometido a mi atención nunca el informe sobre la desaparición de Mrs. Pendrake?

La mujer se encogió de hombros, respondiendo:

—Millones de datos llegan al Pentágono. Sólo una pequeña parte de ellos se envía a la Casa Blanca.

El presidente Dayles frunció los labios.

—Bien, eso probablemente lleva a Mrs. Pendrake a la Luna. ¿Mas por qué suponer que también Mr. Pendrake hizo el viaje?

Lipton explicó sobre el mensaje de Mrs. Pendrake respecto a que su marido había ido a las Torres Lambton y terminó diciendo:

—Puesto que las torres —como lo hemos descubierto— habían sido ocupadas por el grupo conspirador de la Alemania Oriental, cabe suponer que Pendrake fuera capturado o matado. En el primer caso, bien podrían haberle llevado a otro planeta. Mr. Hoskins está personalmente interesado en el bienestar de los Pendrake. Los dos hombres combatieron en la misma unidad aérea en China.

El presidente Dayles, que también estaba interesado en el bienestar de James Pendrake, se limitó a asentir con la cabeza.

Los documentos que autorizaban a las fuerzas armadas a prepararse secretamente para una invasión lunar fueron firmados en un minúsculo despacho de una posada de Mountainside por un Jefe de Estado disfrazado.

Una vez que se hubo marchado Lipton, Kay dijo:

—Queda por responder una serie de preguntas. Si Pendrake fue llevado a la Luna, ¿cómo escapó a los alemanes? ¿Cómo logró volver aquí?

24

Pendrake se despertó. No había nada en qué pensar. Donde había habido una borrosa laguna, ahora era claridad. Quedóse muy quieto. No tenía conciencia de tener un nombre o de que hubiese algo insólito en la situación. El estaba allí —el ser que era él mismo — tendido. Hasta la postura parecía normal, la propia esencia de la vida como era vivida. Estaba echado y sabedor de sí mismo.

Durante largo rato siguió así. No tenía más propósito que estar donde estaba, ni recuerdo de cualquier cosa, ni la más leve idea del movimiento. Yacía con la mirada fija en el techo, que tenía un color azul celeste. No era la región más brillante de su universo, y así, al cabo de un rato, su mirada fue atraída a la ventana, a través de la cual destellaba intensamente la luminosidad.

Como un chiquillo absorto ante el fulgor, levantó su brazo y lo tendió hacia la ventana. El vacío intermedio le contrarió. Ello no importaba por el momento, pues se sentía interesado por su tanteante brazo. Se dio cuenta de que el brazo formaba parte de sí mismo. En el momento en que cesó su instintiva búsqueda, los músculos que lo soportaban en el aire comenzaron a relajarse y el brazo se desplomó sobre la cama. Y al seguir su mirada la torpe caída se dio también cuenta por vez primera de la cama. La estaba aún examinando, semincorporado para verla mejor, cuando el ruido de pasos distrajo su atención.

El sonido se hizo más próximo, pero no se extrañó. Se hallaba en sus oídos tan normal como cualquier otra cosa. La diferencia era que de súbito fue dividido mentalmente en dos secciones. Una parte permanecía en la cama; la otra tenía la mirada fija en el mundo a través de los ojos de un hombre que atravesaba una habitación contigua hacia la puerta del dormitorio.

Sabía que el otro ser era un hombre y que la puerta de la habitación y el acto de andar eran lo que eran, debido a que para la segunda parte de su mente esos hechos constituían realidades casuales de la vida. La segunda mente se percataba de otras cosas también; y su propio cerebro era tan rápido, tan completamente absorbente, que al abrirse la puerta sacó las piernas de la cama y dijo:

—¿Quiere traerme mi ropa, Peters?

El cerebro de Peters aceptó con cabal aquiescencia el impacto de la petición. Salió y oyósele manosear en el armario, lo cual producía una satisfactoria imagen mental. Al volver se detuvo en el umbral de la puerta, parpadeando como si pensara algo nuevo. Era un hombrecillo en mangas de camisa, portador de ropa, y que mirando por encima de ella dijo con aire de búho sabihondo:

—No puede levantarse aún, señor. Hace media hora se encontraba aún inconsciente, cuando cogimos a esa dama aquí. —Solícito añadió—: Llamaré al doctor y le traeré un poco de sopa caliente. Después de la manera que nos sacó usted de la prisión de condenados a muerte, no queremos correr riesgo alguno de que le pase nada. Échese, ¿quiere?

Pendrake vaciló mientras contemplaba al otro poner su ropa sobre una silla. El argumento parecía razonable, aun cuando en cierto modo no le fuese del todo aplicable. Al cabo de un momento no había puesto todavía un dedo mental en el defecto. Su vacilación acabó. Volvió a meter las piernas bajo el cobertor y dijo:

—Acaso consiguieron algo allí. Pero la manera en que fue capturada esa mujer precisamente en esta habitación comienza a preocuparme sobre nuestro escondrijo aqui.

Se detuvo frunciendo el entrecejo. Sintió como un ramalazo de claridad interior, de que no se había preocupado hasta la aparición de Peters en escena y de que, de hecho, su estado mental en el principio había sido… ¿qué? La memoria galvanizó su pensamiento. Su mente giró volviendo al momento de su recuperación de la conciencia. Resultaba sorprendentemente difícil imaginarse cómo había sido él en aquel primer instante con el cerebro en blanco, sin recuerdo. Y luego absorbiendo instantáneamente la mente entera de Peters, con todos sus temores e inmadureces emocionales. Lo que

más pasmoso resultaba era lo que su memoria tomaba en la mente y en el conocimiento de Peters. Pero nada más. Nada de sí mismo.

Fijó la mirada en el hombre. Aquel profundo, pero rápido examen, prendió en toda la memoria de Peters y se retrotrajo a través de la simple carrera de un muchacho rollizo que deseaba ser mecánico. No existía ninguna razón particular para que Peters se hubiese unido al airado tropel que atacó a la manifestación de las mujeres. Y la auténtica escena de la algarada estaba borrosa, y el proceso subsiguiente era como una pesadilla de formas retorcidas dominadas por tan terribles temores, que ni una sola imagen resultaba clara. El miedo se había diluido en excitada esperanza durante la fuga y así se presentaba allí un recuerdo bastante detallado de cómo había sido preparada la evasión de la cárcel de los condenados a muerte tres días antes de la fecha fijada para la gasificación en masa.

«¿Hice yo realmente todo aquello?», pensó Pendrake.

Tras un momento seguía aún allí el hecho, una parte estricta de la memoria de Peters sobre el acontecimiento. Había tomado la radio de su celda y, añadiéndole partes de otras radios de las demás celdas, había fabricado una luz blanca muy pálida que se comia el cemento y el acero como si fuesen materias sin sustancia. Un guardián que se les enfrentó chilló espantosamente al disolvérsele su arma en las manos y desintegrársele el uniforme. Sus chillidos debieron haber sido pura histeria, pues aquel intenso y pálido fuego no le había causado ningún daño físico.

La propia naturaleza del arma y la forma de salida que procuraba impidieron la efectividad de los refuerzos que acudieron a los chillidos. La policía no pensaba que sólidos muros pudieran ser hendidos. Los coches estaban aguardando en el lugar indicado, y los aviones, cada cual con su piloto, ocultos tras la hierba que servía de pantalla al campo del que despegaron.

Todo esto se hallaba en la memoria de Peters, así como el hecho de que el hombre conocido por Bill Smith había sido herido por la bala de una ametralladora cuando partían raudos de junto a la prisión abandonada los coches con su cargamento de evadidos… La única baja, pero que fue solícitamente atendida después. Durante días había permanecido él inconsciente.

Pendrake reflexionó sobre el particular mientras Peters iba a buscar la sopa. Finalmente decidió que él era diferente. Se necesitaba sólo la más simple reflexión para percatarse de que la lectura de pensamientos que realmente absorbían la mente de otro era cosa nunca oída en el diccionario de la vida de Peters. Estaba sorbiendo lentamente su sopa cuando entró el doctor McLarg. Visto cara a cara, y no simplemente como una imagen recordada por la mente de Peters, el doctor era un hombre enjuto de unos treinta y cinco años y de vivos ojos pardos. La historia tras su físico exterior era más complicada que la de Peters, pero los hechos pertinentes eran sencillos. Funcionario de Sanidad Pública, McLarg se había visto obligado a dimitir debido a negligencia en el trabajo, siendo reemplazado por una mujer médico. Y la víspera de Navidad, hallándose en avanzado estado de penuria y embriaguez, se había unido incontinentemente al desgraciado ataque a las manifestantes.

Su examen fue el de un hombre estupefacto.

—No se me alcanza —dijo finalmente—. Hace tres días le extraje a usted una bala de ametralladora del pecho, y por espacio de veinticuatro horas no ha habido orificio de entrada ni de salida. Si no supiera yo que ello era imposible, supondría que se encuentra perfectamente bien.

No parecía haber nada que aducir a ello. La mente de McLarg se había deslizado tan suavemente en él, integrándose su conocimiento tan fácil y naturalmente con el derivado de Peters, que aún ahora resultaba difícil alcanzar que la información no había estado allí todo el tiempo.

Frunciendo el entrecejo, pensó después en la mujer. Ella había estado en aquella habitación inclinándose sobre él. No había hecho sino entrar, según ella dijo.

¡Entrar en una madriguera de alertas y perseguidos proscritos, cosa insólita! Ello parecía ridículo. Sin saber qué hacer con ella, los hombres la habían encerrado finalmente en una de las habitaciones vacías de la hacienda. Resultaba extraño que aunque la casa parecía borbotear y ondular con vagos pensamientos cuando la recorrían los hombres, los de ella no asomaban siquiera. Ni siquiera captó ni una vez un zarcillo mental que perteneciese a una mujer. Y a buen seguro los pensamientos de una mujer habrían de ser

inconfundibles.

El sueño se apoderó de Pendrake, dando aún vueltas perplejo al problema de ella.

25

Se despertó con un sobresalto en medio de una oscuridad de pez, consciente de la presencia de alguien en la habitación.

—¡Quieto! —cuchicheó una voz de mujer en sus oídos—. ¡Hay aquí un arma!

Lo paralizante era que no podía aún captar ni un vislumbre del pensamiento de ella. Su mente brincó a su anterior especulación sobre el asunto, llegando a una simple conclusión: ¡No podía leer las mentes de las mujeres!

—¿Qué es lo que usted desea? —dijo confuso, notando en la oscuridad el metal apoyado sobre su cabeza. Su pensamiento experimentó una terrible pausa. La mujer habló de nuevo:

—Tome su ropa —no importa que se vista— y vaya despacio a la puerta de su ropero. Hay en su interior un panel abierto con unos peldaños. ¡Desciéndalos!

Con el sudor de una angustia mental, tanteó buscando su ropa y pensando: «¿Cómo habrá podido ella escaparse de su habitación?».

—Desearía —murmuró roncamente— que los otros le hubiesen matado a usted en vez de discutirlo…

Se detuvo porque el arma se oprimía contra el cuello de su pijama apremiándole.

—¡Silencio! —provino el perentorio cuchicheo—. La verdad es, Jim, que necesita unos cuantos hechos sobre su persona antes de que las autoridades aparezcan, como lo harán en breve. Y ahora, ¡aprisa, por favor!

—¿Cómo me llamó usted?

—¡Muévase!

Echó él a andar lentamente, pero su mente se concentraba en torno a la tremenda realidad de que ella le conocía. Aquella mujer

que ellos habían capturado —¿cómo dijo ella que se llamaba?—… Aurelia Pendrake, ella conocía su identidad real.

Concibió un vago plan de girar en redondo en la oscuridad y asir el arma que ella empuñaba. Pero fue desbaratado por las palabras de ella.

Tuvo, pues, que colarse por el estrecho panel y descender por una empinada escalera de caracol. Tras la primera vuelta comenzaba una serie de bombillitas cuyos nebulosos rayos hacían parecer el pasaje más vívido, más real. Por primera vez sintió un impacto en el cerebro. Era aquél un antiguo rancho en el cual habían buscado cobijo diecisiete asesinos condenados a muerte para ser alveolados con paneles secretos. No podía ser posiblemente un accidente.

—¡Jim! —La voz de ella fue como un suspiro tras él—. Le juro que esto no añadirá un ápice al peligro en que están todos ustedes. Cuando considere que fue nuestra organización la que puso a su disposición coches y aviones cuando escaparon de la prisión, verá que…

—¿Qué? —protestó él—. Escuche, esos coches y aviones nos fueron proporcionados por el amigo de…

—¿Un individuo dándoles cuatro coches y dos aviones? Vamos, no sea tonto.

—Pero…

Se detuvo, fascinado por la lógica de ella, y añadió luego:

—Está llamándome todo el tiempo Jim. ¿Jim qué?

—Jim Pendrake.

—Pero usted se llama Aurelia Pendrake…

—Así es. Y usted es mi marido. ¡Ea!, baje esos peldaños.

—Si es usted mi mujer—repuso al punto Pendrake—, lo demostrará dándome el arma y confiando en mí. Démela, pues.

Le fue tendida el arma tan rápidamente por encima del hombro, que parpadeó al verla; alargó la mano luego ansiosamente para cogerla, esperando a medias que la retiraran, pero no lo fue, y sus dedos se cerraron sobre ella. Quedóse estupefacto ante la fácil victoria con el arma en la mano, sintiéndose despojado de todas las posibilidades de violencia.

—Baje por favor —dijo ahora la voz de ella.

—¿Pero quién es Jim Pendrake?

Lo sabrá dentro de unos minutos. Ande ahora, por favor.

Lo hizo él así. Abajo, abajo, abajo. Por dos veces pasaron ante sólidas planchas metálicas que se apretaban contra cada pared de la caja de la escalera como corazas de protección de buques de guerra. Su espesor hizo que las mirase fijamente Pendrake. Setenta y cinco milímetros cada una.

Aquélla era una fortaleza.

De súbito llegó el final. Un estrecho pasillo, una puerta, y luego un haz de luces y una gran habitación llena de máquinas. Había puertas conducentes a otras habitaciones, atormentadores vislumbres de relucientes escaleras que bajaban…, atormentadores porque sugerían otra gran serie de habitaciones abajo. Comenzó a despejarse el peso de su mente, el peso del convencimiento de que él y Peters y los demás no tenían probabilidad alguna de escapatoria. ¡Allí, en aquel mundo subterráneo, se hallaba la seguridad, la salvación!

Sintió la agitación de nueva vida, de esperanza. Era una súbita actividad, una llamarada que se expandía por todo su ser. Su mirada recorrió inquisitiva la habitación de las máquinas, esforzándose su mente en localizar señales de ocupación humana. Se había percatado agudamente de que hasta los pensamientos de Peters y los demás no penetraban en aquellas profundidades metálicamente selladas.

Se abrió una puerta en la pared a su derecha y surgieron tres hombres. Apenas importaba el acto físico de la contingencia. En el mismo instante en que se abrió la puerta se le proyectaron los pensamientos de los aparecidos.

Era un pequeño flujo de imágenes e ideas sobre sí mismo, su pasado, su vida.

A través de aquel torbellino de impresiones oyó a uno de los hombres cuchichear a la mujer:

—¿Algún trastorno?

—En absoluto —respondió ella—. Fueron innecesarias todas las minuciosas precauciones. Su examen fue somero. Hablaron poco convencidamente de matarme, pero yo podría haberlo impedido en cualquier momento. Nadie sugirió ni una vez la revisión de los

botones de mi vestido por si contenían gases letales. Después de todo, no son fundamentalmente criminales… Pero chitón ahora; haced que capte sin interrupción lo que hay en vuestras mentes.

La imagen que provino fue restringida en cuanto a tiempo. Comenzó con Nypers sugiriéndole que algo andaba errado. Y acababa aquí en esta fortaleza con un plan mortal. El conocimiento que poseían de su vida era sumamente limitado.

Pendrake rompió el silencio con voz forzada y pasmada:

—¿He de comprender que Peters, McLarg y yo, con Kelgar, Rainey y los otros, vamos a ser llevados a la superficie en tanto que las fuerzas armadas de los Estados Unidos intentan capturarnos? ¿Y que ustedes van a permanecer al margen contemplando cómo nos imaginamos una salida, pero sin hacer nada para ayudarnos?

Vio que su… mujer asentía con tenue sonrisa que se desvaneció, tornándose sus ojos brillantes y singularmente cariñosos.

—Estás en el foco, Jim. Tienes que hacerlo aún mejor que cuando escapaste de la prisión. Tienes que alzarte casi literalmente mediante tus elásticos mentales y convertirte temporalmente en un superhombre. Mira, estás en la fase última de tu cambio final. Dondequiera que te eleves, lo será permanentemente. No habrá más cambios.

Sus ojos se humedecieron súbitamente. Tendió impulsivamente una mano y le tomó del brazo.

—Jim, ¿es que no lo ves? Si ahora desmayamos, te frustraremos a ti y a toda esa gente que se encuentra en ese pobre y confuso mundo… Jim, hemos decidido que ninguno de nosotros sobreviva si fracasas. Así, pues, nuestro destino está ligado al tuyo. Escucha, aquí abajo hay un maravilloso establecimiento subterráneo de máquinas. Dentro de pocos minutos se traerá uno por uno a los más grandes científicos varones de nuestra organización…, y tú puedes hacerte con el masivo conocimiento de sus mentes, convirtiéndolo en propio. Lamento que no puedas leer las mentes de las mujeres, porque también tenemos algunos científicos muy conspicuos de nuestro sexo.

Le condujo a una butaca, tomó asiento frente a él en otra y prosiguió:

—Jim, nosotros los todo-potentes —tú y yo y unos pocos más—

somos un accidente que comenzó con el hallazgo de una extraordinaria máquina. Cada uno de nosotros puede dar sangre de nuestro tipo a otros seres, mediante lo cual recobran su juventud. Mas ninguno de ellos se ha convertido nunca en todo-potente a causa de tal transfusión. Ello los liga a nosotros con lazos inhumanamente fuertes, debido a que tienen que disponer de cuando en cuando de algo de nuestra sangre, ya que de lo contrario volverían a envejecer.

»Si se considera que cada todo-potente tiene cuando menos un promedio del doble de capacidad cerebral, puede apreciarse que representamos el comienzo de una irrupción en algo nuevo y más grande para la raza humana. Por ejemplo, nosotros resolvimos el secreto de la máquina Lambton. Nadie más lo ha hecho, o lo puede. Los alemanes capturaron más del ochenta por ciento de nuestras máquinas, y fue desde luego una redada, pero es todo cuanto consiguieron. Sin embargo, nuestra capacidad cerebral normal, es todavía sólo una fracción de lo que es posible. Lo sabemos, debido a que algunos de nosotros alcanzó tanto como veinte veces el promedio humano durante esos grises y no recordados meses que constituyeron un período todo-potente.

»Escucha, he aquí mi historia, mi pequeña parte de evidencia. Nací en 1896, fui enfermera en la Primera Guerra Mundial, y una granada me arrancó el brazo derecho. Debió haber sido el lodo lo que me salvó de morir desangrada. Yací desatendida durante días, y nota bien esto: No hay registro alguno de nadie que se haya convertido en todo-potente, que no tenga antecedentes de presión. Es nuestro único indicio. Un cuerpo al que se le presta inmediatos auxilios médicos no puede hacerse todo-potente. Nada sucedió durante algún tiempo, pero al trabajar yo posteriormente en un programa Lambton de investigación, estuve expuesta a la máquina, y mi brazo volvió a crecer y se restauró mi juventud.

—¿De dónde venía esa máquina Lambton? —preguntó Pendrake.

—Ése es el misterio —respondió ella—. Mr. Lambton pretendía que allá por los años 1870 fue hallado muerto su abuelo. Había intentado aterrizar en la hacienda familiar, pero evidentemente su aparato se estrelló contra el suelo. Debió haberse dado cuenta en el

último minuto de lo que iba a suceder, pues abrió la portezuela intentando salir. La cosa es que fue hallado muerto, con medio cuerpo dentro y medio fuera. Cuando sacaron el cadáver la portezuela se cerró automáticamente, y nadie pudo volver a penetrar en el aparato. No era éste muy pesado, por lo que lo arrastraron a la parte trasera del interior de uno de los graneros, y allá quedó durante tres cuartos de siglo al decir de Dr. Lambton. Lo encontraron cuando derribaron el viejo edificio, y recordando él la historia del artefacto, mandó que lo trasladaran a la fundación. Aquí es donde el Dr. Grayson descubrió lo que era. —Tras una pausa prosiguió—. Durante la segunda fase de cualquier período todo-potente, yo inventé una pequeña placa metálica repelente del agua, sujetando la cual a la suela de mis zapatos me permitía caminar por el agua. Todavía no estamos seguros de cómo opera. Suponemos que yo debía haber corrido gran peligro de morir ahogada, mas sabemos siquiera eso. No podemos duplicar las placas, aunque parecen estar construidas de los materiales corrientes que podrían encontrarse en una nave. Esto es lo realmente magnífico de ello. Esta vasta tierra nuestra, con su multitud de inventos, necesita al parecer sólo una mente más aguda para aprehender los hechos que se encuentran ante nuestros ojos entre las cosas cotidianas de la vida. El adiestramiento y la educación son un sustituto para ello, mas no verdaderamente bueno.

»Jim, ya conoces tu tarea. Sobre la superficie encontrarás un surtido de máquinas. Motores herramientas, instrumentos electrónicos y eléctricos, algo de casi todo. Aquellas docenas de dependencias accesorias están llenas de lo que parece ser chatarra, mas no es así. Examínalo todo, y deja que tu mente intente crear nuevas combinaciones de esas viejas formas. En el momento que logres algo, comunícate con los hombres de aquí abajo. Ellos te construirán lo que desees en pocas horas.

»Jim, nuestra propia experiencia en el mundo idealista ha sido triste. Algo más es necesario. Queremos hacer un nuevo intento antes de decidir si dejamos al hombre solo o proseguimos tratando de conseguir un desarrollo más rápido de la civilización. ¿Comprendes?

Al ser conducido Pendrake a su dormitorio, le pareció que el propósito no podía haber sido expresado con mayor claridad.

Se mantuvo en vela sudando de miedo. Por dos veces, y sumido en un semidormitar, se dijo que había soñado su visita a la fortaleza situada bajo el rancho Pero cada vez, una más acusada percatación despejaba las ilusiones de su mente. El día anterior, pareciendo el peligro remoto, había jugueteado con la esperanza de que podrían estar realmente seguros en su desierto escondrijo. Ahora lo sabía mejor. Una armada de tanques y aviones atacaría…

Sus pensamientos siguieron un curso desigual a través de la larga noche. En una ocasión se le ocurrió pensar que aquel promedio de capacidad veinte veces superior al cerebro humano… no podría ser CI. Sólo una máquina pensante electrónica podía tener un CI de 2000. Había otros factores en el cerebro que pudieran ser afectados. ¿Cómo era, por ejemplo, que una persona con un CI de 100, tuviese frecuentemente el doble de personalidad y dotes de mando que algún fenómeno con un IQ de 160? No, el cerebro 20 no era CI. Sería… no podía imaginarse qué.

Debió haberse quedado dormido con el pensamiento. Al despertar, estaba aún oscuro, y se sentía decidido. Lo intentaría. No se sentía diferente, ni con excepcional habilidad para crear, pero lo probaría.

Al romper el alba, Jefferson Dayles se levantó y miró por las mirillas de su perfecta máscara de carne, través de la ventana del Hostal de Mountainside. Era la espera, pensó. Había sido hecho todo cuanto él podía. Órdenes, complicado planeamiento, detalles de seguridad de que ninguna avenida de escape quedase abierta… a todo había atendido personalmente. Y ahora otros debían ejecutar la labor mientras él se paseaba de uno a otro lado del reducido espacio de su apartada habitación… esperando.

Abrióse la puerta tras él, mas no se volvió.

Las sombras se tendían densas en el desierto, pero las montañas a la derecha eran visibles contra el alboreante firmamento. Y a la izquierda, y entre los árboles desparramados más allá del poblado, podía ver las tiendas del ejército que despertaba.

—Le he traído el desayuno dijo Kay tras él.

Había olvidado que alguien entró, y respingó al impacto de la voz. Luego sonrió para sus adentros, y volviéndose, dijo:

—¿Desayuno?

Tomó su zumo de naranja y comió sus tostadas en silencio. En cuanto acabó, Kay habló de nuevo:

—Estoy muy segura de que nadie sospecha su presencia. —Y al cabo de un momento añadió—. Empezaremos aproximadamente dentro de una hora. Se necesitarán por lo menos tres horas para cubrir las cuarenta millas de arenal. Algunos de nuestros exploradores penetraron hasta unos centenares de metros de la casa durante la noche, sin que nadie les echara el alto. Sin embargo, obedeciendo órdenes, no efectuaron ningún intento para invadir el cercado. —Terminó diciendo—. Estoy empezando a creer que nuestras precauciones han sido ridículas, pero convengo en que es mejor estar seguro que pesaroso. No cabe ya duda alguna. Hemos de apoderarnos de ese hombre antes de que podamos siquiera pensar en un tercer mandato.

No hubo respuesta ninguna. Durante cuatro horas estuvo pensando Jefferson Dayles, cuatro horas antes de que conociera su sino.

26

En el rancho, el frío de la noche del desierto diluía en una fresca alba que lentamente calentaba parda tierra. Los hombres estuvieron en pie temprano. Desayunaron casi en silencio, no presentando objeción alguna a la declaración de Pendrake sobre el prisionero que estaría en adelante a su cargo, y finalmente se dispersaron. Alguien salió a relevar a los vigías nocturnos en los picos de los quebrados cerros e irregulares llanuras de arena. Sólo uno o dos parecían realmente ocupados.

La atmósfera era tensa, nerviosa, expectante. Cuando cerraron la puerta de la tercera dependencia accesoria, Aurelia dijo foscamente:

—Esperaba ciertamente que los hombres pondrían objeciones cuando dijiste que te acompañaría a dondequiera que fueses hoy. Ello debe haberlos desconcertado.

Pendrake quedó silencioso. El manto de jefatura que se le había impuesto le desconcertaba a él también. Varias veces había captado el comienzo de oposición en las mentes de los hombres, mas sólo para verla desvanecerse sin que cobrara expresión. Se dio cuenta de que Aurelia estaba hablando de nuevo, inquietamente.

—Hubiese deseado no aconsejarte que volvieses a dormir. Queremos que estés fresco para tu tarea. Pero también queríamos sincronizarlo todo de manera que tuvieses por lo menos medio día.

De manera curiosa, sus palabras le irritaron, y respondió acremente:

—Mis medios para obtener el éxito son demasiado limitados. Y tengo la convicción de que estoy abordando a todo este asunto desde un ángulo errado. Es el sesgo mecánico lo que no está como debe. Vería algunas posibilidades, por ejemplo, en el equipo eléctrico de la última dependencia accesoria. El empleo de 999 más

vacío ofrece varias oportunidades cuando se conjuga con la bobina eléctrica, pero… —La miró sombríamente— hay un defecto fatal en todas ellas. Matan queman y destruyen. Francamente, prefiero que me cuelguen antes de asesinar a un puñado de pobres soldados en cumplimiento de su deber. Y podría también decirte ahora, que estoy empezando a estar harto. —Movió el brazo impacientemente —. Todo este asunto es demasiado estúpido para expresarlo en palabras. Estoy comenzando a preguntarme si me encuentro en mis cabales. —Enojadamente le espetó—. Déjame hacerte una pregunta. ¿Es posible que dispongas en poco tiempo una nave espacial para recogerlo todo y salvar así las vidas de quienes se encuentran sobre la superficie aquí?

La mirada de Aurelia fue tranquila, y sereno su continente.

—La cosa es aún más sencilla. Podríamos llevarte bajo tierra. Pero la astronave está también disponible. Hay una a cosa de diez millas sobre nosotros, un modelo grande de lo que pensabas era un avión eléctrico. Puedo llamarle para que descienda ahora mismo. Pero no quiero. Éste es el momento crítico de un plan que hemos estado madurando siempre desde que te encontramos la primera vez.

Pendrake restalló en son de mofa:

—No creo que amenacéis con suicidaros. Es simplemente otro truco de presión.

Aurelia repuso suavemente:

—Estás cansado, Jim, y bajo gran tensión física. Te doy mi palabra de honor de que cuanto te he dicho es la verdad.

—¿Cuál es el honor corriente de una supermujer?

Ella permaneció tranquila ante la pulla y respondió:

—Si piensas sobre las implicaciones de tu negativa a matar a gente que viene a atacarnos, te darás cuenta de que lo que hace tan justo cuanto hacemos, es lo honorable de nuestras intenciones. Jim, Jim, yo tengo más de ochenta años. Físicamente, desde luego. No lo siento, pero mentalmente sí. Y también los demás. Diecisiete de ellos son más viejos que yo, y doce aproximadamente de la misma edad. Es raro que de la última guerra salieran tan pocos potenciales todo-potentes; quizás los servicios médicos fueron mejores, pero no importa eso. Todos nosotros hemos visto mucho, y pensado mucho.

Y sentimos sinceramente que sólo podemos ser un impedimento para la raza humana a menos que podamos como sea influenciarla por las sendas del progreso. Con esta finalidad, hemos de tener un caudillaje más fuerte y capaz que cualquiera de los que hasta ahora hemos conseguido. Debemos…

Su reloj de pulsera produjo un leve tilín. Lo levantó, para que él pudiera también oír. Una voz reducida pero clara dijo:

—Una columna de carros blindados y varios tanques están surcando por el camino que conduce a Paso Arroyo, a diez millas al sur de Mountainside. Varios aviones han estado pasando por aquí desde el amanecer. Si ustedes no los han visto, ello significa que se están manteniendo fuera del alcance visible del rancho. Es todo.

Se repitió el tilín y se hizo el silencio. Aurelia prorrumpió con voz tensa:

—Creo, Jim, que haríamos mejor en volver a la realidad. Estoy comenzando a creer que es importante que tengamos un arma preliminar que mantenga a distancia a ejércitos terrestres y te dé tiempo para desarrollar un invento principal. No hemos de preocuparnos por bombardeos aéreos, estoy segura, porque la última cosa que desea Jefferson Dayles es tu destrucción. —Vaciló—. ¿Qué hay sobre ese rayo desintegrador que afecta sólo a la materia inorgánica? —Sus ojos azules le lanzaron una rápida mirada inquisitiva—. Podemos conectar el alambre a la toma eléctrica más próxima, lo mismo que hicimos en la cárcel. O utilizar aún una planta móvil de energía. —Vaciló nuevamente y añadió luego—. Ello destruiría sus tanques, carros blindados, y los dejaría en cueros. —Rió nerviosamente—. Eso desorganizaría casi a cualquier ejército existente en la actualidad.

Pendrake meneó la cabeza.

—Examiné la cuestión precisamente antes del desayuno. Y no va. Está completa tal cual. Podría reducirlo al tamaño de un arma de mano y conservar la misma potencia. Un aumento de volumen no añadiría energía alguna. Todo ello depende de un tubo que… —Se encogió de hombros—. Todo cuanto hemos de comprobar es que yo no tergiverso, mantener luego su artillería más allá de su cuarto de milla de alcance, y probar con explosivos de gran potencia. Es posible —sonrió salvajemente— que uno de los hombres muriese

mejor de este modo que en una cámara de gas. Pero como puedes ver, no hay otra solución. ¿Qué está haciendo Haines?

Habían llegado a donde se encontraba un joven bien plantado y sin afeitar, trabajando en el motor de un coche. El capó estaba levantado, y él cepillaba una de las bujías que tenía en la mano. En realidad, era innecesaria la pregunta de Pendrake, pues bien claramente dibujada en la mente del hombre se hallaba su intención de poner en marcha su coche y abandonar el rancho.

Dan Haines era un actor de poca monta cuya única razón de haber participado en el ataque a la manifestación, como lo declaró foscamente ante el tribunal, era que no podía soportar «un mundo gobernado por mujeres», por lo que «se había excitado». Y también que estaba dispuesto a pechar «con lo que le venía encima». No había añadido nada a la fuga, excepto el peso de su nerviosa presencia. Y ahora, en un brinco de aprensión, su excitación se había desmoronado. Alzó la mirada con expresión culpable.

—¡Oh! —dijo al ver a Aurelia, añadiendo luego con tono de más indiferencia—. Reparando el cacharro sólo… poniéndolo como es debido para el caso que lo necesitemos…

Pendrake pasó ante él y se detuvo, quedándose mirando con curiosidad el motor expuesto. A su mirada mental aparecía completo, primero como unidad, y luego cada función separada en detalle. Fue un examen relampagueante y puramente mental—motor, batería, encendido, embrague, dinamo—. Hizo una pausa y repasó: batería…

Lentamente dijo:

—¿Qué sucedería, Haines, si se descargase toda la potencia de la batería en un cien-billonésimo de segundo?

—¡Eh! —respondió confusamente Haines—, ¡eso no podría suceder!

—Pues sí que podría —replicó Pendrake—, si la placa de plomo es pre-endurecida eléctricamente, y si se emplea un tubo protector pantágrido, del tipo de los que se emplean para controlar la energía indeseada. Ello…

Se detuvo. Súbitamente aparecían con nítida claridad los detalles en su mente. Hizo un rápido cálculo, y luego, levantando la vista, vio los brillantes ojos de Aurelia posados en él.

Al cabo de un momento se oscureció la mirada de ella, y dijo sobresaltada:

—Ya veo lo que estás consiguiendo. ¿Pero no sería demasiado grande la temperatura? Las cifras que yo obtengo son increíbles.

—Podemos emplear una batería-miniatura —respondió rápidamente Pendrake—. Después de todo se trata sólo de la cápsula fulminante. La razón de que la temperatura sería tan elevada es que en el interior de un sol no hay tubo de control, por lo que a través del espacio se presenta sólo aquí y allá el debido ambiente, y tenemos un sol
Nova-O
.

»Con una batería de tamaño normal, la temperatura sería en efecto demasiado elevada. Pero creo que podemos despojar los cuatro más peligrosos ceros empleando una célula seca pequeña y de poca duración, con lo que habría seguridad. Naturalmente habría una reacción en cadena, pero el resultado sería un grado determinado de calor, y no una explosión. Y duraría varias horas. —Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo, y luego dijo—: No se vaya, Haines. Quédese aquí en el rancho.

—Está bien.

Pendrake se apartó cavilosamente, deteniéndose otra vez. «Fue una conformidad muy rápida», pensó, «¿Cómo así?».

Giró en redondo y quedóse con la mirada fija en Haines, quien había vuelto la espalda, pero tenía expuesto cada contorno mental de su cerebro. Pendrake permaneció donde estaba, comparando, recordando, y satisfecho finalmente, se encaró con Aurelia, diciendo quedamente:

—Dispón que tu gente trabaje en eso a la máxima velocidad. Y que se prepare también algún sistema de refrigeración para el rancho. Creo que la batería debería ser enterrada a unos tres metros y medio en la arena, a tres o cuatro millas al sur de aquí. Y no veo por qué ello debería llevar más de tres cuartos de hora. En cuanto a ti y a mí —la miró sardónicamente—, ordena que baje la nave espacial. Vamos a ir a Mountainside.

—¿Que vamos qué? —Le miró ella, con rostro de pronto blanco —. Jim, tú sabes que eso no debe producirse lógicamente de este

invento.

Él no respondió, limitándose a mirarla con fijeza; y tras un momento, ella dijo:

—Todo esto está equivocado. No debería hacerlo. Yo… —Meneó la cabeza, como aturdida, y luego, sin más protestas, alzó su reloj de muñeca.

Para las 8 de la mañana, los veteranos estaban reunidos en el porche del Hostal Mountainside. Pendrake los veía mirando de soslayo a Aurelia y a él y a la docena de muy evidentes mujeres del Servicio Secreto que se repantigaban en varias posturas en torno a la puerta. Los más viejos de Mountainside no estaban acostumbrados a tener intrusos, particularmente mujeres de caras adustas. Pero últimamente habían acontecido una serie de cosas raras. Sus mentes mostraban una mezcla de excitación e irritación. Su conversación tenía un tono sordo.

Fue hacia las ocho y diez cuando uno de ellos se enjugó el sudor de su frente y fue al termómetro que estaba junto a la puerta, diciendo al volver a sus compañeros:

—Treinta y seis. ¡Vaya calorcito para Mountainside en esta época del año!

Hubo una breve y animada discusión sobre pasados calores máximos en aquel mes. Las cascadas voces fueron lentamente reduciéndose a un incómodo silencio a medida que la ardiente brisa del desierto aumentaba. Una vez más fue al termómetro otro veterano, y volvió meneando la cabeza.

—Treinta y ocho. Y sólo son las ocho y veinte. Parece como si fuese a haber una abrasadura.

Pendrake fue a los hombres.

—Soy médico —dijo—. Un cambio repentino de la temperatura como éste es muy perjudicial para los viejos. Vayan al Lago. Hagan vacación. ¡Pero váyanse!

Al volver donde estaba Aurelia, los viejos estaban ya despejando la veranda y se marchaban al cabo de pocos minutos en dos viejos coches. Aurelia frunció el entrecejo a Pendrake:

—La psicología de esto fue equivocada del todo. Las viejas ratas del desierto no aceptan por lo general el consejo de los jóvenes.

—No son ratas del desierto —replicó Pendrake—. Son

tuberculosos. Y para ellos un médico es Dios. —Sonrió y añadió—. Vamos a andar un poco por la calle. Vi a una vieja allí a quien se debería aconsejar que vaya a los cerros.

La vieja fue fácilmente convencida por un médico de que se fuese de excursión campestre. Cargó algunos alimentos enlatados en un vetusto coche y se fue en medio de un remolino de polvo.

Había una estación meteorológica en un pequeño edificio blanco a unos veinte metros más allá. Pendrake abrió la puerta y preguntó al sudoroso hombre que se hallaba en el interior:

—¿Cuál es ahora la temperatura?

El rechoncho hombre con gafas se incorporó en su escritorio.

—Cuarenta y nueve —gimió—. Es una pesadilla. Los despachos de Denver y Los Angeles están quemando los alambres preguntándome si estoy borracho. Pero —hizo una mueca— harían mejor en volver a trazar sus isobaras y prevenir a sus poblaciones. Para esta noche, los vientos tormentosos les dejarán sin pantalones.

De nuevo, afuera, Aurelia dijo cansadamente:

—Jim, dime por favor qué es todo esto. Si se produce más calor, todos flotaremos en un río de sudor.

Pendrake rió con fosca risa. Iba a hacer más calor, bien. Un punto de calor alcanzando varios millones de billones de grados —lo imaginó allá en el ardiente sur—, más que miles de bombas de hidrógeno. La temperatura en Mountainside debía ascender lo menos hasta sesenta, y donde estaba la fuerza acorazada… a 70 u 80. No mataría. Pero los oficiales ordenarían seguramente a sus tropas que diesen la vuelta para protegerse en el frescor de los cerros.

Al volver al hostal, el calor había aumentado, y había otros coches en larga hilera, moviéndose en dirección a la carretera montañera. El calor reverberaba sobre la arena y en las pardas laderas de los cerros. Había un aroma seco, de tostado, en el aire, un olor sofocante, que oprimía los pulmones dolorosamente. Aurelia dijo con aire desvalido:

—Jim, ¿estás seguro de que sabes lo que estás haciendo?

—Es muy sencillo —respondió vivamente Pendrake—. Considero que tenemos aquí el equivalente de un buen incendio rugiente de bosques. Si has visto alguna vez el incendio de un bosque —y varios

de mis recuerdos incluyen conocimiento al respecto— sabrás que provocan la estampida de todas sus bestias en busca de refugio. Es una loca carrera hacia zonas más frescas. Hasta el rey de los animales condesciende a correr ante tal conflagración. Yo supuse que habríamos encontrado un rey aquí. —Con aire de suficiencia acabó diciendo—. Allá está ahora, en terreno abierto, donde puedo asegurarme con el mínimo de peligro de que no me estoy engañando.

Pendrake indicó con un gesto de la cabeza hacia la puerta del hostal, de la cual emergía a la veranda un hombre bien plantado. Su rostro tenía una expresión compuesta para hacerle parecer un americano corriente de mediana edad, pero su voz al hablar era la imperativa y resonante de Jefferson Dayles.

—¿No han logrado aún poner en marcha esos motores? —preguntó con acento irritado—. Parece raro… dos coches averiándose al mismo tiempo.

Hubo murmuradas exclamaciones de excusa, y algo sobre otro coche que vendría del campamento dentro de pocos minutos. Pendrake sonrió y cuchicheó a Aurelia:

—Ya veo que el piloto de tu astronave está derramando aún los rayos de interferencia. Muy bien. Ve y haz la invitación.

—Pero él no vendrá. Estoy segura de que no querrá.

—Si no viene, ello significará que me he estado embromando, y nos volveremos en derechura al rancho.

—¿Embromándote sobre qué? Jim, esto es la vida o la muerte para nosotros.

—¿Qué es eso? —se burló Pendrake mirándola—. ¿No te gusta la presión? Quizás ella duplicará tu CI.

Aurelia le miró a su vez, con fijeza, y luego dijo lentamente:

—Debe haber alguna cualidad en esa fase todo-potente en la que estás, de la que no nos damos cuenta los demás. —Vaciló—. Jim, en vista de tu misteriosa conducta, no me atrevo a aplazar lo que ahora voy a decir, aunque por razones personales lo preferiría.

Pendrake vaciló a su vez, rechazando luego la idea de explicarle a ella sus acciones. Aún no. Podría todavía necesitar forzarla en esta crisis. La instantánea aceptación de Haines a su orden de quedarse en el rancho —y no marcharse, como era su plan— había

proporcionado el indicio. El resto —el recuerdo de cómo todo orden o decisión que había expresado fueron admitidas inmediatamente— era la evidencia confirmatoria. Primero, Peters trayendo su ropa y sólo después discutiendo el acto, más tarde Aurelia tendiéndole el arma y ordenando a la astronave que descendiera, y los viejos y viejas yendo a las montañas, todo ello demostraba que tanto hombres como mujeres estaban sometidos a su poder.

Ello no tenía nada que ver con la mente consciente. Ni siquiera una vez se había percatado nadie. Iba más profundamente. Afectaba a alguna gran estructura nerviosa básica situada en el cerebro. A los obedientes debía parecerles que estaban empleando su propia lógica. Éste era un ángulo importante. Más tarde se lo diría a Aurelia. Ahora…

Aurelia estaba hablando de nuevo:

—Siento que tienes alguna capacidad especial que realmente no es buena ni para ti ni para nadie, y así, antes de que se vuelva permanente —en serio— Jim, ¿qué recuerdas?

Pendrake abrió los labios para exponer un breve compendio de la amplitud de su memoria. Y se dio cuenta de que no era en absoluto su memoria. Eran las memorias de una cincuentena de otras personas, incluyendo ahora las experiencias totales del presidente de los Estados Unidos.

De mala gana se lo explicó a Aurelia.

—¡Percibe el espacio que te rodea! —ordenó ella.

Ahora tocó a Pendrake el turno de desconcertarse.

—No comprendo—dijo—. ¿Qué es lo que debo buscar en él?

—Tu memoria.

Abrió él de nuevo los labios, intentando manifestar que la transformación todo-potente de las células las había despejado de todas las impresiones, borrando de la manera más efectiva sus recuerdos.

No profirió la protesta… Pues vio el campo de energía. Era una visión mental, y lo que resultaba asombroso era que realmente parecía tener un débil fulgor, el cual era más acusado cerca de su cuerpo y se atenuaba al extenderse en la distancia. Pendrake no podía determinar hasta donde alcanzaba, pero tenía la impresión de que llegaba a una distancia de muchos metros. Rechazó por un

momento la limitación. La distancia no parecía ser un factor. Se dio ahora cuenta de que parte de su conocimiento incluía el recuerdo del trabajo de un científico de una Universidad de Yale, quien había medido el campo eléctrico en torno a cada cuerpo viviente, desde las más menudas semillas hasta los seres humanos.

Desvanecióse este pensamiento, debido a que toda su memoria viviente estaba inundándole: niñez, colegio, Fuerzas Aéreas, hallazgo de la máquina, la Luna, Gran Deforme, Leonor… «Oh, Dios» —pensó— Leonor… todos aquellos meses… más de un año… había estado en manos del neanderthalense… —Gimió. Y luego, con un esfuerzo, se sobrepuso a la emoción que le había invadido.

—Haz la invitación—dijo con voz ronca.

La mujer le lanzó una mirada compasiva.

—No sé lo que recuerdas—dijo—, pero harás mejor en recobrarte.

—Todo irá bien —repuso Pendrake. Y luego pensó—. ¡Lo primero es lo primero! —Y de nuevo fue el mismo.

27

Aurelia se apartó de él y subió la escalinata de la veranda. La oyó él pronunciar con voz ligeramente disfrazada las necesarias palabras, y cuando acabó, Pendrake llamó:

—¡Sí, venga! Su coche puede seguir. El presidente, Kay, y dos mujeres igualizadas siguieron a Aurelia escalinata abajo. Aurelia preguntó:

—¿Crees que podemos llevar a cuatro?

—Desde luego —contestó Pendrake—. Uno puede venir delante con nosotros.

Kay subió al asiento delantero junto a Aurelia. Un minuto después, el coche ronroneaba subiendo en segunda la primera pendiente.

—Mira, querida—dijo Pendrake—, he estado pensando sobre las mujeres igualizadas que constituyen el ejército particular del presidente Dayles. La droga que toman puede ser neutralizada por una segunda dosis, cuya estructura química varía ligeramente de la primera. El elemento de manganeso cristalino en la droga en su estado actual, se halla unido al compuesto por cuatro barras. Eso es inestable. Quitando dos de las barras, la conexión se afirma. Lo cual…

Se detuvo al observar de soslayo la expresión forzada del rostro de Aurelia. Desde el asiento trasero, Jefferson Dayles dijo secamente:

—¿Es usted químico, Mr… no sé su nombre?

—Pendrake —respondió amablemente él—. Jim Pendrake. —No, no soy químico—prosiguió—. Puede Llamarme usted una especie de solvente universal. Mire he descubierto que tengo una singular cualidad mental. —Hizo una pausa, y vio en el espejo retrovisor las

armas que habían sacado las dos mujeres del asiento trasero. Oyóse firme la voz de Jefferson Dayles:

—Continúe, Mr. Pendrake.

—Señor presidente—dijo Pendrake—, ¿qué es una debilitada democracia?

Hubo una larga pausa.

—Nadie puede responder a una pregunta tal —dijo finalmente y con acento enojado Jefferson Dayles—. El pueblo necesita una certidumbre de que la vida tiene un significado, y cuando todo lo que ve es confusión, mentiras, y estupidez, contrae una enfermedad espiritual que no puede combatir.

Pendrake esperó, mientras conducía a los cerros. Sintió que su tranquila pregunta había calmado a las violentas mujeres del asiento trasero, las cuales seguían empuñando sus armas, pero sin pasar a la acción, por un gesto de su jefe, quien rompió el silencio diciendo ahora:

—Superficialmente, se podría decir que padecemos de inmoralidad, políticos corrompidos, y del hecho de que casi todo el mundo en el país es neurótico en cierto modo.

—Mi impresión es que lo que padecemos es de una falta de jefatura—repuso Pendrake—. Y ante el insistente silencio del asiento trasero, dedujo que sus palabras habían dado en el clavo. Así, prosiguió. —Mire señor Presidente, en una democracia elegimos un gobernante por un período limitado. Ello no quiere decir que sea menos gobernante que cualquier monarca hereditario. Si fracasa en combinar la guía espiritual y temporal en un firme nivel, entonces nuestro sistema de gobierno comienza a decaer, y nos preguntamos qué ha sucedido. Mas nada ha ocurrido excepto que hemos elegido un débil que por razones de su propia voluntad no procura la dirección necesaria.

Silencio mortal, cortado solo por el ronquido y traqueteo del coche.

—Mi impresión —prosiguió Pendrake— es que es usted, señor Presidente, quien necesita esa afirmación de que la vida tiene un significado. Por lo tanto voy a hacerle una leal oferta.

—¿Una oferta? —No eran estas palabras una auténtica reacción, sino más bien un eco automático de un hombre en profundo estado

de conmoción.

—Una oferta —respondió sosegadamente Pendrake—. Si en tres años ha dado usted la dirección necesaria y rehabilitado a la democracia, le concederé libremente y de buen grado mi sangre.

Fue Kay quien respondió con aspereza:

—Temo, Mr. Pendrake, que no se halle usted en situación de disponer cuando ha de ser utilizada su sangre.

—¡Cállese, Kay! —dijo secamente Jefferson Dayles mirándola con dureza.

La mujer le lanzó una sorprendida mirada y volvió a sumirse en su asiento. Era ahora ella la conmocionada. Pendrake se dio cuenta, que durante toda su asociación, el hombre no había hablado nunca en tal tono a aquella bella y tortuosa amante suya.

El presidente Dayles carraspeó y dijo:

—Estoy perplejo. Parece que hemos tropezado con usted accidentalmente, Mr. Pendrake, pero evidentemente usted ha desviado a varias divisiones de las fuerzas armadas americanas. Ahora estoy comenzando a preguntarme qué es lo que realmente anda en marcha. Por ejemplo, ¿cómo logró usted escapar de la prisión?

—Díselo, querida —dijo Pendrake a Aurelia, quien describió el arma de energía que había ideado Pendrake.

—¿Cómo pudo usted inventar tal arma de una radio? —exclamó con asombro Dayles—. Evidentemente era una pregunta retórica, pues se apresuró a añadir. —¿Qué más? —Y cuando Aurelia le dijo del punto de calor Nova enterrado tras ellos en la arena del desierto, el presidente exclamó en un jadeo—. ¿Causó esa ola de calor? ¡Santo Dios!

Seguidamente se quedó muy quieto, marcándose en su rostro la expresión de un hombre que de súbito ve una solución a lo que ha parecido un problema insoluble, y finalmente restalló:

—¡Eso es! ¡Todos nosotros… toda esa gente debería avergonzarse!

—¿Qué gente? —preguntó asombrada Aurelia.

—La ralea del populacho, los moscones de los bares, los cazadores del sexo, los cerebros fangosos, los hombres-contra-mujeres, las mujeres-contra-hombres, los duros, los débiles, los

estúpidos, los necios, los pobres, los ricos… todos los degradados, coléricos, miedosos, desgraciados, embotados, todas esas miserables ruinas que andan por ahí—hizo un vago ademán, como abarcando a medio mundo —y por aquí— y se señaló a sí mismo. —Todos esos mamarrachos que se pavonean ocupándose en alguna realización idiota, que no es en absoluto una realización, comparada con lo que son capaces de hacer. Tres billones de seres han permitido que se convierta en un pecio el más grande mecanismo cerebral del universo, y nuestra primera tarea consiste en hacerles darse cuenta de lo que han hecho, y luego ayudarles a desenredarse.

—¿Qué es lo que propone hacer? —preguntó Aurelia.

El gran hombre pareció no oír, y prosiguió admirativamente:

—He quedado perplejo ante la penuria abisal de la nueva labor creadora, y la única razón de ello es que el hombre se halla envuelto en la confusión. —Meneó la cabeza—. Temo que la cosa no vaya a ser tan fácil —opinó.

Pendrake decidió que era ya hora de dejar de contemporizar, y manifestó:

—Creo que debiera ser retirado el ejército, reducida a cinco años la sentencia de los condenados, descompensadas las mujeres igualizadas, protegido el proyecto colonial Lambton, liberados de la amenaza de prisión quienes estén implicados en ello, admitidas en mayor número las mujeres a los puestos administrativos y de dirección…

El codo de Aurelia chocó en su costado en este momento, al par que decía con voz enojada:

—¡Ya basta! ¡Cállate, Jim!

Pendrake quedó silencioso, sobresaltado, al ver los ojos fulgurantes de ella. Instantáneamente analizó que Aurelia sabía lo que estaba él haciendo.

—Está bien —dijo lentamente—. Me callaré.

Pero estaba asombrado ante la reacción de ella.

28

Era una hora después.

Se les habían unido los dos coches del presidente, y Pendrake estaba asegurando a éste que podía ya seguir a salvo en su propio vehículo, y que él y su mujer volverían al rancho.

Nadie intentó impedírselo.

Tan pronto estuvieron fuera de la vista, a la vuelta de un recodo, Aurelia dijo:

—¡Para el coche por favor!

Pendrake se sorprendió pero lo hizo.

—Has estado empleando hipnotismo telepático —dijo ella foscamente.

—¿Ah sí? —respondió él con indiferencia.

—¡Esto! —Ella había estado hurgando en su bolso, del que sacó una minúscula linterna, encendiéndola y proyectando sobre él una luz intensísima. La luz le pareció acordada a algo en su cerebro, pues penetró profundamente en su cabeza. Involuntariamente, Pendrake lanzó un grito.

Se dio cuenta de que ella le estaba diciendo algo mas no oía realmente las palabras. Finalmente ella sé detuvo. Hubo una pausa, y luego la oyó decir:

—Ya no tendrás más esa facultad.

Pendrake parpadeó. Parecía estar completamente consciente e indemne. Fijó su mirada en ella, y dijo acusadoramente:

—Me hipnotizaste mecánicamente, ¿eh?

—No. Simplemente cambié un molde cerebral —repuso ella con voz firme—. Jim, la cosa es realmente y sencilla. No podemos tener a alguien en el grupo, o en el mundo, con la facultad de influir sobre los demás sin que se percaten de ello.

—Yo la emplee únicamente para el restablecimiento de la democracia, como pudiste verlo.

—La democracia tiene que producir su propia salvación —replicó ella secamente—. Puede sólo moverse tan rápidamente como el pueblo.

—Extraña declaración del verdadero dirigente del proyecto Lambton—manifestó Pendrake, sinceramente asombrado.

—Aprendimos nuestra lección —dijo ella amargamente—. Los individuos privados no pueden reemplazar a su gobierno. Ningún pequeño grupo dentro de un estado puede situarse en una posición moral superior. Tenemos cerca de ochocientos muertos, Jim, y si no logramos la ayuda del gobierno, todo el establecimiento colonial Lambton en Venus será arramblado por esos alemanes orientales. Ellos saben dónde estamos.

—Eso no sucederá—dijo Pendrake meneando la cabeza, y explicando a continuación sobre la expedición que el presidente Dayles habia autorizado que fuese a la Luna. Luego dijo—. Aurelia, necesito armas y una rápida subida a cierto risco del Oeste Medio. Tengo que dar un brinco a la Luna a través del espacio.

Describió a continuación dónde, cómo y cuál era la situación.

Los ojos de Aurelia estaban abiertos de par en par cuando él terminó, y dijo al punto:

—Llamaré a la astronave… Pero ¿por qué no esperar un día para disponer que algunos de nuestros jóvenes vayan contigo? Puedes necesitar ayuda…

Pendrake pensó en Leonor y meneó la cabeza.

—He estado colmado de rabia y horror desde que apareció la memoria. Envíalos tras mí, pero no puedo esperar.

Ella miró con fijeza enfrente, con tensa expresión en su rostro, y dijo luego quedamente:

—Lo comprendo, Jim.

—En el camino, él le contó sobre el pueblo de la Luna, concluyendo:

—Concuerda con lo que dijiste. El refugio que me ofrecieron estaba tan lejos de mi realidad, que escogí correr el riesgo contra un maquerodo. Evidentemente el hombre está en alguna parte de la fase final de la bestia, mezclado ello con la percatación de la

primera fase realmente humana, que apenas está comenzando a manifestarse. En mis fases de todo-potente como el cerebro humano entrabado podía ser. Pero siento que el cerebro se halla aún evolucionando. Lo que seremos capaces de comprender cuando haya verificado su próximo cambio, puede no tener relación con nuestra forma actual.

La conversación acabó al llegar la nave a media altura sobre el camino. Hubo una breve maniobra bajo la dirección de Pendrake, y llegó el momento de la despedida.

—¡No te preocupes! —le dijo Aurelia besándole—. Fui afortunada en tenerte, y te entrego libremente a tu Leonor. Ya nos volveremos a ver.

Con firmeza, Pendrake se fue a la puerta y luego a la escalinata que había sido bajada de la nave, cuyo último peldaño colgaba directamente en el lado opuesto del punto de flujo. De pie en él, tanteó adelante, contempló desaparecer su mano, y luego se introdujo confiadamente en lo que parecía aire vacío.

Experimentó la misma sensación de hallarse en una negra bruma, que recordaba de antes. El siguiente instante…

Algo tan duro como la piedra golpeó su cabeza, y se desplomó con estrépito sobre el piso metálico.

Esto fue lo último que sintió antes de que le invadiera la inconsciencia.

29

Pendrake volvió en sí algún tiempo indeterminado más tarde.

Tenía atadas las manos a la espalda. En pie ante él se encontraba Gran Deforme.

La escena que le rodeaba era terroríficamente conocida. Allá, a pocos centímetros, estaba el borde del risco.

El neanderthalense rió entre dientes con ronca risa. Se hallaba evidentemente en estado de alborozo.

—Ahora puedo descansar. En todos estos meses me ha hecho andar de cabeza, y dejé que Devlin y sus hombres tuvieran aquella segunda ciudad porque no estaba seguro de lo que estaba usted haciendo. Desde luego dispuse este artefacto por si se le ocurría aparecer. Ahora ya está. Ahora ya puedo ir tras ellos y desbaratarlos uno por uno hasta que venga gritando clamando piedad. —Hizo una pausa para tomar aliento y añadió—. Vamos a volver a donde quedamos, Pendrake. La bestia diabólica le espera, y créame que no voy a perder tiempo alguno.

Pendrake alzó la mirada al hombre. Le volvía la fuerza, pero ahora todo era ya inútil. Había cometido el último de sus muchos errores, y dentro de pocos minutos se escribiría finis a la carrera de James Pendrake.

Por un fugaz momento se sorprendió al percatarse de cuán vulnerables seres humanos éramos en realidad.

Ahora, sin su todo-potencia, sería o bien muerto o tan tullido por tantas amputaciones, que le acobardaba la imagen mental de ello. La verdad era de que quien tomaba riesgos físicos no podía sobrevivir mucho tiempo.

Terminó y desapareció el pensamiento. Vio que el hombre-mono tenía una entre sonrisa y mueca y que temblaba con lo que tenía

todo el aspecto de ser una tremenda excitación sádica.

Pendrake halló su voz.

—Gran Deforme —dijo, aunque con escasa convicción—, las fuerzas armadas de los Estados Unidos van a alunizar dentro de una semana, y otro contingente de mil hombres vendrá en esta máquina la próxima semana también. Yo me adelanté para hablarle y obtener su cooperación. Si me mata… será ejecutado asimismo dentro de siete días. Le formarán juicio sumarísimo y le colgarán.

—¡Cállese! —barbotó el monstruo, con ojos fulgurantes—. No está hablando con un imbécil, Pendrake. Le he estado esperando, pero nadie más vendrá con está máquina. Tan pronto como lo despache a usted, la destruiré. Y en cuanto a un ejército en camino aquí abajo… le llevaría años, aun si consiguiesen la manera de abrirse paso. Le apuesto a usted cien a uno que no tienen el material apropiado para hacerlo… —Se detuvo—. Lo que aquí va a suceder es entre usted y yo. Nadie sabe nada al respecto. Devlin cree que está usted muerto. ¿Qué otra cosa puede pensar al ver que no se le ha visto por aquí durante meses?

Pendrake hubo de convenir en ello. Aquel pequeño episodio asesino se desarrollaría estrictamente entre Gran Deforme y la gigantesca bestia de la profunda sima.

El neanderthalense continuó recreándose ferozmente:

—Ya puede ver la manera en que la máquina se halla a sólo pocos centímetros del borde del risco. Hubo un tiempo en que todo lo que venía corría directamente sobre el borde, y está cortado a pico hasta abajo… nada a qué asirse en el largo recorrido. Yo estuve sólo paseándome, por lo que pude echarme atrás, pero la bestia diabólica y una partida de animales que vivieron hasta que yo vine, debieron haber estado cayendo abajo… Después, construí esa barrera, para proteger a los ciervos y búfalos y ganado, y alimenté a la bestia con restos; siempre lo hice yo mismo, por lo que conoce mi llamada. ¡Escuche!

Fue al borde del risco y lanzó un grito bajo y penetrante, quedándose durante un momento mirando abajo, apartado de Pendrake, agachado y con las piernas ligeramente arqueadas, pareciendo repentinamente como la encarnación viviente de la bestial herencia humana, una figura achaparrada, peluda,

inhumana, un humanoide engendrado en el amanecer de la prehistoria, una criatura surgida de un sueño espantoso y casi imposible; y sin embargo, era realmente el antepasado del hombre, y algún vestigio de él se ocultaba acechante en el pecho de cada hombre moderno.

Pero durante unos instantes eternos estuvo mirando a otra parte.

Con cada nervio sacudido, y recorriéndole ríos de sudor, Pendrake se deslizó hacia adelante sobre la espalda.

Gran Deforme se volvió.

—Ya está viniendo—dijo. Parecía no darse cuenta del cuerpo en tensión, y de la también tensa expresión del rostro de su cautivo. Lo dijo con tono indiferente, que era más terrible que toda la pasión y furia que antes había mostrado—. Voy a hacer deslizarle a usted abajo con una cuerda, desatando las ligaduras de sus muñecas justamente antes de que lo penda sobre el borde. Así podrá usted dar una pequeña carrera cuando llegue abajo. A la bestia le gusta eso; le procura ejercicio.

Había una cuerda enrollada en un lado de la cueva. Al tomarla y lanzar un cabo sobre el abismo, Gran Deforme explicó:

—La tengo aquí a mano, pues no es usted el primero que se ha ido así, secretamente. ¿Se fija cómo un extremo se sujeta a ese poste? Es gracioso —añadió en soliloquio— la clase de cosas que los hombres han traído consigo de la Tierra; cuerda, una carretada de herramientas, dinamita, rifles, revólveres… yo lo tengo todo. Algo de ello, principalmente munición, se halla oculto en esta cueva, y el resto en otras que no saben porque las he cegado… Voy a emplear esas armas en Devlin. No se tarda mucho en matar a un centenar de hombres en una emboscada, si se tienen balas… Ya ve —acabó con una entre sonrisa y mueca—, me lo figuré todo.

Pendrake logró ponerse en pie y se abalanzó hacia el monstruo. Gran Deforme se detuvo y esperó gruñendo y con los grandes brazos extendidos. Pendrake brincó, pero fue el brinco de un saltador, con los pies por delante. Sus duras botas alcanzaron el vientre de Gran Deforme con todo el violento impulso de más de noventa kilos del atacante, dejando sentado al monstruo.

Al caer Pendrake, desvalido a causa de sus brazos atados, empleó como palanca las piernas para apartarse de los enormes

brazos tendidos para apresarle, y rodó hasta volver a ponerse en pie.

Gran Deformé se levantó también, estremecido de cólera y gruñendo:

—Es usted duro, Pendrake, pero ese patuleo no le dará ninguna baza en este juego.

Silenciosa y diligentemente, Pendrake volvió a abalanzarse en mortal carrera contra su enemigo. No se forjaba ilusión alguna. Era, o todo o nada. Y había de serlo ahora, antes de que Gran Deforme recuperase cualquier fuerza que hubiese perdido por el «patuleo».

El neanderthalense esperaba otro ataque igual, por lo que lo que se produjo presentó otro pequeño elemento de sorpresa. Con todo el impulso de su cuerpo, Pendrake chocó violentamente de cabeza contra la voluminosa forma.

Gran Deforme se tambaleó, asiendo simultáneamente a Pendrake con sus brazos de mono, y rugiendo con grito de triunfo:

—¡Ya le tengo!

Con toda la fuerza de sus piernas, Pendrake pugnó por seguir adelante.

Y era bastante fuerza. Tan grande fue el ímpetu de su carrera y su arremetida, que Gran Deforme perdió el equilibrio retrasándose hacia el borde del risco.

—¡Vamos a ir juntos abajo! —vociferó Pendrake.

La verdad de ello debió haberse desvelado en el penúltimo instante, porque el monstruo lanzó un penetrante grito, y seguidamente hizo lo que automáticamente hace cualquier persona que está a punto de caer por un precipicio… soltar a Pendrake y asirse al poste.

Pendrake le dio un despiadado puntapié, y Gran Deforme, berreando como un cerdo degollado, fue sobre el borde del risco.

30

Pendrake se apoyó y quedóse inclinado y jadeante. Finalmente, al volverle las fuerzas, miró por el borde del risco.

Gran Deforme se estaba poniendo en pie en el césped de la sima, y el maquerodo daba vueltas cautelosamente en su derredor. Gran Deforme comenzó a andar hacia atrás, apartándose de la bestia. Era cosa harto normal.

Pero el maquerodo estaba actuando de manera anormal. El gran tigre gemía con inconfundible perplejidad… y se apartaba del hombre peludo.

Se apartada… no podía ser de miedo. Nada viviente en la Tierra en los pasados cien millones de años podría haber causado un temblor de miedo en su salvaje ser.

Gran Deforme meneaba la cabeza como una persona aturdida, y la atención de Pendrake se concentró en él, hasta cuando desapareció de la vista el feroz animal carnicero.

Vio que el neanderthalense estaba dirigiéndose a la cuerda pendiente, y, con rápido movimiento, Pendrake la apartó con los pies de su alcance.

—¡Pendrake!

El achaparrado cuerpo estaba directamente bajo él, con la deforme cabeza vuelta hacia el lugar donde había desaparecido el tigre.

—Pendrake —repitió la voz, en tono suplicante—. Debe reconocerme como a su alimentador, pero volverá. Pendrake, baje esa cuerda.

Pendrake no sintió ninguna compasión. Su cuerpo estaba frío como el hielo por los pensamientos que le atravesaban la mente. Todo su ser palpitaba.

—Váyase a los infiernos a donde envió a otros hombres—respondió—. Váyase al vientre de la bestia que ha alimentado con los cuerpos de sus víctimas. Que el dios que le hizo a usted le tenga piedad; yo no le tengo ninguna.

—Le prometo todo…

La rabia de Pendrake no cejó, sino que aumentó. Se imaginó los espantados escalofríos de las mujeres ante la vista a solas con aquel monstruo que ahora estaba suplicando con voz humana la compasión que no había tenido él nunca para con nadie. Pensó en Leonor…

Su mente se contrajo a una nueva profundidad de acerada voluntad.

—Promesas—se mofó. Y su carcajada se expandió en ecos sobre aquel antiguo valle de la hacía tiempo muerta Luna.

Y terminó…

Hubo un destellar de amarillo-rojo-azul-verde en la maleza a cien metros a la derecha. Un momento antes, Pendrake había anhelado la vuelta de la poderosa bestia carnicera. Mas ahora… la repugnancia dominó a las crudas emociones. El horror le recorrió los nervios. «Estoy loco», pensó. «Un hombre no puede administrar justicia, dejar que otro ser humano vaya a la muerte de esta manera. Después de todo, no es un verdadero paralelo».

Dio un puntapié a la cuerda, que volvió a quedar suspendida.

—¡Aprisa! —gritó—. ¡Podremos hablar mientras esté usted fuera del alcance de…!

La cuerda se combó con el peso; Pendrake contempló al desesperado hombre en su lucha por la vida. El ser se acercaba salvajemente, mirando con evidente hambre de excitación al cuerpo que se columpiaba sobre él. Siguió mirando arriba con ojos de destellante fulgor amarillo, y rugiendo inquieto al percatarse de que se le escapaba el alimento. De pronto, fuera cual fuese el lazo que le había contenido, la atadura de compañerismo fantásticamente antiguo, se rompió.

Corrió atrás, volvióse hacia el risco de nuevo, y se convirtió en una pincelada de fulgurante color contra las pardigrises paredes. Subió a la carrera treinta metros, cuarenta, cincuenta, por la perpendicular pared. Y falló, pareciendo haberlo hecho sólo por

pocos centímetros.

El animal cayó abajo, remolineó al alcanzar el fondo, y con lo que parecía un razonable cálculo corrió al extremo del cerrado recinto y volvió a enorme velocidad, catapultándose de nuevo a la escarpada pared. Esta vez falló sólo por milímetros.

Pero era un fallo.

Al caer abajo por segunda vez no hizo otro esfuerzo, limitándose a quedar posado sobre sus ancas, contemplando cómo su fallida presa se ponía fuera de su alcance.

Desde arriba, Pendrake miró a la sudorosa y columpiante figura en su pugna. Estaba quieto, pero determinado. Al hallarse Gran Deforme a unos cuatro metros, dijo:

—Bien, ya está bastante lejos.

El otro se paró un momento y miró arriba suplicante.

—Pendrake, no me empuje abajo de nuevo. Tendremos una democracia. Liberaremos a las mujeres. Ellas podrán escoger.

—Tire su cuchillo aquí—dijo Pendrake. Un instante después voló por el aire la navaja, cayendo en el piso metálico a unos cinco metros tras él.

—Ahora —dijo Pendrake— descienda unos nueve metros. Necesito ese tiempo para coger la navaja.

Gran Deforme se deslizó con rapidez, pero con cuidado, a doce metros.

—Le digo, Pendrake, que tendrá mi completa cooperación.

Pendrake aseguró la navaja y fue al borde del precipicio. Le llevó varios minutos manipular la hoja con sus manos atadas a fin de cortar las cuerdas. Pero una vez realizada la tarea se sintió mejor, más confiado mas convencido de que todo, a pesar de la gran pesadilla, iba a resultar bien.

Esperó preciosos minutos mientras restablecía la circulación en muñecas y dedos, y luego ordenó al neanderthalense:

—¡Trepe aquí!

Gran Deforme se izó hasta escasos centímetros del borde.

—¡Deténgase! —ordenó Pendrake.

El otro se balanceó inquieto.

—¿Qué va a hacer? —preguntó jadeante.

—Enrolle la cuerda en torno suyo y átela para que soporte su

peso sin que necesite asirla.

Gran Deforme hizo cuanto se le decía, quedando firmemente sujeto y equilibrado.

—Y ahora levante las manos; voy a atarlas —dijo Pendrake. Una vez lo hubo hecho, añadió lentamente—: Está bien, Gran Deforme, ahora voy a hacerle la pregunta principal. ¿Qué sucedió a mi mujer?

El monstruo respiró con fuerza.

—Ella está bien, compañero —murmuró—. Devlin la sacó de mi lado el día del ataque. Dicen que alguien la corteja, pero que ella está esperando. Ella dice que nada puede matar a un tipo como usted.

Pendrake sintió que un cálido flujo le recorría todo el cuerpo. «Buena vieja Leonor», pensó. Y en voz alta, añadió:

—Gran Deforme, voy a subirle a usted y luego le llevaré al poblado.

—¿Va usted a entregarme atado así? —exclamó con acento de pánico el neanderthalense.

—No voy a entregarle a nadie—respondió pacientemente Pendrake—. Vamos a derribar su empalizada y darle a usted un lugar en la comunidad como a cualquier otra persona. Tipos muy duros se han convertido en buenos ciudadanos antes de ahora.

Al arrastrar al cautivo al borde del risco, ya a salvo, le asaltó la idea de que el hombre andaba aún por doquier a brazo partido con su primitiva herencia. Como fuera, en la vasta escala de la existencia internacional y en el ruedo del poder nacional resultaba casi imposible enjaular a la bestia salvaje. Pero aquí, en el mundo limitado de una pequeña población, probablemente podría ser efectuado… si fuese dejado abierto el camino a la Tierra, manteniéndose un secreto contacto a través, por ejemplo, del grupo de Aurelia.

Habia varios «si» condicionales. Y debido a que lo dudaba, debido a que el hombre no había solucionado en parte alguna estos problemas y debido a que no deseaba fracasos allí en la Luna, Pendrake hizo una pausa con su prisionero en la estancia de la cueva que

contenía la intensa luz azul y el transparente cubo donde el

pueblo de la Luna mantenía lo que quedaba de su extraña vida.

—¿Estoy haciendo lo que debo? —habló silenciosamente en el centro de la luz.

—Está haciendo lo que conecta a su cerebro a un universo de ilusiones al que el desorientado no tiene ningún derecho.

—Mas deben haber niveles de justicia. ¿He obrado cuerdamente en el limitado marco en el que operé? —intentó Pendrake de nuevo.

—El universo material —fue la respuesta—es un intento momentáneo —en términos de eternidad—a la diferenciación, pero la verdad fundamental es que todo se iguala a todo.

Confundido, Pendrake exclamó con cabal sorpresa:

—¿Todas las diferencias son ilusiones?

—Por siempre.

Pendrake tragó saliva y repuso obstinado:

—Pero entonces ¿qué es la diversidad que percibo?

—Ilusorias señales débiles y fuertes de energía.

—¿Pero a quién están señalando?

—Mutuamente.

Por un momento, Pendrake se sintió confuso mas aún no estaba satisfecho. Sin embargo, su tono fue más acre al preguntar:

—Si eso es verdad, ¿por qué habéis tomado la forma que ahora tenéis y continuado existiendo?

—La respuesta a esto es el secreto que el hombre debe lenta y penosamente descifrar. Mas ello es tambien transitorio, el resultado de nuestra propia desviación de la verdad eterna. Mucho antes de que podamos volver a lo que es te daremos la bienvenida a la unidad.

—No estaré aquí—dijo Pendrake foscamente—. La vida del hombre es corta, por mucho que anhele la inmortalidad.

—Ninguna señal se ha perdido nunca—fue la tranquila respuesta —, pues todas las señales son una.

Pendrake no pudo hallar respuesta alguna a esto, y resultaba evidente que aquellos análisis metasocráticos no encerraban mensaje alguno para él.

—Adiós —fue todo cuanto dijo. El silencio respondió.

Una hora después los dulces besos de Leonor hicieron perder todo sentido a cuanto dijera el pueblo de la Luna, pues ella estaba

en sus brazos y no en los de otro; era hacia él que ella señalaba una intensa emoción de amor…

Otros desarrollos en la comunidad lunar fueron también de naturaleza sumamente individual.

No demasiado sorprendentemente, visto lo que en una ocasión dijera Gran Deforme, una de sus mujeres eligió realmente permanecer casada con él. El neanderthalense parecía resignado a ser un ciudadano corriente. Ello se puso de manifiesto particularmente tras la demolición de la empalizada. Fue entonces que revelo dónde había escondido la munición y otros materiales valiosos.

Tales acciones parecían apuntar un futuro mucho más pacífico.

Como Pendrake lo explicó a Leonor:

—Podemos no descubrir rápidamente lo que es la vida. Acaso nunca sepamos lo que el pueblo de la Luna piensa que descubrió. Pero si instituimos aquí una fuerza policíaca operando bajo un sistema legal, tendremos tiempo para lograr que esas supermáquinas funcionen sin temor de que alguien las emplee contra nosotros. Para ello la gente de Lambton será nuestra mejor colaboradora. Después de todo…, bueno, haremos lo que es racional.

Leonor preguntó estremeciéndose:

—¿Y qué hay sobre la espantosa bestia de la fosa?.

Pendrake sonrió.

—Creo saber exactamente cómo hemos de actuar. Ya lo verás.

31

El invierno se cerró. La nieve parecía decidida a asentarse para siempre. Cuando finalmente se disipó el nuevo y destelleante Edificio Interplanetario de plástico se inauguró con fanfarria triunfal, y fue discernido a Hoskins el gran nombramiento: comisario presidente.

—Es absolutamente injusto que yo tenga esto —dijo a Cree Lipton—. Hay una docena de hombres que establecieron la labor básica y lucharon en la oscuridad. Francamente, acepté tan sólo cuando oí que el notorio gobernador Cartwright, que fue derrotado en las últimas elecciones, estaba a la caza del puesto como una especie de pensión por los servicios prestados al partido.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Lipton—. Usted puede ayudar a esa gente más de lo que jamás podrán ayudarse ellos a sí mismos. Por cierto, ¿vio el anuncio sobre Venus? Reconocimiento de la colonia Lambton como mandato de primer grado de las Naciones Unidas, con ciudadanía venusiana de estatuto legal especial de primera clase. El profesor Grayson y los demás científicos y sus familias no murieron en vano.

—Es una gran victoria—asintió Hoskins.

Fue interrumpido:

—Escuche, Ned, a lo que realmente vine a verle.. Póngase el sombrero y venga conmigo.

Hoskins movió la cabeza sonriendo.

—Imposible, viejo. Los informes sobre nuestra lograda expedición a la Luna forman ya una inundación.

—Hay un apartado realmente curioso… —Sacó una carpeta de un cajón y hojeó varias páginas—. «Los prisioneros nazis pretenden —leyó— que fueron capturados fácilmente debido a que sus fuerzas

militares habían estado empleadas durante meses excavando túneles derrumbados, intentando desenterrar a algunas criaturas que viven en el interior de la Luna. Pretenden que esos seres son humanos. Nuestras investigaciones han hallado únicamente cuevas que más pronto o más tarde llegaban finalmente a un punto muerto sin salida».

Vio que Lipton estaba mirando su reloj. El agente del FBI notó su mirada y se excusó:

—Siento interrumpirle, pero se aproxima la hora cero, y dispondremos del tiempo justo para volar a Nueva York y asistir a la ejecución.

Hoskins jadeó:

—No querrá decir… —Se puso en pie de un salto y tomó su sombrero y el abrigo, añadiendo—: ¡Ea, vámonos!

Cuando comenzó el alboroto, el hombre rechoncho fijó una penetrante mirada en el dirigente.

—Excelencia… —comenzó.

Se detuvo al ser que el enjuto ser al que se dirigía y que se hallaba sentado tenía aún el teléfono en su mano, con la mirada fija delante de él. Inquietamente, Birdman contempló cómo el receptor se desprendía de sus manos y su rostro semejante a una máscara gris sin vida.

—Excelencia —se aventuró Birdman—, estaba usted diciendo antes que las luces del teléfono se encendieran, que ahora que nuestras posiciones en la Luna y casi todas nuestras máquinas habían sido capturadas podríamos emplear las salvadas como núcleo para depredaciones en las carreteras interplanetarias que van a ser abiertas ahora. Nos convertiríamos, dijo, en los piratas del siglo xx. Nosotros…

Se detuvo, helado de horror. Los largos y huesudos dedos del jefe estaban hurgando un cajón, del que sacó un máuser automático.

Al irrumpir Lipton y Hoskins y una docena de hombres más en la habitación, el hombre rechoncho estaba en pie, frente al enjuto, quien ante la mesa se llevaba un revólver a la frente.

—¡Excelencia —gritaba Birdman—, usted mintió! ¡También

usted tiene miedo!

Detonó el arma y el hombre enjuto se retorció en su breve agonía, deslizándose al suelo. Birdman quedóse en pie ante él, entumecido por el terror y percatándose apenas de la presencia de los intrusos.

Al ser conducido afuera, tan sólo sintió oleada tras oleada de desilusión.

EPÍLOGO

Era una mañana de primavera cinco años después. Len Christopher, conservador-adjunto del Gran Parque Zoológico de Nueva York, caminaba lentamente a lo largo de la hilera de las jaulas de los grandes felinos. De pronto se detuvo y quedóse mirando a una amplia estructura de barras metálicas que destellaban a los rayos del sol naciente.

—Es raro —murmuró—. Juraría que no estaba la noche pasada. ¿Qué habrá suce…?

Se detuvo. Hizo un valiente esfuerzo para estirar la cabeza y quedóse durante unos instantes con la mirada fija en la pesadilla azul-verde-amarillo-roja que se erguía colosal tras los sólidos barrotes metálicos de varios milímetros de espesor.

Y de pronto echó a correr, gritando, en dirección al despacho del superintendente.

En una pequeña superficie, la… bestia… estaba enjaulada…

A. E. VAN VOGT (Manitoba, Canadá, 1912 - Los Ángeles, 2000). De origen holandés, Alfred Elton Van Vogt nació en Canadá. En 1944 emigró a los Estados Unidos dónde se le reconocería como uno de los grandes autores de la edad de oro de la ciencia-ficción, en la época de la revista Astounding Science-Fiction dirigida por Jhon W. Campbell, al mismo nivel que Robert Heinlein e Isaac Asimov entre otros. Escribió casi cuarenta novelas, la mayoría best-sellers mundiales pero, incomprensiblemente, no es un autor muy publicado en España.

Doctor en semántica, era miembro de La Sociedad Internacional de Semántica General desde 1948. Su tesis sobre Semántica General, un sistema no aristotélico, no euclidiano, ni Newtoniano influyó notablemente. De hecho incluyó fragmentos en LOS JUGADORES DE LOS NO-A
, el segundo libro de la Trilogía de los
No-A
(no aristotélicos, otra forma de escribir el título).

A. E. Van Vogt escribió algunas obras junto a su primera mujer E. Mayne Hull durante los años 40. Fueron huéspedes de honor durante la 4.ª Convención Mundial de Ciencia-Ficción en 1946. Hull

dejaría de escribir en 1950 mientras estuvieron de acuerdo con L. Ron Hubbard y su dianética. Más tarde se alejaría cuando la dianética derivó en la iglesia de la cienciología. A. E. Van Vogt volvió a escribir en los años 60.

En 1996, se le concedieron varios honores: el título de Gran Maestro de la Science Fiction and Fantasy Writers of America (SFWA), un premio en la Convención Mundial de Ciencia -Ficción de Anaheim, California, por sus seis decenios en el seno de la edad de oro de SF y, por último, figura en el Science Fiction and Fantasy Hall of Fame.

Su segunda historia, la novela BLACK DESTROYER publicada en 1939, pasará a los anales de la ciencia-ficción por su tono original y por haber sido fuente de inspiración del film ALIEN. Más tarde esta novela formaría parte de THE VOYAGE OF THE SPACE BEAGLE.